HAN VENIDO A DESTRUIRNOS... DESDE DENTRO

INVASORES

LIBRO 1



NICK CLAUSEN

Copyright © 2025 por Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma sin el permiso escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS: BLACKOUT

1. TIM

2. TIM

3. TIM

4. TIM

5. TIM

6. TIM

7. TIM

8. TIM

9. TIM

10. TIM

11. TIM

12. TIM

13. TIM
14. VERÓNICA
15. TIM
16. VERÓNICA
17. TIM
18. VERÓNICA
19. TIM
20. TIM
21. VERONICA
22. TIM
23. VERÓNICA
24. TIM
25. VERÓNICA
26. TIM
27. TIM
28. TIM
29. TIM
30. TIM
31. VERONICA
32. TIM
33. TIM

34. VERONICA
35. TIM
36. TIM
37. TIM
38. TIM
39. VERONICA
40. TIM
41. FELIX
42. TIM
43. VERONICA
44. FELIX
45. TIM
46. FELIX
47. TIM
48. FELIX
49. VERONICA
50. TIM
51. VERONICA
52. TIM
53. FELIX
54. VERONICA

55. TIM

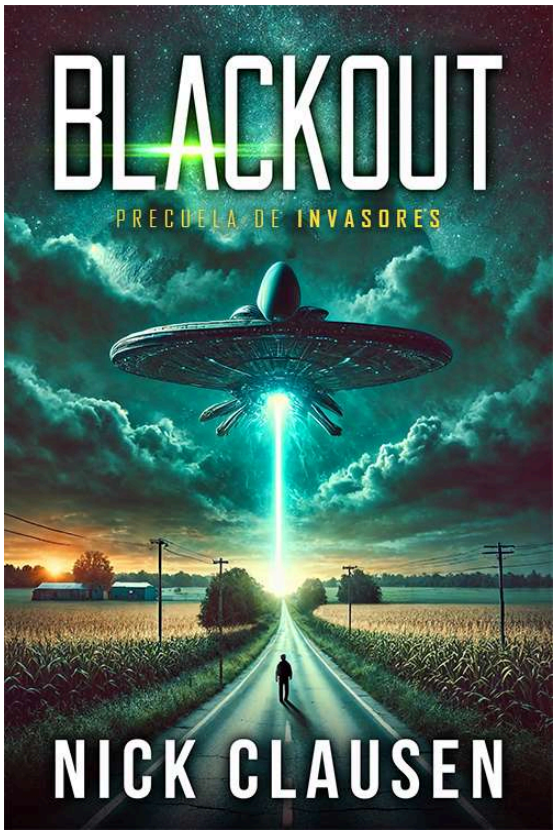
56. HELENA

57. TIM

58. HELENA

59. TIM

LIBRO GRATIS



Obtén la precuela gratuita, *Blackout*, y descubre cómo empezó todo.

Solo disponible en **nick-clausen.com/gratis**

1

TIM

ESTABA BORRACHO LA NOCHE en que llegaron.

No borracho "hasta perder el juicio", sino el clásico borracho de "es martes, así que vamos a tomárnoslo con calma". Con medio litro de vodka le bastaba. Incluso a un tipo de su tamaño.

Todo sucedió de camino de vuelta desde el pueblo.

Vivir solo, al final de un estrecho camino de grava, a medio monte, tiene sus ventajas. Por ejemplo, puedes volver borracho a casa y que nadie se dé cuenta.

Canturreaba una canción de country cuando Buddy empezó a gemir desde el asiento trasero.

—Sí, ya sé que es grave —dijo Tim, sonriendo hacia el espejo—. Anya tenía razón cuando me dijo que nunca me convertiría en una estrella de rock.

Pero Buddy no le miraba. El pastor alemán estaba sentado de espaldas, mirando por la ventana trasera, con el pelo erizado.

—¿Qué has visto? ¿Un ciervo? Yo no he visto nada.

Probablemente algún animal cruzó el camino detrás del coche. El bosque está justo al otro lado del monte, y Tim solía encontrarse con conejos, zorros, ciervos e incluso algún tejón al ir y volver del pueblo. Si se molestara en cazar, no tendría que volver a pagar por carne nunca más.

Buddy soltó un ladrido agudo, haciendo que Tim diera un salto.

—¿Podrías dejar de hacer eso? ¡El ciervo ya se ha ido!

Pero al decirlo, se dio cuenta de que no había sido un ciervo ni ningún animal lo que había alterado al perro. Buddy estaba demasiado excitado. Casi nunca lo había oído ladrar así. Y seguía mirando fijamente por la ventana.

Tim redujo la velocidad y revisó ambos retrovisores, entrecerrando los ojos para ver si alguien le seguía. No vio más que oscuridad.

—¿Qué has visto, Buddy?

De todas formas necesitaba mear, así que paró en medio de la carretera. Tiró del freno de mano, abrió la puerta y salió tambaleándose.

La noche era fría, el aire limpio y cortante. Era enero, el Mes de las Promesas Rotas, y la nieve comenzaría a caer en cualquier momento.

—¡Hola! —gritó, dirigiéndose a la parte trasera del camión—. ¿Hay alguien ahí?

Su voz retumbó por la colina. Todo eran prados, con arbustos ocasionales. Algunos granjeros dejaban ovejas en verano, pero el terreno era demasiado empinado e irregular para cultivar. Mucho más abajo, se veía el resplandor del pueblo, como pequeñas brasas en la oscuridad.

Tim miró a su alrededor. Sus ojos ya se habían adaptado a la falta de luz, pero aun así no vio nada ni a nadie.

Desde dentro del coche, Buddy seguía quejándose con ladridos bajos.

—Me pregunto qué le pasa —murmuró Tim, desabrochándose los pantalones. Fue entonces cuando, a través de la ventanilla empañada, vio la cara del perro y se dio cuenta de que Buddy miraba hacia arriba.

Tim echó el cuello hacia atrás.

Y allí lo vio.

Una esfera verde, moviéndose por el cielo nocturno. Demasiado brillante para ser un avión, demasiado lenta para un cometa. Y además, silenciosa, al menos hasta donde Tim podía oír sobre el zumbido del motor del camión.

Se quedó allí, con la boca y la bragueta abiertas, mirando estúpidamente cómo el objeto cruzaba por encima. Parecía descender, porque poco a poco se hacía más grande. Todavía no podía distinguir detalles: ni alas, ni cola, ni hélices. Si era algún tipo de aeronave, nunca había visto una así.

¿Quizá un satélite cayendo? Había oído que los gobiernos retiraban modelos antiguos dejándolos caer para que se quemaran en la atmósfera. Pero este no se quemaba; no exactamente. Más bien brillaba. Y por su velocidad, no parecía caer; parecía un descenso controlado.

Dejó de verlo detrás de la colina.

Pasaron diez segundos. Diez más.

Tim contuvo la respiración, esperando, aunque no sabía muy bien qué. Buddy gemía ansioso desde dentro del camión.

Tim decidió que el espectáculo había terminado y volvió a lo que había salido a hacer. Justo cuando empezaba a fluir, se oyó un estruendo bajo y profundo. Un breve y violento temblor sacudió el suelo. Tim lo sintió en los pies.

También notó un empujón en el pecho, que le hizo retroceder, tragando aire. Jadeó mientras recuperaba el equilibrio, evitando por poco mear sobre sus zapatos.

Las luces del camión parpadearon una vez y se apagaron. El motor hizo un ruido y murió.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Todo lo que podía oír era su pulso retumbando en el cráneo y Buddy ladrando más fuerte que nunca dentro del coche.

—Madre mía… ¿qué ha sido eso?

¿Había explotado algo al otro lado de la colina? ¿Un dron-bomba enviado por terroristas?

No. Una bomba levantaría mucho humo y polvo. En una noche sin viento como esta, debería verlo elevarse sobre la colina. Pero el cielo seguía negro y despejado.

Además, Tim sabía cómo se sentía y sonaba una bomba. Había vivido morteros y minas al borde de la carretera. Esto era distinto.

¿Entonces un pulso electromagnético?

Un EMP no enviaría una onda de choque como la que había sentido, al menos no sin una explosión nuclear. En ese caso, él no seguiría allí… y la colina tampoco.

Tim revisó su móvil. Estaba apagado.

Definitivamente alguna descarga eléctrica. ¿Qué más podría haber sido, si no una bomba?

De repente, no tenía ganas de quedarse allí como un idiota. Así que corrió de vuelta al camión. Buddy ladró desde atrás.

—Ya voy, ya voy, Buddy. Nos vamos. ¿Vale? —le dijo, serio.

Giró la llave, esperando que el motor hiciera "clic" y siguiera muerto. Pero, para su sorpresa, arrancó a la primera.

Condujo el resto del camino a casa, vigilando la cima del monte todo el tiempo.

Al llegar al terreno de grava que hacía de entrada, aparcó el coche y bajó de él. La noche seguía silenciosa como un cementerio. La cabaña estaba tal y como la había dejado: ventanas intactas, puerta cerrada, nada fuera de lugar.

Sacó a Buddy del camión. El perro salió disparado hacia la colina.

—No —le dijo Tim con firmeza.

Buddy se detuvo y le miró, como preguntándole qué pasaba.

Tim negó con la cabeza.

—No vamos para allá. Nos perderíamos. No voy a pasar la noche congelándome en medio del bosque.

Buddy soltó un quejido impaciente, como si dijera que estaba equivocado. Tim no se perdería, ni siquiera borracho. Por un lado, el efecto del alcohol pasaría rápido en el aire frío. Por otro, conocía el bosque como la palma de su mano.

—Venga, vamos a la cama.

Entró en la casa, sacando la llave del bolsillo. La verdad es que no quería salir a investigar. Por alguna extraña razón, estaba asustado.

Y Tim nunca se asusta.

2

TIM

ESA NOCHE, TIM SOÑÓ con extraños objetos luminosos cayendo del cielo.

Se despertó a la mañana siguiente con una resaca horrible.

Por un breve instante, se sintió perdido en el tiempo. Extendió la mano para buscar a Anya, pero no encontró más que las sábanas. Parpadeando, vio la luz del día filtrarse por las cortinas. El desorden del dormitorio lo devolvió a la realidad: una realidad en la que él era el único humano durmiendo en la cama.

A sus pies estaba Buddy, ya despierto. La cabeza apoyada sobre las patas, sus ojos oscuros estaban fijos en Tim.

Se dio la vuelta sobre la espalda con un gemido:

—Otra vez vigilándome mientras duermo, ¿eh? —dijo—. Te dije que eso da un poco de miedo.

La boca le sabía a arena. Se incorporó despacio, con cuidado de no desatar una avalancha de dolor en el cráneo. El codo le lanzó su punzada habitual.

Miró el reloj, queriendo saber cuánto se había quedado dormido de más. La pantalla estaba negra.

Maldita sea, seguro que se había estropeado otra vez. Tendría que comprarse uno nuevo.

Se frotó los ojos con la base de las palmas.

—Vaya sueño más loco. Algo cayó del cielo y aterrizó en el… —miró a Buddy, que lo devolvía con una mirada de entendimiento—. Santo cielo… eso no era solo un sueño, ¿verdad?

El perro saltó al suelo y se dirigió a la puerta. Se sentó, mirando fijamente el pomo.

—Espera un momento, Buddy.

Tim cogió el móvil de la mesita de noche. Intentó activar la pantalla, pero seguía apagado. Lo encendió y, mientras arrancaba, frunció el ceño recordando lo extraño que había pasado con el camión. Fue a encender la lámpara de lectura de la pared: tampoco funcionaba.

«Maldita sea. Ha freído el generador».

No se había dado cuenta anoche. Ni siquiera se molestó en encender ninguna luz; simplemente se quitó la ropa y se metió en la cama.

Cuando el móvil terminó de arrancar, recibió un mensaje de la empresa que le entregaba la compra semanal: el envío de este miércoles estaba en camino.

Consultó Facebook. Tenía una cuenta falsa solo para curiosear. Todo como siempre: bromas, chismes, cosas en venta.

Revisó las noticias nacionales y locales. Nada sobre un extraño objeto cayendo del cielo.

Así que, o no había pasado, o nadie más lo había visto.

Esperaba que fuera lo primero, aferrándose a la posibilidad de que todo hubiera sido una alucinación por la borrachera. Que el apagón fuera causado por algo más sencillo, como un cable en mal estado o el generador quedándose sin propano.

Pero viendo cómo Buddy quemaba con la mirada la puerta, dispuesto a abrirla con la fuerza de su mente, Tim se dio cuenta de que el perro también recordaba que había pasado algo.

Respiró hondo. La idea de salir ahora, de día y sobrio, no le resultaba tan aterradora, aunque tampoco era la forma en que esperaba pasar la mañana.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Vamos a ver qué demonios ha sido eso.

3

TIM

SE TOMA UN TRAGO para aliviar la resaca antes de salir de la cabaña.

Tanto para combatir la resaca como para reforzar su determinación.

La lata está caliente, ya que la nevera está apagada, como el resto de la electricidad. Su casa solo se calienta con la estufa de leña del salón, pero no se molestó en encenderla antes de salir. En general, no le importa el frío.

En su lugar, sale fuera hasta el armario de acero junto al alero donde guarda la leña. El generador se había apagado, como él esperaba, sin razón aparente. Queda bastante propano en el depósito y se enciende sin problema en cuanto lo reinicia.

Ahora, mientras avanza por el camino usado sobre todo por ciervos y algún que otro senderista, se bebe de un trago la última cerveza y luego tira la lata.

Si no estuviera con resaca, quizá apreciaría lo bonito que se ve el prado esta mañana. Una fina capa de nieve recién caída cubre todo, haciendo que la hierba brille. El cielo está nublado, mientras el sol intenta desesperadamente abrirse paso.

Escucha pasos rítmicos más adelante y ve a una mujer corriendo. Buddy ya la ha visto y se acerca a su lado. La mujer lleva auriculares y claramente está ensimismada, y no los ve hasta que casi choca con Tim.

—¡Vaya! —exclama, desviándose para no chocar.

Mira hacia atrás una vez, pero no se detiene a disculparse.

—La gente hoy en día —gruñe Tim—. Completamente metida en su propio mundo.

Buddy le mira como dando su aprobación.

Siguen caminando otros diez minutos cuando el perro reacciona a algo más adelante. Se detiene, levanta la cabeza y ladra bajo.

Al principio, todo lo que Tim ve es un bulto marrón claro que se retuerce en el suelo helado. Parece una liebre, tumbada de lado, haciendo algún tipo de baile extraño.

—¡Quieto! —le dice a Buddy—. Quédate.

El perro se sienta obedientemente, aunque a regañadientes, y Tim se acerca para estudiar a la liebre, intentando entender qué demonios está haciendo. Parece que corre. O que cree que corre. En realidad, solo gira en círculos. Tiene espuma alrededor de su boca, y sus ojos están en blanco. El pobre produce un quejido forzado.

Está teniendo algún tipo de convulsión.

Lo que sea que le esté pasando, parece desagradable. Tim le da medio minuto, solo para ver si se recupera.

No lo hace.

Así que hace lo que considera lo más humano y coloca el talón de su bota sobre su cuello, agarra las patas traseras con una mano enguantada y tira hacia arriba lo suficiente para quebrarle el cuello al pequeño.

Deja de moverse al instante. Unos últimos espasmos, pero eso solo son los nervios.

El animal huele raro. Es un olor fuerte, ácido. Como a lima. Entonces nota otra cosa. La liebre parece haber estado revolcándose en barro. Sus patas están oscuras de tierra, y algo también ha entrado en sus orejas.

Pero cuando Tim se agacha para mirar más de cerca, se da cuenta de que no es tierra en absoluto.

Toma la pequeña pata delantera y la presiona con el pulgar, haciendo que los dedos se separen. Hay algo parecido a musgo creciendo allí. Es negro y brillante. Algún tipo de eccema, probablemente. No escamoso como la psoriasis, sino borroso. Está creciendo por todas partes: alrededor de la boca y el hocico, bajo los ojos, en el vientre y en la entrepierna.

—Pobre —murmura Tim—. Seguro que le picaba por todas partes.

No había visto esta erupción antes, pero sabe que los animales salvajes portan todo tipo de enfermedades desagradables. Por ejemplo, están llenos de pulgas y garrapatas, y también son propensos a infecciones bacterianas como salmonela o fiebre Q.

Se incorpora y huele, notando que su nariz empieza a moquear.

Buddy interpreta que puede acercarse.

—No, tú quédate apartado —le dice firmemente Tim—. No te pongas enfermo ahora. Acabo de pagar una fortuna por vacunarte, ¿recuerdas?

Buddy se acerca a regañadientes, rodeando a la liebre, observándola todo el rato, claramente deseando olfatearla bien.

Tim se aparta, se inclina y limpia el guante en la breza helada. No le preocupa demasiado traer esporas a casa; sabe que no podrían sobrevivir al frío sin un huésped caliente. Pero, aun así, por precaución, se hace una nota mental de lavar el guante al volver.

4

TIM

COMO TIM NO SABE exactamente dónde aterrizó el objeto, se mantiene en el sendero que considera principal al adentrarse en el bosque. Les llevará por el centro y hasta el otro lado.

Buddy parece estar de acuerdo en que es la dirección correcta. Corre unos veinte metros por delante, con la nariz pegada al suelo, olfateando con entusiasmo.

En verano, los ciclistas de montaña vienen por aquí a dar vueltas con sus estúpidos cascos coloridos y sus ajustadas ropas deportivas. Pero en esta época del año, Tim rara vez se cruza con alguien, lo que le conviene mucho más. Se mudó aquí para alejarse de la gente, no para ser saludado por payasos de la ciudad cada vez que sale a pasear. De hecho, caminar por el bosque es una de las pocas actividades que le permite desconectar de verdad.

Hoy, sin embargo, se siente tenso. Su mente no deja de dar vueltas en torno a Anya, más que de costumbre. Muerta ya casi seis años, sigue ocupando sus pensamientos la mayor parte del tiempo.

Aunque, ¿es de extrañar? Fue su única oportunidad de ser feliz en esta vida.

Nunca había estado con una mujer antes de Anya, ni siquiera había tenido citas. No estaba destinado a ser marido, mucho menos padre. Conocer a Anya y enamorarse fue un fallo en la Matrix. Lo sabía, incluso cuando ella todavía estaba viva y sana.

Así que cuando el ictus llegó y se la llevó, apenas se sorprendió. Simplemente era el universo corrigiendo las cosas para que volvieran a ser como debían. Tim, solo. Miserable.

Buddy es probablemente la única razón por la que sigue vivo. Buddy y Helena. Aunque a su hija le daría igual. No es suicida, simplemente acepta que está gastando su tiempo. Mantendrá su trabajo para tener algo que hacer. Seguirá bebiendo porque hace que vivir duela menos.

Pero la felicidad… eso es para los demás.

Siempre estuvo en las cartas, de hecho. Su padre se fue antes de que él naciera, su madre murió cuando tenía cinco años. En la escuela fue acosado, marginado. Le llamaban medio tonto—y no era mentira.

No fue hasta que llegó a la pubertad y superó a sus acosadores en altura y peso que dejaron de molestarlo.

Abandonó la escuela tan pronto como pudo. Se dedicó a distintos trabajos antes de unirse al ejército para alejarse de todo. Sus años en el extranjero fueron de los más significativos. Por grotesco que parezca, matar gente en un país extranjero le dio un sentido de propósito. Finalmente algo en lo que era bueno.

Luego, a los veinticinco años, conoció a la mujer que cambiaría el rumbo de su vida para siempre.

Seis años con ella. Nada mal. La mayoría de la gente no llega a ser feliz tanto tiempo.

Mientras camina, sumido en pensamientos oscuros, de repente percibe un cambio en el aire.

Se detiene y mira alrededor, tratando de discernir qué es exactamente diferente. No logra identificarlo.

Buddy se mueve inquieto a su alrededor.

—¿Tú también lo notas, chico? —susurra, el aliento formando pequeñas nubes blancas frente a su rostro.

Es como si la presión hubiera bajado ligeramente. Sus tímpanos sienten que necesitan estallar. También percibe una vibración muy sutil en el aire, como la que esperarías justo antes de un terremoto. Le cosquillea los pelillos de la nariz. Supone que por eso Buddy se está poniendo más ansioso; ¿no se dice que los perros son más sensibles a cosas así?

Entonces nota algo más.

Todos los sonidos han cesado. Ningún pájaro canta. La brisa ha desaparecido por completo. El crujido de las hojas secas, el choque de las ramas entre sí, el chirrido de los troncos balanceándose suavemente… todo ha desaparecido. Como si alguien hubiera silenciado el mundo.

—¿Qué demonios es esto?

Incluso su voz parece ser absorbida en cuanto pronuncia las palabras. Como si el aire fuera demasiado espeso para que las ondas sonoras se movieran correctamente.

—Sabes, quizá será mejor que…

Entonces lo ve.

Está justo allí, a menos de treinta pasos del sendero. Casi pasa de largo sin notarlo.

No está seguro de lo que esperaba. Un satélite quemado, quizá. Un trozo de avión roto. O algo exótico, como un meteorito. En cualquier caso, esperaba que el objeto estuviera en un cráter.

No hay cráter.

Simplemente está allí, como si alguien lo hubiera colocado suavemente en el suelo.

Ya no brilla; parece una roca enorme, del tamaño de una furgoneta. Alrededor suyo, sin ser un cráter, hay un círculo perfecto de unos seis metros de diámetro. No ha caído ni un copo de nieve dentro del círculo. Ni uno solo. Casi como si la roca hubiera estado emitiendo calor. Parece natural, pero al mismo tiempo no pertenece allí. Como si se hiciera pasar por una roca.

«¿Por qué esa palabra viene a mi mente?», piensa Tim, cada vez más tenso. «"Disfrazarse". Como si eso intentara engañarme. Como si tuviera intención consciente. Obviamente es solo una roca…»

Pero no logra convencerse de ello y no tiene ganas de acercarse. Así que durante unos minutos se queda quieto, con sus pensamientos discutiendo entre sí.

«Vamos, tonto. Es solo una roca.»

«Sí, una roca que ha caído del cielo.»

«Si hubiera caído del cielo, habría un cráter. Sentiste el impacto, ¿recuerdas?»

«¿Entonces esto no es lo que vi aterrizar anoche? ¿Por qué no lo había visto antes?»

No tiene respuesta. Teóricamente, podría haber pasado por este camino mil veces sin notar la roca. Pero es muy improbable. Si nada más, Buddy habría percibido el—

—¿Buddy?

Tim parpadea al darse cuenta de que el perro ha desaparecido de su lado.

—¡Eh, Buddy!

Lo ve junto a la roca—o lo que sea. Buddy merodea alrededor, olfateándola con cuidado, con los pelos de la nuca erizados. Alterna entre gemidos y gruñidos. Los sonidos son demasiado leves, como si el perro estuviera muy lejos.

Algo va muy mal aquí.

—¡Buddy! —grita, avanzando—. Siento que las palabras no llegan al perro.

Pisa algo blando y mira hacia abajo. Un erizo. Tumbado de espaldas, con sus pequeñas patas extendidas. La parte desnuda de su vientre está cubierta por la sustancia negra y brillante que vio en la liebre.

—Joder —murmura, esquivando al pobre animal—. ¡Buddy!

Esta vez grita lo suficiente para que el perro lo escuche. Para su horror, ve a Buddy apoyado sobre sus patas traseras, una pata delantera sobre la roca, el hocico olfateando el aire. Reacciona al llamado de Tim, salta y vuelve a su lado.

—Maldita sea, ¿por qué tuviste que acercarte a eso? —lo reprende Tim—. Podría ser radiactivo, por lo que sabemos. ¡Vamos!

Está a punto de darse la vuelta, echando un último vistazo a la roca, cuando nota algo realmente extraño.

—¿Qué demonios…?

Agachándose, deja escapar un jadeo. La roca flota a unos cinco centímetros sobre el suelo.

No está apoyada ni inclinada sobre nada. No hay árboles ni nada cerca que la sostenga.

Simplemente está suspendida en el aire.

—Venga ya —tose Tim—. Esto es demasiado. Nos vamos de aquí ahora mismo.

Se da la vuelta y se marcha, con Buddy a su lado. Justo cuando llegan al sendero, algo gris y emplumado cae desde arriba y aterriza justo delante de Tim, provocando que grite y que Buddy salte y ladre.

—Tranquilo —le dice, forzando que su corazón vuelva a su sitio—. Solo es una paloma muerta. No la toques.

La pisa, asegurándose de que Buddy no se acerque. Actúa como si fuera perfectamente normal que los pájaros mueran y caigan del cielo. También finge no ver la sustancia negra alrededor de los ojos y el pico del ave.

No está seguro de a quién intenta engañar. Solo sabe que quiere alejarse lo más posible de esa roca.

5

TIM

NUNCA DEBERÍA HABER IDO hasta allí. Debería haberse quedado en casa.

El pensamiento no deja de atormentarle, incluso después de volver a la cabaña. Su estado de ánimo es todavía más sombrío que antes.

Intenta actuar con normalidad, intentar continuar como si fuera un día cualquiera. Llena el cuenco de agua de Buddy y le sirve el desayuno con movimientos mecánicos. Mientras tanto, su mente está en otra parte, discutiendo consigo misma.

—¿Debería llamar a alguien?

—¿A quién llamarías?

—No lo sé. A la policía. A cualquiera.

—¿Qué podría hacer la policía por una roca en el bosque? ¿Arrestarla?

Se encuentra junto a las ventanas del salón, mirando los prados.

No deja de pensar en los animales muertos. Si eso que está ahí afuera está emitiendo algún tipo de radiación, las autoridades tienen

que saberlo. Aunque, hasta donde sabe, la intoxicación por radiación no provoca esos crecimientos negros parecidos a musgo.

¿Y ocurriría tan rápido? ¿No tarda la radiación días en matar a alguien? Además, Buddy ha tocado el objeto y está bien.

Como si el pensamiento lo hubiera llamado, Buddy entra en la habitación. Se lame la boca y se dirige a su sitio habitual junto a la chimenea, dejándose caer sobre su manta con un suspiro.

—Parece que estás bien —comenta Tim.

Buddy lo mira sin levantar la cabeza.

Ver al perro hace que Tim se sienta un poco mejor. Claro, eso que está ahí afuera no ha causado la muerte de los animales. Es algún tipo de infección fúngica que se está propagando.

Enciende la chimenea. La actividad familiar le tranquiliza un poco. Justo cuando las llamas empiezan a crecer, suena el teléfono.

Lo saca y ve el nombre de Benny en la pantalla, su compañero de la fábrica. Tim recuerda que le había prometido echar un vistazo al coche de Benny esta mañana: el filtro de combustible está obstruido y probablemente necesita cambiarse.

Contesta la llamada.

—Hola, Benny.

—¿Estás enfermo? El jefe dice que no has llamado.

—Sí, lo sé. Dile que lo siento. Se me pasó por completo.

—¿Se te pasó? Al jefe no le va a gustar. ¿Fuiste a beber anoche?

—No más de lo habitual.

—Entonces, ¿no vendrás a mirar el coche?

—No, no, puedo hacerlo. ¿A qué hora sales hoy?

Benny dice algo que Tim no oye. Su mirada ha sido captada por algo fuera de la ventana. Una liebre salta por el prado. Se detiene a mordisquear las hojas aún verdes de una zarza.

Tim la observa.

Se parece exactamente a la que mató. Por supuesto, todas las liebres se parecen. Pero incluso desde esta distancia, Tim puede ver que el musgo negro sigue pegado a su pelaje. Aunque ahora es notablemente más gris. Más apagado. La liebre deja de masticar, eriza las orejas y escucha.

—¿Tim?

La liebre sacude el pelaje y el musgo gris cae al suelo. Luego salta y desaparece de su vista.

—¿Tim? ¿Eh, Tim? ¿Estás ahí?

Se aclara la garganta.

—Sí.

—¿Todo bien, tío?

—Lo siento, yo… supongo que no me siento del todo bien. Mejor me quedo en casa.

—Vale. Yo lo llevo al taller. No te preocupes.

Benny cuelga sin despedirse. Probablemente cabreado porque Tim se fue de juerga, se olvidó de él y luego lo dejó colgado. A Tim no le importa en absoluto.

Esa no era la misma liebre. No lo era.

Aquí hay docenas de liebres. Esta también ha cogido la enfermedad que circula, pero a diferencia de su prima del sendero, ha salido adelante y sobrevivido. Esa es la explicación.

Aun así…

Se parecían muchísimo.

6

TIM

LE CUESTA CONCENTRARSE EN cualquier cosa.

Deambula por la cabaña sin rumbo. Haciendo cosas sin importancia solo para mantener las manos ocupadas. Se come un cuenco de avena a pesar de no tener apetito. Pero salvo por los pretzels de anoche, no ha comido nada en casi veinticuatro horas.

Su mente no deja de dar vueltas alrededor del pedrusco, la liebre, la sustancia negra.

La parte racional de su cerebro le dice que debería llamar a alguien. Contarles lo que ha visto.

Pero algo lo detiene. Por alguna razón extraña, siente que es un asunto privado. Sabe que es ridículo. Pero llamar a las autoridades—suponiendo que siquiera le creyeran—y que vinieran implicaría mucha atención no deseada. Tendría que responder un montón de preguntas. Tendría que guiarlos por el bosque.

¿Y si solo echan un vistazo al pedrusco y se ríen? ¿Y si todo esto está en su cabeza?

Por ahora, no va a provocar nada.

Está limpiando el filtro del lavavajillas—algo que ha estado posponiendo durante semanas—cuando Buddy entra en la cocina, haciendo clic con sus garras en el viejo suelo de madera.

—¿Qué tal, amigo? ¿Todo bien?

Buddy responde sentándose y rascándose la oreja con la pata trasera. Luego se acerca a su cuenco de agua y bebe.

Tim sigue enjuagando el filtro, meditabundo, mientras mira por la ventana sobre el fregadero. Un grupo de cuervos negros cruza el cielo gris acero. El sol ya ha salido y se dirige de nuevo hacia el horizonte. A esta época del año, la luz del día es un bien escaso. No es de extrañar que todo el mundo se deprima.

Piensa en Helena. Debate si llamarla. Dar señales de vida. ¿Han pasado, qué, cuatro meses esta vez? ¿Seis meses? Ni siquiera lo recuerda.

La última vez que hablaron, ella vivía con su novio. Dennis o Teddy o algo así. Estudiante de derecho. Helena estudia para ser terapeuta.

Se siente orgulloso de tener una hija con una mente tan brillante. La idea de que él terminara alguna vez una educación es ridícula. Por suerte, Helena no ha heredado su condición. Aunque el riesgo era mínimo, él aún se mostraba reticente a traer un niño al mundo sabiendo que podría sufrir el mismo destino que él.

Anya le convenció. Ella realmente quería un hijo.

Mira las fotos en la nevera. Anya, con un sombrero tonto mientras sostiene un helado gigante. De su viaje a Egipto.

—Conseguiste lo que querías —murmura—. Siempre lo hiciste.

Otra foto de Anya y Helena junto a un muñeco de nieve, riéndose frente a la cámara.

—¿Debería llamarla? ¿Qué opinas?

Los ojos de Anya le dicen que sí.

—Vale —dice, respirando hondo—. Está bien, cariño, lo haré. Solo para ver cómo está.

Busca el móvil, notando que el cuenco del perro está vacío. Eso le hace dudar. Es un cuenco grande. Casi medio galón cuando está lleno del todo. Y lo llenó esta mañana, ¿no?

Probablemente no. Solo creía haberlo hecho.

Buddy ha vuelto al salón. Tim puede oír la chimenea crepitar allí, sentir el calor alcanzando ya la cocina. Llena el cuenco del perro y recuerda que el móvil está en el cargador del dormitorio.

No hay llamadas perdidas, ni mensajes.

Se deja caer en la cama, repasando la corta lista de contactos. La mayoría son conocidos prácticos. El fontanero. El veterinario. Su jefe. Solo unos pocos contactos sociales. Están ordenados por uso reciente, lo que significa que el nombre de Helena está al final.

Recoge fuerzas y la llama.

Ella contesta a la tercera llamada.

—¿Hola? —Su tono es defensivo desde el principio.

—Hola —dice él, intentando sonar casual—. Soy tu padre.

—¿Ah, sí?

—Yo, eh… solo quería saber cómo estabas.

—Estoy un poco ocupada, papá.

—Ah. ¿Así que ahora no es buen momento?

—Esa sería la implicación, sí.

—Lo siento, Helena. Bueno… te dejo, entonces.

Ella suspira.

—No, espera. Está bien. Podemos hablar cinco minutos.

—¿Estás segura? No quiero molestarte.

—Está bien.

—Vale. Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Estamos jugando al tenis, Freddie y yo.

Freddie. Claro.

Toma nota mentalmente.

—¿Tenis? ¿No hace un poco de frío para eso?

—Es en pista cubierta.

—Ah. No sabía que eso existiera.

—Sí, bueno…

Él se muerde el labio. La espalda le pica de sudor.

—¿Seguro que no interrumpo? Puedo volver a llamar más tarde, si…

—Está bien, papá. Freddie ha ido al vestuario. Su raqueta necesitaba un nuevo grip, así que solo estamos esperando.

—¿Nosotros? ¿No sois solo tú y Freddie?

—Estamos jugando contra otra pareja de la universidad.

—Ya veo. ¿Ganáis?

Helena se ríe con desdén.

—Vamos perdiendo dos sets.

—Bueno, siempre podéis remontar. Nunca es tarde.

Helena no responde.

—¿Estás ahí, cariño?

—Mira, papá, ¿por qué me llamas?

—Como he dicho… solo quería saber cómo estabas.

—Siempre dices eso. No sé qué significa.

—Pues… solo quiero saber que estás bien, que todo va bien, ¿sabes? ¿Es tan malo eso?

Quiere sonar ligero, pero le sale a la defensiva. Se arrepiente inmediatamente.

—No es malo, es solo… raro. Ya no soy una niña, papá. No necesitas controlar lo que hago.

—Bueno, para mí siempre serás un poco niña, cariño. Sin ofender. Sé que eres una mujer adulta, pero siempre serás mi niña, ¿sabes?

Helena no responde. Se oyen ruidos de fondo. Gente jugando, gritando.

Tim se frota el muslo como intentando encender un fuego.

—¿Y la universidad?

—Mira, papá —respira hondo—. ¿Podemos dejar esto?

—¿Dejar qué? —pregunta él, torpemente.

—Que me llames de vez en cuando. Simplemente… no me apetece, ¿vale?

—Ah. Vale. Si te resulta incómodo, simplemente…

—No es incómodo, papá. Es incómodo en el sentido emocional. Y es innecesario. Lo siento, pero ¿a quién intentas engañar?

Su cara se enrojece.

—No intento engañar a nadie.

—Pero siempre es lo mismo. Estoy teniendo un gran día. Necesitaba tiempo para desconectar, para estar con amigos. Este semestre me está matando y Freddie y yo… bueno, estamos pasando por un momento difícil, supongo… y finalmente tenemos

tiempo para estar juntos y no preocuparnos por la universidad. Y entonces me llamas, hablamos cinco minutos, colgamos y tú sigues con tu vida sintiéndote un poco mejor. Mientras tanto, el resto de mi día está arruinado. No dejo de pensar en mamá, me siento culpable por no verte, todo este pasado… No quiero removerlo más. Solo quiero superarlo, ¿sabes?

Se queda en silencio. Él oye su respiración acelerada.

Tim parpadea varias veces.

—No… no tenía ni idea de que te sintieras así, cariño.

—Pues ahora ya lo sabes.

Él asiente lentamente, como si ella pudiera verle realmente.

—Si eso quieres, dejaré de llamar.

—¡No es lo que quiero! Joder, papá. Deja de echarme la culpa. No es culpa mía que no tengamos relación, ¿vale?

—No, lo sé. Es culpa mía. Mi condición…

—Oh, déjalo ya, por favor. Esa maldita excusa otra vez.

Se siente como una bofetada. Se enfada un poco.

—Escucha. Ciertamente no es una excusa...

—El tío de Freddie tiene parálisis cerebral. Va en silla de ruedas. Tiene tres hijos, papá. Acabamos de pasar la Navidad con ellos. Y ¿sabes qué? Todos se quieren.

Tim se queda boquiabierto, sin saber qué responder. Y luego dice algo realmente estúpido.

—Bueno… me alegro de que Freddie venga de una familia tan cariñosa. No todos tenemos tanta suerte.

—¿Suerte? ¿Papá, estás escuchando? El tío tiene parálisis cerebral. ¿Llamas eso suerte? Se ha hecho su propia felicidad. Lo intenta.

Tim se da cuenta de que está apretando la mandíbula y fuerza los músculos a relajarse.

—Entiendo tu punto, cariño.

—¿Lo entiendes? Entonces, ¿ves también por qué no quiero que llames más?

—Mira, como dije. Si quieres que me aparte, lo haré. Pero estoy intentando, ¿vale? Amaba mucho a tu madre y nunca quise que nuestra familia se rompiera como lo hizo. Ni un día pasa sin que la eche de menos. Si todavía estuviera…

—Para, papá. Por favor.

—¿Qué?

—No puedo escucharte hablar de ella.

Suspira.

—Lo siento. Sé que tú también la echas de menos.

Para su sorpresa, Helena se ríe. No es una risa feliz, más bien al borde de las lágrimas.

—Joder, ¿de verdad no lo pillas, verdad?

—¿Pillar qué?

—No va de ella. Nunca fue sobre ella.

Él levanta la mano.

—Entonces, ¿sobre qué? Ayúdame a entender.

Ella se ríe con desdén.

—No soy tu terapeuta, papá. No puedes simplemente descargar tu dolor en mí y luego… —Alguien dice algo de fondo, voz de hombre —. No, está bien —dice Helena a quien esté allí. Luego se dirige a Tim de nuevo—. Tengo que irme, papá.

Él se encoge de hombros.

—No… no sé qué decir.

Una breve pausa.

—Entonces dos que no saben qué decir.

Cuelga.

7

TIM

SE SIENTA DURANTE MUCHO tiempo en el dormitorio, mirando el móvil en la mano.

Siente un vacío en el estómago. Un torrente de emociones girando bajo su nuez de Adán.

Se siente confuso, dolido, enfadado, culpable. Le apetece emborracharse.

«Nunca debería haberla llamado. ¿Por qué siempre lo empeoro todo?»

Espera que Anya, o más bien la versión de ella que guarda en su mente, le dé una respuesta. Normalmente interviene cuando se trata de algo sobre su hija. Pero hoy no. Anya guarda silencio. No porque quiera que se atormente —Anya nunca fue así—. Lo más probable es que el mensaje sea que depende de él averiguar cómo lo ha estropeado.

Se queda dándole vueltas un par de minutos más hasta decidir que es un nudo que no puede deshacer.

Finalmente se levanta con un suspiro, va a la nevera y coge una cerveza. Solo quedan cuatro. No es suficiente para emborracharse, que es lo que necesita.

Se dirige al salón. La temperatura ha subido considerablemente. Nota un leve olor a lima, lo que le resulta extraño, porque nunca compra fruta.

Buddy está dormido sobre su manta. Sus patas delanteras se mueven, como si caminara. Deja escapar un gemido bajo.

—Estás soñando, Buddy.

El perro gruñe desde lo más profundo de su garganta, pero no se despierta. En cambio, parece que intenta ponerse de pie, moviendo las patas de manera espasmódica. Tim lo ha visto sonámbulo una o dos veces antes, cuando todavía era cachorro.

—Eh —dice, acercándose—. Despierta, Buddy.

Se detiene al darse cuenta de que los ojos de Buddy ya están abiertos. Mirándole suplicante. La boca también abierta, jadeando como sin aliento. Las patas siguen moviéndose con sacudidas espasmódicas.

Tim siente un vacío en el estómago al ver el delgado borde negro alrededor del hocico de Buddy.

—Oh, no. No, no, no…

El perro deja escapar un lamento. El cuello se le espasma, girando hacia atrás. Intenta ladrar, pero suena más como un silbido ronco.

La mente de Tim empieza a dar vueltas mientras un el miedo lo recorre. Está infectado. Ha cogido lo que tenía la liebre.

—Tranquilo —le dice al perro, finalmente reaccionando—. Te llevo a ver a Alan. Te va a poner bien. No te preocupes.

Sigue hablando mientras recorre la cabaña. Coge las llaves del camión y sale sin molestarse en cerrar la puerta.

Colocando a Buddy suavemente en el asiento trasero del coche, se pone al volante mientras se recrimina a sí mismo por no tomarse las cosas más en serio. Ahora Buddy podría morir, y todo sería culpa suya.

—No vas a morir —dice en voz alta, arrancando el motor—. De ninguna manera. Vas a estar bien. Aguanta, Buddy.

Pisa el acelerador y sale del camino de entrada, bajando por la carretera llena de baches.

Cuando llegan al pie de la colina, Buddy ha dejado de emitir sonido en el asiento trasero.

Tim sigue echándole miradas por encima del hombro. Puede ver cómo su estómago sube y baja con respiraciones irregulares.

Saca el móvil y busca el número marcado como "Vet".

—Andersen.

—Alan, soy Tim. Necesito tu ayuda. ¿Estás en la clínica?

Breve pausa.

—Son las cinco y media, Tim.

—Mierda, cierto. ¿Puedo ir a tu casa entonces?

—¿Qué pasa?

—Es Buddy. Ha cogido algo. Fúngico, creo. Está mal.

—Lo siento. Mira, me encantaría ayudar, pero Lis y yo estamos a punto de salir. Tenemos una cita de pareja esta noche y…

«¿Hoy todo el mundo tiene que tener citas de pareja?»

—Por favor, Alan. Creo… creo que está gravemente enfermo.

Alan habla con calma.

—Tal vez deberías llevarlo a Aalborg. Tienen veterinario de guardia. Puedo llamarlos por ti y decirles que vas.

—Aalborg está a cuarenta y cinco minutos —dice Tim, conteniéndose de gritar—. Apenas puede respirar, Alan.

—Vaya, ¿tan mal está? ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde… no sé. Una hora.

—Eso no suena a hongos, Tim. ¿Seguro que no es una reacción alérgica?

—¡No lo sé! Todo lo que sé es que esa extraña sustancia negra está creciendo en su cara. Por eso necesitas verlo, Alan. ¡Por favor!

Pasan unos segundos de silencio. Luego Alan suspira.

—Está bien, le echaré un vistazo.

—Gracias, Alan. Gracias. Voy camino a tu casa.

—No, ven a la clínica. Iré allí y te encontraré en cinco minutos.

8

TIM

TIM APARCA EN EL estacionamiento detrás de la clínica veterinaria y salta del coche antes de que el rugido del motor haya desaparecido.

Abre la puerta trasera y coge a Buddy. El olor cítrico se nota ahora con más intensidad. La sustancia negra se ha extendido rápidamente. Está llenando las fosas nasales del perro, recorriendo su boca, cubriendo los párpados. Incluso sobresale de sus orejas.

«Dios… ¿qué demonios es esa cosa?»

Buddy sigue respirando, pero con mucha dificultad.

La garganta de Tim se siente tensa mientras lleva al perro hasta el edificio.

—Tranquilo, Buddy. Ya estamos aquí. Alan te va a poner bien, ya verás.

Se abre la puerta trasera y Alan le hace un gesto con la mano.

—Por aquí, pasa.

Alan tiene diez años más que él. El pelo canoso lo tiene siempre peinado hacia atrás con esmero. Tiene ojeras permanentes por

trabajar demasiado y dormir poco. También fuma mucho, y descarta medio cigarrillo mientras Tim llega a la puerta.

—Vaya —dice, arqueando las cejas al ver a Buddy—. Parece que ha pasado por una chimenea.

—No, es la sustancia negra de la que te hablé.

—Vale, mételo dentro.

Alan cierra la puerta tras ellos. Tim lleva a Buddy por el pasillo. El aire huele a pelo y productos de limpieza. Normalmente, el edificio está lleno de sonidos; ahora está silencioso como una tumba.

—Por aquí —dice Alan, señalando una puerta a la derecha.

Entran en una de las salas de examen y las luces se encienden automáticamente.

—Ponlo sobre la mesa —indica Alan, dirigiéndose al armario. Se pone unos guantes de goma y empieza a examinar a Buddy.

Revisa el hocico, las orejas, abre la boca y tira de los labios. El interior de la boca de Buddy es una visión horrenda. La sustancia negra crece por todas sus encías, entre los dientes, sobre la lengua. Brilla con saliva, parece fresca y saludable. Como si prosperara dentro de la boca del perro.

—Dios —dice Alan de nuevo—. ¿Cuándo notaste esto por primera vez?

Tim apenas puede hablar, apenas puede pensar.

—No… no lo sé… estaba bien hace apenas unas horas.

—¿Seguro? —pregunta Alan, abriendo el ojo izquierdo de Buddy para examinar la pupila. El perro está obviamente inconsciente ahora, por lo que Tim se siente aliviado—. Tienes razón en que es

algún tipo de infección fúngica, pero debe haber estado en su sistema durante días.

—No lo creo —dice Tim, tragando saliva—. Estoy bastante seguro de que lo cogió esta mañana.

Alan niega con la cabeza.

—Ningún hongo crece tan rápido, Tim. Aunque debo decir… esto es algo que nunca había visto.

Se acerca de nuevo al armario, saca un kit junto con un estetoscopio.

—¿Puedes arreglarlo? —se oye preguntar a Tim.

—¿Ha vomitado? —pregunta el veterinario mientras escucha los pulmones de Buddy.

—No.

Alan levanta la pata trasera del perro y revisa los genitales. El musgo también está creciendo allí.

—¿Sangre en la orina?

—Que yo haya notado, no.

—¿Parecía que le dolía antes de que el crecimiento se hiciera visible?

—No, como dije, estaba bien. Salimos a pasear y parecía totalmente normal, corriendo y olfateando cosas.

Alan saca un bastoncillo de algodón grande y lo pasa por el interior de la mejilla de Buddy. Luego lo coloca en un pequeño estuche de plástico y lo aparta. Después chasquea los labios y se gira hacia Tim.

—Bien, no voy a mentir, Tim. Esto es grave. Francamente, no tengo ni idea de lo que tiene. Pero está tan avanzado… no creo que

haya nada que podamos hacer. Deberías haberlo traído antes, tal vez podría haber…

Tim golpea la mesa con ambos puños.

—¡Cuántas veces tengo que decirte, hombre! ¡No pude traerlo antes porque no estaba enfermo, maldita sea!

Alan levanta las manos, sorprendentemente impasible ante el estallido de Tim.

—No importa de todos modos. Tendré que enviar una muestra al laboratorio.

Tim respira con fuerza.

—¿Y Buddy?

Alan suspira.

—Puedo darle algo para dormirlo.

—Bien, ¿y luego qué?

Alan vuelve al armario, saca un frasco diminuto y una jeringa envuelta en plástico transparente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿cómo lo tratarás una vez esté dormido?

—Tim, no estarás con él aquí —desenvuelve la jeringa, la llena con el líquido transparente del frasco y luego mira fijamente a Tim—. No hay nada más que pueda hacer.

Tim abre la boca, luego la cierra de nuevo.

—Lo siento mucho, Tim. Sé lo unidos que estabais. Pero sea lo que sea, básicamente ya lo ha matado. Está en los pulmones, el corazón, probablemente en el cerebro y en todos los demás órganos. Incluso antibióticos agresivos no servirían ahora.

Los labios de Tim se sienten gruesos y pegajosos.

—Pero… pero si no sabes qué es… ¿cómo puedes decir que no se puede tratar? ¡Ni siquiera le has hecho pruebas!

Alan niega de nuevo con la cabeza.

—No hace falta, Tim.

La resignación en la voz del veterinario llena a Tim de pavor. La manera en que habla de Buddy como si ya estuviera muerto. Todo gira demasiado rápido. No puede procesarlo.

Excepto que sí puede. La parte racional de su cerebro funciona perfectamente, operando en segundo plano mientras la emoción lo invade. Desde que vio a Buddy tocar la roca, sabía que esto podía pasar. Y en el momento en que vio la sustancia negra en su cara, supo que probablemente estaba perdido.

Simplemente no puede aceptarlo. Buddy es todo lo que le queda.

Peor aún, es todo lo que le queda de ella.

—Pero… pero…

Alan coge suavemente un puñado del cuello de Buddy y se prepara para inyectarle la aguja.

—Espera —dice Tim—. ¿Lo… lo matará al instante?

—Sí —responde Alan—. Lo siento, pero no debemos prolongarlo. No sería correcto. Probablemente esté sufriendo. Puedo darte unos segundos si los necesitas.

De repente, Tim vuelve a aquel horrible día de hace seis años. Era una tarde cálida. La primavera estaba en el aire. El mundo fuera del hospital rebosaba de esperanza. Listo para continuar. Tim y Helena permanecieron allí hasta que Anya se fue. Entonces se abrazaron. Probablemente por última vez.

—¿Tim?

La voz de Alan lo devuelve al presente.

—Ahora despídete de él.

Tim mira a su amigo allí tendido. Su respiración es muy irregular y débil, apenas perceptible. Las lágrimas llenan sus ojos y traga saliva con fuerza.

—Lo siento, Buddy. Todo esto es culpa mía.

Coloca la mano sobre su costado, acariciándolo.

—Nos veremos de nuevo, ¿vale?

Alan le asiente, y Tim se gira.

9

TIM

SE ENCUENTRA AL VOLANTE de su camión. Sin saber cómo ha llegado allí. Conduce por la calle principal, casi vacía. Recuerda vagamente haber hablado con Alan.

—Al menos déjame llevármelo a casa.

—Lo siento. Eso iría en contra de las normas, Tim.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos ni idea de qué lo mató.

—¿Y qué?

—Así que, probablemente tendrá que ser destruido. Para asegurarnos de que las esporas mueran con él.

—¿Quieres decir… quemado?

—La cremación sería la forma correcta, sí. Llamaré al SSI. Ellos…

—¿SSI?

—El instituto danés de salud pública y control de enfermedades . Vendrán a echar un vistazo y decidir qué hacer. Deberías ir a casa y descansar. Ah, y, Tim…

—¿Eh?

—Toma esto.

—¿Qué es?

—Receta de antibióticos. Pásate por la farmacia de camino a casa. Uno ahora, otro antes de dormir, y luego tres al día.

—¿Crees que… he cogido lo que tenía Buddy?

—Probablemente no. Pero por si acaso, esto lo eliminará.

Después, Tim se tambaleó fuera de allí, saliendo por la puerta trasera.

Y ahora conduce por la ciudad, apenas fijándose en el cielo oscuro sobre su cabeza, en los escaparates vacíos, y en el peatón ocasional que se ha aventurado al frío.

Es muy extraño estar solo en el coche. Buddy siempre iba con él, sin importar a dónde fuera. Sus ojos siguen yendo al retrovisor, comprobando el asiento trasero vacío. Está todo lleno de pelos de Buddy que ha ido dejando a lo largo de los años.

La realidad de la situación todavía no termina de asimilarla. Buddy está muerto. Se ha ido. Nunca volverá. Así, de golpe.

Se detiene cuando ve la farmacia delante. A través de la ventana, ve a una anciana con bastón hablando con el farmacéutico.

Saca la receta arrugada del bolsillo. Justo cuando apaga el motor, su teléfono empieza a sonar. Lo saca. Es Alan. Probablemente necesite más información sobre Buddy.

—¿Sí?

—¿Tim? ¿Ya estás en casa? —Hay algo diferente en la voz del veterinario.

—No, estoy en la farmacia. ¿Por qué?

—Vuelve aquí. Necesitas… Dios, ni siquiera sé cómo decírtelo…

—¿Qué pasa, Alan? —pregunta—. ¿Algo mal?

—Sí. No. No lo sé. Es Buddy.

—¿Qué pasa con él?

—Solo coge los medicamentos y ven aquí.

Tim frunce el ceño.

—¿Qué pasa, Alan? Dímelo.

Alan está a punto de decir algo cuando se oye un ladrido de fondo. Es uno de emoción. Uno que Tim ha escuchado miles de veces.

El corazón casi se le para.

—¿Quién ha sido?

—Vuelve, Tim. Ven a verlo tú mismo.

10

TIM

BUDDY PRÁCTICAMENTE SALTA A sus brazos cuando irrumpe en la sala de examen.

Tim lo ha entrenado para que nunca levante las patas delanteras sobre nadie, por muy excitado que esté. Pero en ese momento, no le importa un comino que Buddy se olvide de sí mismo. Lo coge con ambos brazos y lo aprieta fuerte.

Buddy gime feliz y le cubre las mejillas y el cuello con besos perrunos desordenados.

—¡Dios mío… Buddy… estás vivo!

—No solo eso. —Tim levanta la vista y ve a Alan junto al mostrador, mirando por el microscopio, entrecerrando un ojo.

—Está perfectamente sano, por lo que puedo ver.

—¿Cómo… cómo es posible? —pregunta Tim, con risa y llanto, mientras Buddy casi lo hace caer.— Vale, despacio, chico. Cálmate un poco. Me alegra verte también.

Alan se aparta de la mesa, sacudiendo la cabeza. Mira a Buddy con una mueca que Tim no sabe interpretar.

—No tengo ni idea. Nunca he visto algo así. —Mete dos dedos en el bolsillo de la camisa y saca el paquete de cigarrillos—. ¿Te importa si fumo? —Sin esperar respuesta, enciende un cigarro y da una profunda calada.

Tim observa a Buddy más de cerca mientras el perro empieza a calmarse. La sustancia negra sigue en su pelaje, en la cara, saliendo de las orejas. Pero ahora es gris. Marchita. Igual que en el conejo. Además, se está desprendiendo en mechones. El suelo ya está cubierto de ellos. Parece ceniza.

—Acaba de despertarse —dice Alan. Abre la ventana, apoyándose en el marco y cruzando los brazos sobre el pecho—. Estaba a punto de llamar al SSI cuando se incorporó en la maldita mesa. Me miró como si hubiera estado durmiendo una siesta. Te juro que casi me caigo de la silla.

—Pero… no lo entiendo —dice Tim, negando con la cabeza—. ¿Así que no estaba muerto?

—Oh, estaba muerto, eso seguro.

—¿Lo comprobaste? Quiero decir, ¿no podría ser que su corazón latiera muy despacio?

Alan expulsa el humo por la ventana y lo golpea con el dedo índice.

—Créeme, Tim. La dosis que le di habría derribado a un caballo. Y he visto suficientes animales muertos en mi vida para saberlo.

—Entonces, ¿cómo puede estar vivo ahora?

Alan da otra profunda calada y deja que el humo salga por sus fosas nasales.

—Ni idea. Comprobé sus signos vitales y parece estar perfectamente sano. Sin soplos, nada en los pulmones que pueda oír. Tenemos que hacerle más pruebas, pero como ves… parece estar bien.

—Sí que lo está —sonríe Tim, acariciando la cabeza de Buddy. El perro empieza a olisquear la sala, buscando olores interesantes, comportándose como siempre.— Entonces, ¿la inyección que le diste podría haber matado la enfermedad?

Alan resopla.

—No funciona así. Dos errores no hacen un acierto.

—Con el cáncer sí. Quiero decir, le das veneno a los pacientes de cáncer para que mejoren.

Alan levanta una ceja.

—Esto no era quimioterapia, Tim. Era pentobarbital. Te para el corazón y el cerebro. Le di veinte miligramos, que es demasiado, pero quería que terminara de una vez. —Otra calada profunda—. Revisé el frasco, la jeringa, incluso el lugar de la inyección. No me equivoqué. Todo entró en su vena como debía. Simplemente no lo mató. No de forma definitiva, al menos.

Tim señala el frasco todavía en el mostrador.

—¿Estás seguro de que era lo correcto? ¿Quizá la farmacia se equivocó?

—No era un frasco nuevo. Lo usé ayer para dormir a un viejo Rottweiler. Funcionó de maravilla.

Tim está a punto de preguntar algo más, cuando el veterinario lo interrumpe, alzando un poco la voz.

—Escucha, ¿qué crees que he estado haciendo la última media hora, Tim? ¿Solo pasando el rato con tu perro? He revisado todo, una y otra vez. Cada maldita explicación posible. Te digo, no hay ninguna. En mis veinte años… —Alan se interrumpe, echando otra mirada a Buddy, casi de desconfianza.

De repente, Tim ve al conejo saltando fuera de la cabaña. Escucha y siente el crujido de cuando le rompió el cuello.

No era el mismo conejo.

Por alguna razón, de repente no le apetece hacer más preguntas. Solo quiere volver a su cabaña.

—¿Puedo llevármelo a casa?

Buddy levanta la vista, reaccionando a la palabra familiar.

Alan se encoge de hombros y vuelve a tirar las cenizas por la ventana.

—Supongo que sí. De todos modos, tengo que volver. Lis ya me llamó. Me van a echar la bronca por tardar tanto. De todas formas, sigo enviando la muestra al laboratorio, pero no veo razón para llamar a los bomberos por un perro sano. A menos que vuelvas a notar que enferma, en ese caso me llamas de inmediato.

—Claro, lo haré.

Alan comprueba el cigarro, da la última calada y parece recordar algo.

—¿Cogiste los medicamentos?

—Sí —Tim había corrido a la farmacia, casi empujando a la anciana para conseguir la receta. De camino de vuelta, superó varias veces

el límite de velocidad.

—Mejor tómalos —le dice Alan—. Por si acaso.

Tim se acerca a Alan y le tiende la mano.

Alan tira el cigarro por la ventana y mira la mano de Tim como si no la entendiera.

—Gracias, Alan. De verdad lo aprecio.

Alan resopla.

—No me des las gracias. Intenté matar a tu maldito perro. Deberías darle gracias a Dios: Él es quien lo ha traído de vuelta.

11

TIM

DURANTE TODO EL CAMINO a casa, Tim no puede dejar de mirar a Buddy por el retrovisor. Como si en cualquier momento se fuera a caer muerto.

No es que haya señales de que eso vaya a pasar. El perro simplemente está ahí, sentado, como su viejo yo, mirando en silencio los campos abiertos que pasan. De vez en cuando se lame los labios, como si todavía saboreara los restos de la sustancia negra. Cada vez que mueve la cabeza, más cae sobre el asiento.

La camioneta va a necesitar una limpieza a fondo. A Tim no le importa un comino. Su amigo está bien, y eso es lo único que importa.

—Vaya día, ¿eh? —suspira, lanzándole a Buddy una sonrisa—. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre. ¿Qué os parece si nos damos un capricho y cenamos pollo asado esta noche?

Buddy se anima. El pollo asado no es solo su plato favorito, también es su actividad favorita. Le encanta seguir cada paso

mientras Tim prepara, escalde y despluma el ave.

Son poco más de las siete y ya está completamente oscuro. Lo que significa que las gallinas se han ido a dormir. Lo que lo hace mucho más fácil para pillar a uno de los jóvenes gallos. Están llegando a la edad en la que se pelean constantemente, así que de todas formas hay que reducir la manada.

Se traga la saliva, notando que la garganta le raspa un poco. Eso suele pasar cuando visita a Alan. Tim nunca ha sido amigo del humo. La ley que aprobaron hace unos años, prohibiendo los cigarrillos en bares, por fin le permitió sentarse a disfrutar de una cerveza sin toser.

Baja la ventanilla para que entre aire fresco.

Mientras sube la colina, no puede evitar recordar la roca. Había logrado apartarla de su mente durante unas horas, pero ahora pensar en ella le pone tenso otra vez. Aún no sabe qué hacer al respecto. No se lo mencionó a Alan—ni sabe por qué—. Todavía le parece de algún modo un problema privado suyo.

—No quiero pensar en eso ahora —murmura—. De todas formas, no puedo hacer nada.

Además, la cosa está ahí fuera, en medio del bosque. Podría pasar desapercibida durante meses. Probablemente nadie la encuentre hasta la primavera, y para entonces podría estar completamente cubierta de musgo y helechos.

Quizá así el problema se solucionaría solo. Quizá la naturaleza simplemente se tragaría la maldita cosa.

Pero está la infección, claro. Tim ya no puede fingir que esa extraña enfermedad no viene de la roca.

Por otro lado, ¿es siquiera peligrosa? Tanto la liebre como Buddy superaron la infección. Quizá los demás animales también lo hagan. El erizo, la paloma… Tal vez sea algo que te deja muy enfermo un rato y luego desaparece. Como una gripe fuerte.

Eso tendría sentido. Y pensar eso lo pone un poco más tranquilo.

El aire helado le hace llorar los ojos, así que sube la ventanilla otra vez.

Buddy deja escapar un gemido desde el asiento trasero.

—¿Qué pasa, chaval? —pregunta Tim, girando un poco la cabeza.

Buddy simplemente respira por la boca, mirándolo como si quisiera decirle algo.

—¿Tienes hambre? En cinco minutos estamos en casa. Pondremos el pollo en el horno.

Esta vez, Buddy no reacciona con entusiasmo. Simplemente sigue mirando a Tim.

Si los perros pueden mostrar emociones en sus caras, lo que Tim ve en la de Buddy en ese momento se podría describir mejor como preocupación.

Como si lo supiera.

Incluso antes de que Tim se diera cuenta él mismo, Buddy ya lo sabía.

12

TIM

DEBE DE HABERSE METIDO una mota de polvo en el ojo, porque sigue llorando incluso después de subir la ventanilla. Lucha por no frotarlo. Trabaja en construcción, así que sabe cómo enjuagarse bien cuando le entra arena en los ojos; tiene uno de esos botecitos con agua salada.

Al llegar a casa, se dirige directo al baño y saca el frasco de lavado ocular del armario.

Acercándose al espejo, presiona suavemente con un dedo la zona blanda bajo el ojo, volteando hacia afuera el párpado inferior.

Lo que ve lo hace retroceder con un jadeo. Deja caer el frasco en el lavabo.

—Oh, mierda…

Se queda mirando su reflejo. Su enorme cuerpo de repente parece pequeño. Su cara ha pasado de ser la de un veterano de guerra de cuarenta y tres años a la de un niño asustado.

Se inclina otra vez, revisando una vez más.

Ahí sigue: una delgada línea negra, cruzando el interior rojo del párpado, justo debajo del globo ocular.

—Venga, recupérate —se dice a sí mismo—. Ya te tomaste las pastillas. Alan dijo que lo mataría. Dijo… —se interrumpe con un ataque de tos áspera.

Entonces, finalmente lo comprende. Lo que había estado rondando justo fuera de su consciencia durante todo el camino de vuelta del pueblo. Había pasado por una montaña rusa emocional con Buddy, así que no se había preocupado por su propia salud hasta ahora.

La sensación de picor en la garganta sigue ahí, y ha empeorado. No tiene nada que ver con el cigarrillo de Alan, claro; es por la espora. Ya está en sus vías respiratorias.

Mirándose de arriba abajo, de repente siente la gravedad con toda su fuerza. Como si su cuerpo se agotara al instante.

«¿Qué tan avanzada está?»

Intenta recordar lo que dijo Alan. Algo sobre la espora atacando los órganos de Buddy. Su corazón, su cerebro. ¿Estará creciendo la sustancia negra dentro de la cabeza de Tim ahora mismo?

«Hay que llamar a Alan. Solo para avisarle.»

Mete la mano en el bolsillo y lo encuentra vacío. Recuerda haber sacado el móvil en el coche porque pensó que había recibido un mensaje. Debió de dejarlo en el asiento del acompañante.

Al salir del baño, se encuentra con Buddy, que lo observa.

—Tranquilo, chaval —lo tranquiliza, forzando una sonrisa—. Tú venciste a esta cosa y yo también lo haré. No te preocupes.

Tim vuelve a salir. Las estrellas están encendidas, visibles entre algunas nubes que se desplazan. Una brisa ligera se mueve. Se

avecina una noche tormentosa.

Revisa la puerta del invernadero; la maldita puerta siempre se abre con el viento fuerte. Cierra también la tapa del gallinero. El zorro rara vez se acerca —el olor de Buddy le deja claro que no es bienvenido—, pero no quiere que las aves enfermen por la corriente de aire.

Pensar en el pollo le recuerda la cena. Pero ahora no tiene nada de apetito. Hay algo de roast beef sobrante en la nevera. Servirá.

Saca el móvil del camión. Llama a Alan, apoyándose contra el coche. El aire frío le provoca otra tos. Algo se suelta y lo escupe. No puede ver lo que escupió en la oscuridad, pero sabe a algo ácido y fuerte.

«Nunca volveré a disfrutar de mojitos, eso seguro…»

Mientras espera que Alan descuelgue, oye un grito parecido a una trompeta desde arriba. Mira y ve una V de grandes aves blancas cruzando el cielo nocturno. Cisnes. De camino a zonas más cálidas.

La llamada va al buzón de voz.

Se aclara la garganta.

—Alan, soy Tim otra vez. He pillado lo que tuvo Buddy. Estoy tomando los antibióticos que me recetaste. Y me quedo en casa, como dijiste. Solo quería avisarte. Quizá deberías… ya sabes. En fin, llámame cuando recibas esto.

Justo cuando se da la vuelta para entrar de nuevo en la cabaña, se oye un golpe metálico fuerte.

Se sobresalta y mira el camión. Algo se mueve en la caja. Un sonido suave, como de tela. Rodea el vehículo, mirando incrédulo al

cisne tirado allí. Su cuello está claramente roto. También las dos alas. Una sigue batiendo. Luego deja de moverse.

Incluso en la oscuridad, Tim puede ver que la sustancia negra cubre al pobre animal. Alrededor del pico, cubriendo los ojos, bajo las alas, por todas las patas.

Se aleja del camión, sin querer tocar al ave.

«No seas idiota. Ya lo has pillado.»

Aun así, no va a mover al cisne muerto.

En su lugar, se apresura a entrar de nuevo. De pie en el pasillo, estalla en otro ataque de tos, más violento esta vez, y empieza a marearse. Se pasa el dorso de la mano por la frente y sale mojada.

Buddy está allí, mirándolo.

—Me está subiendo fiebre —le dice al perro—. Va a ser una noche divertida.

No puede quitarse de la cabeza la idea de los cisnes migrando al invierno. Si el que aterrizó de golpe en su camión llevaba la infección, probablemente los demás también. ¿Hasta dónde la llevarán? ¿Cuánto falta para que sea todo el mundo?

«No se puede hacer nada ahora. Incluso si hubieras llamado a las autoridades en cuanto viste a la liebre, tampoco habrían podido pararlo. Esto seguirá su curso. Concéntrate en mejorar. Eso es todo lo que puedes hacer ahora», piensa Tim.

Así que Tim se va a la cama.

13

TIM

ES LA PEOR NOCHE de su vida.

Ha estado enfermo antes. Ha sentido dolor. Ha sufrido de verdad. Como aquella vez que un trozo de metralla le alcanzó el codo tras la explosión de un IED. Y eso sin mencionar los efectos psicológicos de oír a tus compañeros gritar pidiendo ayuda con los miembros reducidos a muñones sangrientos.

Pero nada, absolutamente nada, se compara con lo que la infección le hace ahora.

La fiebre llega como un tren de mercancías. No necesita un termómetro para saber que es altísima, más que cualquier fiebre que haya tenido jamás. Se traga un buen puñado de aspirinas, abre la ventana del dormitorio de par en par para enfriar la habitación, se desnuda y se tumba sin manta. Aun así, siente que arde por dentro. Como si su sangre se hubiese convertido en ácido. Más de una vez desea morirse, solo por librarse del dolor. Si tuviera una pistola a mano, probablemente se volaría la cabeza. Pero no la tiene, y

cuando llega a ese punto, ya no es capaz ni de levantarse de la cama.

Al principio, la tos no le deja dormir. Empeora rápido. Siente cosas obstruyéndole la tráquea. Las oye borboteando en los pulmones con cada inhalación. Incluso las huele en las fosas nasales, ese asqueroso olor a lima.

Los ojos le escuecen. No puede evitar frotárselos, aunque no sirva de nada.

Y no son solo los ojos. Le pica también alrededor de los labios, dentro de las orejas, en las encías. Luego las axilas, el cuero cabelludo, la ingle, los pliegues de los codos. Incluso las palmas de las manos y las plantas de los pies. Es suficiente para volver loco a cualquiera: cada centímetro de su piel siente como si tuviera hormigas arrastrándose por encima.

Para colmo, cuando pasa los dedos por las zonas que le pican, nota parches de ese crecimiento peludo. Es suave, pero rugoso por debajo. Como cuando una barra de pan vieja se seca y se cubre de moho. Jura que siente las raíces moviéndose bajo su piel, excavando más hondo en su carne.

Pronto ya no puede abrir los ojos. La sustancia le pesa sobre los párpados como si fueran costras de barro seco. Al moverse en la cama, siente que parte de ella se desprende y cae sobre la sábana.

Respirar se vuelve cada vez más difícil. Las fosas nasales se le taponan, y solo consigue inspirar bocanadas finas y silbantes por la boca abierta. Curiosamente, en ese momento la necesidad de toser desaparece. La garganta ya no le raspa. Es como si el crecimiento

ahí dentro decidiera portarse bien para asegurarse de que siga metiendo oxígeno en el cuerpo.

Intenta mantenerse tranquilo. Controlarse. No dejarse arrastrar por el pánico. Pero es prácticamente imposible.

Ve, en destellos ardientes, a la liebre, al erizo, a Buddy… todos allí, fríos como el mármol.

Y no deja de hacerse la misma pregunta:

«¿Tendré que morir para librarme de esto? ¿Y si muero… volveré también?»

Fuera de la puerta, Buddy gime de vez en cuando.

Tim no le ha dejado entrar en el dormitorio. No quiere que le vea así. Probablemente no pueda volver a contagiarse, pero no debería tener que presenciar esto.

Entonces empieza el dolor, y es horrible. Es como si cada fibra de su ser estuviera en llamas. Como si su cuerpo entero se hubiese convertido en puro sufrimiento. Si tuviera fuerzas, gritaría. Pero solo logra emitir sonidos roncos, ahogados, mientras se retuerce.

Y está también en su cabeza. Probablemente lo peor de todo.

Por su mente desfilan las cosas más horribles e indescriptibles. Imágenes, ideas, recuerdos. Algunos falsos, otros mezclados con los reales. Esas figuras verdes, con cabezas enormes y ojos naranjas brillantes, aparecen una y otra vez. Ya no sabe quién es; ni siquiera está seguro de seguir siendo una persona. Siente un miedo intensísimo, pánico, rabia, culpa. Siente que no merece vivir. Que ha hecho cosas horrendas a otros, y que le han hecho cosas horrendas a él. Víctima y verdugo de los peores actos que el mundo ha visto jamás.

Se siente loco. Literalmente siente su mente romperse, desintegrarse.

Y aun así, algo se asegura de que no muera.

La infección lo mantiene con vida. Le necesita.

O quizá eso solo sea un delirio febril.

A esas alturas, sus pensamientos ya no le pertenecen. Es como si no fuera él quien los piensa.

En concreto, oye una y otra vez dos palabras:

Falta algo.

Se repiten dentro de su cabeza, una y otra vez. A veces es apenas como un susurro, otras, como un trueno. No tiene ni idea de lo que significan.

En un momento dado, oye fuera de la ventana el trompeteo de un cisne. Podría ser solo un recuerdo.

O podría ser el cisne del camión. Despertando. Volviendo de entre los muertos. Tal vez consiga alcanzar a su bandada antes de que abandonen el país.

Cae en algo que se parece más a una oscuridad profunda que a un sueño. Pesadillas horribles. Imágenes de rocas incandescentes cayendo del cielo. Rostros verdes con ojos naranjas. Gusanos moviéndose bajo su piel. Fuego en las venas. Demonios en la cabeza.

Y todo el rato, esas palabras resonando:

Falta algo… falta algo…

Luego, se hunde más en la oscuridad.

Lo envuelve, lo llena, lo oprime, lo ahoga desde dentro.

Es terrorífico.

Y es un alivio.
Se suelta.

14

VERÓNICA

DE CAMINO A CASA, decide no contarle a Leo nada. Al menos, no hasta que rompa con él.

Ha estado dándole vueltas, tratando de encontrar una buena excusa para hacerlo. Y, sinceramente, hay un montón de razones para elegir.

Como que casi nunca pasan tiempo juntos. Lo joven que es. Que a su madre no le puede ni ver.

O que ninguno de los dos tiene ganas de esforzarse para mejorar la relación.

Básicamente, nunca tuvieron un futuro juntos. Son poco más que "amigos con derecho" compartiendo piso.

Que la cosa haya durado casi cuatro años le parece increíble ahora que lo piensa.

Se decide por decirle que no está contenta con su vida y que quiere empezar de nuevo en otro sitio. Probablemente lo acepte. Si

nada más, será mucho menos impactante que la verdad: que tiene cáncer. Que no le queda más que unos meses.

Subiendo las escaleras, repasa las palabras en su cabeza, y al encerrarse en el piso se sorprende al oler champú y escuchar agua corriendo. La oye cantar desde el baño y, por un momento, Veronica lo odia con todas sus fuerzas. Está furiosa porque él no está enfermo de gravedad. Que le queda toda la vida por delante y la está desperdiciando cantando Lady Gaga en la ducha.

Traga saliva y asoma la cabeza al baño.

—¡Eh, ya he vuelto!

Leo deja de cantar, corre la cortina y la mira con un ojo abierto, el jabón escurriéndosele por el pelo.

—Heeey, nena. ¿Buena carrera?

Claro, él asume que ha ido a correr. Siempre lo hace. Pero hoy no. Hoy ha ido a ver a su médico. Por un instante, Veronica imagina lo que sería no haber ido a la consulta. No haber recibido los resultados de la biopsia. Haber salido a correr en vez de enterarse. Seguiría muriéndose, claro, pero todavía no lo sabría. Lo que daría por un día más de ignorancia feliz.

—Estás despierta temprano —observa.

—¡Sí! A quien madruga, Dios le ayuda —sonríe y corre un poco más la cortina, mostrando su cuerpo delgado y sin pelo—. ¿Quieres que te dé un gusano si te apetece?

Veronica se frota la frente y murmura:

—Lo siento, me duele la cabeza.

—Oh, vaya —dice él, echando la cortina hacia atrás y levantando la voz—. Mejor nos vamos ya, no queremos perder el ferry.

Veronica ya iba a la cocina en busca de desayuno. Se detiene.

—¿Qué ferry?

—Acabo de hablar con mi madre —continúa él—. Dice que ya está nevando allí, así que hay que llevar ropa de abrigo.

—Oh, joder —gime Veronica—. ¿Es hoy?

Se le había olvidado por completo el viaje.

Es esa estúpida tradición de sus suegros cada enero: reunir a la familia en su casa de vacaciones en la Isla de Hlér. Está a solo hora y media de la costa, pero Veronica odia navegar, casi tanto como odia a su suegra.

Leo corta el agua y dice algo que no escucha. En ese momento, Veronica considera seriamente decírselo. Si alguna vez hubo una excusa válida para saltarse una reunión familiar, el cáncer terminal tiene que serla.

Leo sale del baño, todavía mojado, secándose el pelo con una toalla. La mira.

—¿Por qué te quedas ahí? ¿Estás bien?

No es realmente preocupación, pero aun así la hace atragantarse.

—No —dice en voz baja—. No mucho. Escucha, Leo…

—Por favor, Nica —la interrumpe, mirándola con sinceridad—. No uses tu dolor de cabeza como excusa para no ir.

Ella parpadea.

—No, no es eso. Hay otra cosa que…

—Porque, ya sabes, Molly me ha mandado un mensaje, y está deseando verte.

De algún modo, mencionar a la sobrina de Leo hace que Veronica cambie de opinión. Le cae bien la niña. Es lo único positivo de estas

estúpidas vacaciones familiares. Solo tiene nueve años, sigue siendo dulce, inocente. Siempre juegan a las cartas o se hacen peinados divertidos. Y esta será la última vez que Veronica la vea.

«¿Qué más voy a hacer hoy?», se pregunta mientras Leo va al dormitorio, charlando, dejando un rastro de huellas húmedas. «¿Quedarme aquí mirando la pared? Mejor ir.»

Se da cuenta de que se está frotando la mano contra la cadera porque le pica. La mira, pero no ve rastro del moho negro. ¿Picazón fantasma? Así lo llaman, ¿no?

Habían sido finas tiras corriendo por los pliegues de su piel. Cuando lo vio ayer, lo reconoció de inmediato: era la misma sustancia que creció en el pájaro. Se lavó bien la mano con agua caliente y jabón. El musgo se había adherido a la piel; tuvo que usar el cepillo de uñas para quitarlo.

El pájaro la golpeó de repente. Fue justo después de que casi se cruzara con el tipo grande, el que tenía un pastor alemán —la bestia ni siquiera estaba atada. Veronica trotaba por el sendero, respirando el aire helado, concentrada en cada paso, con música alta en los oídos. Cuando, de repente, algo chocó contra su hombro. Y—

—¡Uf! —exclama Leo, reapareciendo en la puerta del dormitorio—. ¿Qué demonios es esto?

Sostiene un guante entre dos dedos. La suave tela carmesí está cubierta de moho negro, esponjoso.

Veronica frunce el ceño. No estaba así cuando lo dejó en la cesta de la ropa sucia.

—¿Es mi guante?

—¡Sí! ¿Has estado limpiando chimeneas o qué? —pregunta Leo, girando el guante y arrugando la nariz.

—Me… me caí en un poco de tierra —murmura ella.

Leo vuelve al baño, lanza el guante en la lavadora abierta y se dispone a irse.

—Quizá lávate las manos —sugiere ella al pasar a su lado.

—Claro, mamá —sonríe Leo, plantándole un beso en la mejilla antes de ir al lavabo—. Date prisa y métete en la ducha, que salimos en treinta minutos.

Veronica vuelve a desconectarse. Ve al mirlo en el sendero, reducido a una bola de plumas. El pobre todavía estaba vivo. Todo cubierto de ese musgo gris y negro.

Pensó en aplastarlo para acabar con su sufrimiento, pero no pudo. Por suerte, dejó de moverse justo entonces.

Se lleva la mano al hombro y lo roza. Parte del musgo se queda en el guante; huele algo agrio, casi a limón. Lo frota en el suelo helado y no le da más vueltas.

El guante había estado en el fondo de la cesta de ropa, ¿veintiséis horas? Justo al lado del radiador, y evidentemente, la sustancia había prosperado en la tela húmeda y caliente.

Veronica revisa la palma de la mano una vez más. Aún no hay rastro de nada.

Así que lo olvida y empieza a prepararse para el viaje.

15

TIM

MORIRSE ES UNA MIERDA.

Estar muerto, en cambio, no está tan mal.

Al menos no hay dolor. Solo paz. Tim podría haberse quedado ahí para siempre.

Excepto que no está destinado a hacerlo. Le llaman de vuelta.

Abre los ojos, luego los cierra de nuevo con un gruñido. La luz del día le resulta insoportablemente brillante. Debe de ser casi mediodía, porque el sol arde afuera. Oye pájaros cantando y el paso de un avión.

¿Se ha acabado todo?

Se queda tumbado un buen rato, esperando, sintiendo cada parte de su cuerpo. No tiene fiebre. No se lo puede creer. Está convencido de que, en cuanto se despierte del todo y empiece a moverse, volverá todo.

Parpadea con cuidado, cubriéndose los ojos con la mano. Se encuentra estirado sobre la cama, completamente desnudo.

Buddy debió de lograr abrir la puerta del dormitorio en algún momento después de salir, porque el perro está acurrucado a los pies de la cama, respirando por la nariz, mirándole con curiosidad.

—¿Todavía con lo de mirarme mientras duermo, eh?

Para su sorpresa, puede hablar perfectamente. Las vías respiratorias están despejadas. Nada las obstruye. Tampoco queda ni el mal sabor ni el olor. Se incorpora, inspeccionando su cuerpo. Las sábanas siguen húmedas por el sudor, pero no hay ni rastro de la sustancia negra. Su piel está rosada y lisa, como la de un recién nacido.

—Seré cabrón… —gruñe—. Parece que yo también gané la batalla, ¿eh, colega?

Buddy suelta un gemido. El sonido le hace daño en los oídos.

—Eh, bájale un poco, ¿quieres? Tengo el oído algo sensible.

De hecho, parece oírlo todo con una nitidez asombrosa. Como si alguien hubiese destilado las ondas sonoras, o amplificado su audición hasta el diez. Se frota la base de la oreja.

Sea lo que sea que haya hecho esa cosa mohosa, me ha dejado los oídos como nuevos.

El pensamiento le hace revisar la cama más a fondo. No encuentra ni una mota del material. Lo cual le sorprende, teniendo en cuenta cuánto vio salir de Buddy. Aquello había cubierto todo el asiento trasero del camión.

Otro avión pasa por fuera. O al menos, eso parece. Porque en realidad no suena como un avión. Suena como un coche.

Mira a Buddy.

—¿Tenemos visita?

El perro ladea la cabeza.

Si un coche hubiera llegado a la cabaña, Buddy habría ido directo a la puerta y estaría gruñendo. Así que, probablemente, no haya nadie afuera.

«Entonces, ¿qué demonios estoy oyendo?»

Se levanta y va a la ventana, notando que se siente más ligero. Como cuando llevas varios días enfermo, sin poder retener nada. Pero no es una sensación de vacío; es como si su cuerpo fuese más fácil de mover.

También nota, distraídamente, que el codo no le molesta. Desde la lesión, nunca había podido extender el brazo del todo, y la articulación solía crujir y doler, sobre todo por las mañanas. Por primera vez en años, no le duele nada. Puede moverlo con total libertad.

Entorna los ojos al correr la cortina. Se sorprende de nuevo: no es mediodía en absoluto. En realidad, está anocheciendo. Y ni siquiera hay sol. Al contrario, el cielo está cubierto de nubes pesadas.

Aun así, la luz le resulta dolorosamente brillante.

«¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?»

Mira hacia los prados, y algo raro pasa con su vista. El punto de enfoque salta de un lado a otro. Le marea un poco. Parpadea para intentar detenerlo.

Desde el dormitorio se ve el gallinero. Las aves están dentro, acomodándose para la noche. Tim puede oírlas moverse sobre el palo, sacudiendo las plumas, moviendo sus…

«Espera… ¿puedo oír eso?»

Escucha.

Sí.

Realmente puede oír a las gallinas.

Y no solo eso. Puede oír un montón de cosas más. El roce de la hierba alta moviéndose con la brisa. Algo que se agita entre los zarzales —probablemente un ratón—. Y ese motor de coche otra vez. Se da cuenta de que el sonido no viene del camino de entrada, sino de kilómetros de distancia. Y no es un solo coche. Son varios.

«Oigo… oigo el tráfico.»

Incluso en los días más tranquilos, nunca había podido captar ningún ruido del pueblo. Ni siquiera un murmullo lejano. Ahora, sin embargo, puede oír claramente cómo los coches cambian de marcha al circular por las calles de allí abajo.

Tim nota cómo se le eriza la piel.

«¿Qué coño me ha pasado?»

16

VERÓNICA

EL VIAJE RESULTA TAN horrible como ella temía.

Apenas han salido cuando tiene que correr al baño. Tras vomitar el yogur que se había tomado en el coche, se lleva una bolsa de plástico a la cubierta. El viento le corta a través de la chaqueta y la hace llorar, pero al menos las náuseas ceden un poco. Tiembla como si se estuviera deshaciendo, y las lágrimas no son solo por el viento.

«Es una reacción emocional», piensa. «Mi mente empieza a asimilar que me estoy muriendo».

Leo le envía un mensaje desde la comodidad de su cabaña, preguntando si está bien.

La palma de su mano le pica otra vez, así que se quita el guante y gruñe. La cosa negra ha vuelto, creciendo ahora entre los dedos. Y no es solo su mano. Ahora que se da cuenta, puede sentirla en las axilas, en la ingle, dentro de la boca e incluso entre los glúteos. No es agradable, pero realmente no puede hacer nada para aliviarlo

porque hay algunos otros pasajeros en la cubierta —sobre todo fumadores que se ven obligados a desafiar el clima.

Cuando finalmente ve la isla que se acerca, va directa al coche, se abrocha el cinturón y espera a que Leo se una a ella. Está agradecida por salir del viento. Se siente un poco mejor, pero se lleva un buen susto al bajar la visera y ver su cara en el espejo. La cosa negra —que ahora se está volviendo gris, igual que en el pájaro — crece alrededor de sus ojos, en los labios, dentro de las orejas y las fosas nasales. Parece una trabajadora de una mina de carbón que acaba de salir de su turno.

«Joder», croa, rebuscando en la guantera —siempre lleva un paquete de toallitas húmedas para cuando Leo ha ido a un drive-thru y ha dejado ketchup por todo el volante.

Se limpia. Resulta mucho más fácil de lo que pensaba. El musgo claramente está muriendo y se desprende por sí solo cuando lo frota con la toallita. Se abre la chaqueta y se quita el suéter para mirar debajo de los brazos. Encuentra lo mismo: mayormente gris y ceniciento. Sea lo que sea ese crecimiento asqueroso, no puede sobrevivir en su cuerpo.

«Probablemente mi sistema inmunológico ha entrado en acción», piensa, sintiendo un leve alivio. «Supongo que todavía no estoy completamente muerta».

Acaba justo cuando Leo llega al coche. La piel donde estaba el musgo está rosa y sonrojada, pero no necesita explicar nada, porque Leo no presta atención a su cara; está parloteando sobre una película de ciencia ficción que vio en la cabaña.

Salen del ferry y se dirigen hacia la cabaña. Está nevando y el paisaje es pintoresco. Verónica lo aprecia mucho más que de costumbre. A pesar de la sentencia de muerte que pesa en su mente —o, más probablemente, a causa de ella— siente que está viendo todo por primera vez, mientras sabe que es realmente la última vez.

La isla de Hlér es muy pequeña. Tiene como tres pueblos, pero la cabaña de los padres de Leo no está en ninguno de ellos. El único puerto está en la esquina noroeste, y la cabaña en el sureste, así que básicamente tienen que cruzar la isla, que solo son quince minutos en coche —cuando no está nevando. Hoy les lleva media hora porque está nevando muy fuerte, las carreteras ya están cubiertas, y por primera vez, Verónica se preocupa de que mañana quizá no puedan volver al puerto.

Por supuesto, para entonces tendrá preocupaciones mucho mayores.

17

TIM

SEA LO QUE SEA que le esté pasando, hay algo seguro: tiene un hambre voraz.

Va a la cocina, coge la bolsa de avena y la vierte entera en un bol. Luego añade medio galón de leche y una taza de azúcar, y se lo traga todo junto en el fregadero. Cuando termina, abre la nevera y busca algo más, algo más contundente.

Tiene una docena de huevos y un buen montón de bacon. Enciende la sartén y prepara una montaña de huevos revueltos. La boca se le hace agua mientras da la vuelta al bacon.

Sirviendo todo en un plato grande, lo lleva al salón. Mientras se atiborra a cucharadas humeantes de huevos, se deja caer en el sofá.

Algo zumba en la parte posterior de su cabeza. Es como una ligera vibración. Extiende la mano para rascarse, pero apenas sirve de nada.

Entonces suena el teléfono. Está sobre la mesa de café, donde lo dejó ayer.

El nombre que aparece en la pantalla es Petersen.

«Oh, mierda…»

Casi había olvidado que tiene trabajo. Preparándose para un buen regaño, contesta.

—¿Sí?

—¡Tim! ¡Por fin! ¿Dónde demonios has estado?

Hace una mueca y aleja el teléfono de su oído. Baja el volumen al mínimo. —Lo siento, Frank. He estado enfermo.

—¿Demasiado enfermo para llamar? Podría haber traído a un sustituto. Tengo a cuatro tíos aquí, sentados sin hacer nada, esperando a un operador.

—Lo sé, lo siento. Quería llamarte, pero me quedé dormido. Tuve fiebre toda la noche.

—Bueno, no pareces enfermo. ¿Te apetece trabajar el turno de noche?

—No mucho.

—Venga, tío. Me debes después de esa pequeña jugada. ¿De verdad me vas a dejar colgado otro día entero?

—Puede que necesite el día de mañana también.

—¿Qué?

—Lo siento, Frank.

—Mira, si no apareces mañana por la mañana...

Cuelga y retoma la comida.

Se sorprende un poco de su propio comportamiento. Normalmente, nunca faltaría al trabajo así. Pero, de alguna manera, sentado en una grúa, moviendo palancas toda la noche, no le parece tan importante.

Vuelve a sentir ese hormigueo en la base del cráneo. Momentos después, el teléfono suena por segunda vez. Frank llamando de nuevo. Tim deja que suene.

«No es mi problema. Que me despida si quiere.»

Mientras observa el teléfono, sigue sintiendo el zumbido en el cráneo. Es casi como si su cerebro captara la señal del móvil. Es algo sobrenatural.

«Ese hongo realmente me hizo daño. Debería ir a que me revisaran…»

Pero, para ser honesto, tampoco le apetece pasar la noche en el hospital. Por un lado, probablemente volverá a tener hambre pronto —el plato ya está vacío, y los huevos con bacon solo han calmado su apetito hasta un nivel tolerable—. Además, ya tiene planes para el resto de la noche.

Se siente mejor. Más joven. Más fuerte. Incluso más despejado.

Una parte de él está aterrada. Podrían ser síntomas residuales de la infección. Quizá aún necesite atención médica.

Pero otra parte más grande siente curiosidad. Este nuevo estado en el que se encuentra —temporal o no—, quiere explorarlo un poco más.

Así que, sale de la cabaña.

18

VERÓNICA

NO PUEDE EVITAR NOTAR cómo Leo no para de moverse mientras conducen. Se pasa la uña del pulgar por las cejas, se toca el lóbulo de la oreja, se rasca primero una axila, luego la otra.

Entonces Veronica se da cuenta de que él también ha cogido la cosa negra.

Quizá por su guante —aunque lo vio lavarse las manos después—. O tal vez por el beso en la mejilla cuando se acostaron anoche. O quizá con estar cerca físicamente ya bastaba.

Lo observa discretamente y ve finos bordes negros bajo sus ojos. Casi parecen delineador.

Él nota que lo está mirando y gira la cabeza. —¿Pasa algo?

—No, es que, eh… ¿te encuentras bien?

—Sí, sí —dice, hurgándose el pelo con las uñas—. Mejor que nunca. Maldita sea, Hércules se ha vuelto a tumbar sobre mi toalla. Me pica todo por sus pelos.

—Entonces no dejes la toalla en el suelo —le dice automáticamente, sintiéndose una mierda por no decir la verdad. Sabe, claro, que el gato no tiene nada que ver—. Hablando de eso, ¿llenaste su cuenco antes de salir?

—No, pensé que lo habías hecho tú.

Suspira. —No, acordamos que era tu trabajo.

—Estará bien —se encoge de hombros Leo, frotándose la nariz—. Bajará a buscar comida de en otra parte. Krestine siempre le da de comer cuando maúlla frente a su puerta. No es como si nos fuéramos una semana.

Veronica sigue observándolo mientras conducen. Se fija en su rostro. Es guapo de una manera juvenil y encantadora. Puede ver por qué se enamoró de él.

—No dejes de mirarme —sonríe de repente—. Lo noto. ¿Tienes ganas de…? Seguro que cuando los demás estén dormidos esta noche, podemos...

—Estoy con la regla —le dice ella—, otra mentira automática.

—Entonces, ¿qué pasa? —insiste él—. Es como si nunca me hubieras visto antes.

Veronica no sabe qué decir. Otra pregunta directa. Otra oportunidad para decir la verdad.

La salva el hecho de que Leo ve la cabaña justo en ese momento. Se olvida de sus miradas inquisitivas y empieza a hablar de lo mucho que espera saborear la comida de su madre.

El padre de Leo está ocupado quitando nieve del camino. Es alto, corpulento, y tan fuera de forma que literalmente se puede ver el

vapor subir del cuello de su suéter y gotas de sudor brillando en su bigote.

Se quita un guante para dar la mano a Leo, luego a Veronica, y vuelve a palear. —Vaya, esto está cayendo fuerte, ¿eh? No sé si podré seguir.

—Bueno, todos estamos aquí, ¿no? —dice Leo, abriendo los brazos —. ¡Así que yo digo, que nieve, que nieve, que nieve! —Ríe y luego rompe a toser.

—Creo que Leo tiene razón —dice Veronica, entrecerrando los ojos para mirar a Flemming a través de los copos—. Deberías guardar fuerzas. Al menos espera a que deje de nevar.

Su suegro se rinde y vuelve a entrar con ellos. Veronica se alegra de entrar en el calor de la cabaña.

Leo sigue tosiendo mientras se quitan las chaquetas.

—¿Estás bien? —pregunta su padre, dándole una palmada en la espalda—. ¿Has cogido algo?

—Nah, nah, estoy bien. Creo que me tragué un copo de nieve. Joder, necesito mear.

—Lenguaje, por favor —le dice una voz fría desde el pasillo.

La hermana de Leo, Alice —"la Princesa de Hielo", como Veronica la llama mentalmente— se apoya en el marco de la puerta, chupándose las mejillas y haciendo que su rostro parezca aún más delgado.

—Perdón, quise decir que necesito ir al baño —le dice Leo—. ¡Heeey, Molly! ¡Mi sobrina favorita!

La niña aparece detrás de la cadera huesuda de su madre. Le da a Leo una sonrisa tímida y enseguida sus ojos se posan en Veronica.

—Hola, Veronica.

—Hola, Molly. ¿Qué tal?

La niña ignora la invitación de Leo a un choque de manos —probablemente le salvó la vida, como Veronica luego pensaría—. En cambio, se acerca y abraza a Veronica. Ha crecido tanto desde la última vez que se vieron que Veronica ya no necesita agacharse para abrazarla.

—Has crecido un montón —le dice—, y por primera vez desde el diagnóstico, Veronica sonríe. De hecho, se le escapa alguna lágrima, y tiene la suerte de poder usar el frío como excusa para limpiarse los ojos.

Molly tiene el pelo muy oscuro, a diferencia de toda su familia. Leo, su hermana y los padres son rubios rojizos. Veronica es una octava parte china, así que su pelo es negro, y tal vez por eso, al parecerse tanto, Molly la tomó cariño desde pequeña.

Leo abraza rápidamente a su hermana —que parece no querer—, luego cuelga su gorro y bufanda, y va al baño.

Molly lleva a Veronica de la mano a la sala. Hay un tabique bajo separando el comedor de la cocina. La madre de Leo, Sylvia, está ocupada pelando patatas. No levanta la vista del cazo, a pesar de que debe haber oído que entraron.

—¡Mira, abuela! ¡Veronica está aquí!

Sylvia deja con cuidado el pelador, toma el paño de cocina, seca sus manos con delicadeza, y finalmente, cuando ya no puede evitarlo, mira a Veronica con una sonrisa que podría usarse para crioterapia. Si solo pudiera congelar el tejido canceroso de los

ovarios de Veronica, estaría feliz de mirarle el abdomen todo el día con esos ojos sin alma.

—Casi a tiempo este año —comenta, extendiendo cinco dedos delgados llenos de anillos.

Para sorpresa de Veronica, la actitud de su suegra no le molesta. Por alguna extraña razón, incluso le agrada que Sylvia, como siempre, sea así con ella. Espera que se sienta culpable cuando se entere de su muerte en unos meses.

—Mejor tarde que nunca, ¿verdad? Feliz Año Nuevo, Sylvia —dice, estrechando su mano con firmeza, esperando que siga siendo contagiosa.

Sylvia es muy pequeña, cinco pulgadas más baja que Veronica. Aun así, la Reina de Hielo puede silenciar una habitación con solo una mirada o un bufido. Sin duda, es la dueña de la familia de Leo, y odia a Veronica por no rendirse nunca.

Su sonrisa pasa de confiada a ligeramente agria al darse cuenta de que Veronica no cae en la trampa, y retira la mano.

—Podría usar algo de ayuda con el asado.

—Claro —responde Veronica.

Está a punto de unirse a Sylvia en la cocina cuando Leo aparece por detrás y abraza los hombros delgados de su madre.

—¡Hola, mamá! —dice, plantándole un beso en la sien—. Te ves genial como siempre.

—Ay, ¿puedes dejar ya eso? —le dice ella bruscamente, liberándose—. ¿No eres demasiado mayor para esas tonterías de mono? ¿Por qué no puedes simplemente…?

Corta la reprimenda al ver la cara de Leo.

—¿Qué has estado haciendo?

—¿Qué? —pregunta Leo inocentemente, metiéndose un dedo en la oreja.

—Tu cara. Está toda sucia —le dice ella, lamiéndose el pulgar, y antes de que pueda apartarse, limpia la esquina de su boca.

—Vamos, mamá —frunce el ceño—. Qué asco.

—Hablando de asco —replica ella, mostrando su pulgar con un poco de la cosa negra—. Yo no estoy cubierta de barro.

—¿Qué demonios…? —murmura Leo, tocando la misma zona. Nota el crecimiento musgoso y trata de rascarlo. —Ay. Está pegado. ¿Qué es eso?

Veronica casi no puede creer que Leo no lo haya visto en el baño. Obviamente no se miró al espejo, porque ahora es difícil de ignorar, sin la chaqueta.

Saca el móvil, activa la cámara frontal y observa su cara.

—¡Por el amor de Dios, está por todas partes! —dice—. Por eso me picaba tanto. ¿Cómo ha llegado ahí?

Intenta despegarlo con las uñas, y algo cae al suelo, pero está claramente enraizado en la piel.

—¿Un crecimiento? ¿Quieres decir como un sarpullido? —pregunta Sylvia, mirando su propio pulgar como si fuera venenoso—. Probablemente por una ETS.

Veronica casi se muere de la risa. Por supuesto, Sylvia automáticamente piensa que es culpa de Veronica. Controlándose, encoge de hombros y dice con cara seria:

—No la tengo.

—No hay ETS que haga eso —añade Alice, uniéndose a ellas, mirando a su hermano con asco—. Pero seguro que es un sarpullido. Pensé que solo intentabas hacerte un bigote.

Flemming entra en la sala, frotándose las enormes manos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Ya estáis discutiendo, chicos?

—Leo ha cogido un sarpullido feo —dice Alice, apartando discretamente a Molly—. Y no sabemos si es contagioso.

—Vamos, hombre —dice Leo—. Es solo algo que cogí de nuestro gato. Debe de haber estado—

Rompe en una nueva tos, sonora y rasposa.

—Maldita sea, me pica la garganta…

Flemming saca las gafas del bolsillo del pecho y se acerca al hijo. Tomándole la barbilla con dos dedos gordos, gira la cabeza de Leo a la izquierda y luego a la derecha.

—¿Cuándo empezó?

—Ahora mismo, supongo —dice Leo, abriendo los brazos—. Esta mañana no estaba, y Veronica no notó nada antes. ¿Lo hiciste?

Veronica niega con la cabeza, sintiéndose mal por mentir. Pero ya es demasiado tarde para decir la verdad.

Sylvia se coloca detrás de su marido, como usando un escudo humano, mientras observa a Leo.

—¿No puede usar un poco de tu crema de esteroides, Flemming?

—No estoy seguro de que haga mucho —murmura Flemming—. Tiene que ser una reacción alérgica para aparecer tan rápido. Como urticaria, o algo así.

—La urticaria no es negra y peluda como eso —dice Alice—. Rune tuvo urticaria una vez. Compró un reloj con níquel. La piel se le puso

roja y con bultos. Lo de Leo parece más un hongo, si me preguntas.

—Joder —gime Leo y luego sonríe nervioso—. ¿Voy a acabar como un Clicker?

—¿Un qué? —pregunta Flemming.

—Está hablando de ese estúpido programa —le informa Alice—. ¿Cómo se llamaba? ¿The Rest of Us?

—The Last of Us —corrige Molly.

Veronica no puede evitar mirar a la niña sorprendida.

—¿Has visto ese programa?

Ella se encoge de hombros. —No, pero los chicos de mi clase siempre hablan de él.

—Eso es solo televisión —continúa Flemming—. El hongo no es realmente peligroso. Vi un documental sobre ello. Hubo uno, creo que lo llamaban 'asparagus'… pero eso solo era un problema para personas con problemas pulmonares.

—¿Como mi asma? —exclama Sylvia, colocando su mano delgada sobre su pecho huesudo y apartándose de Leo como si no confiara en que no fuera a tocarla—. Parece que está en sus vías respiratorias.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dice Flemming—. Es temporada de frío, así que podría ser que la tos ni siquiera tenga relación.

Coloca la palma sobre la frente de su hijo. —Estás caliente. Creo que tienes fiebre leve. Toma un vaso de agua y acuéstate. Llamaré al médico.

Veronica ha estado observando en silencio. Desde que notó la cosa negra en Leo, asumió que experimentaría lo mismo que ella, así que

no está realmente sorprendida de que tenga fiebre.

Pero parece estar más afectado por la extraña infección, o lo que sea —al menos Veronica nunca tosió así.

«Se lo cargará» —piensa, viendo a Leo tambalearse hacia el dormitorio.

Pero, por alguna razón, no lo cree del todo.

19

TIM

EN CUANTO SALE, SE da cuenta de que no necesita la chaqueta que se ha puesto.

El aire frío no le molesta en lo más mínimo. Su cuerpo se mantiene caliente sin esfuerzo. Así que se la quita de nuevo y la deja en los escalones.

Buddy —ansioso por hacer sus cosas— sale disparado y empieza a olfatear por todos lados. El pobre ha estado aguantando todo el día mientras Tim dormía.

Se acerca al camión y revisa la caja. Como sospechaba, el cisne se ha ido. Solo quedan unas cuantas plumas blancas y montones de musgo gris muerto, parte ya arrastrado por el viento.

Se dirige a la entrada del camino hasta un punto donde puede ver claramente la colina. Desde allí, distingue el brillo de la ciudad bajo la luz moribunda del día.

El aire está brumoso. Nubes blancas y filamentosas flotan sobre el suelo. La visibilidad debería ser baja. Sin embargo, de alguna

manera logra filtrar la niebla y ver el paisaje con claridad. Al mirar la ciudad, su vista hace de nuevo ese efecto de zoom súbito, como si fuera una cámara. Es inquietante. Pero esta vez puede controlarlo mejor.

«Santo cielo. Mi visión es perfecta.»

Es como mirar a través de unos binoculares potentes. Puede distinguir las calles, los edificios, incluso los coches. Si se concentra, casi podría leer los letreros de las calles.

—Un truco de fiesta —murmura, apartándose de la vista—. ¿Qué más puedo hacer?

Al mirar el estrecho camino de grava, parece tentador. No ha salido a correr desde sus días en el ejército. Cualquier esfuerzo más allá de su paseo diario por el bosque hace que sus rodillas se quejen.

Pero ahora tiene ganas de correr. En realidad, de sprintar.

Comienza a andar. Más rápido. Las botas le resultan incómodas, como si las llevara puestas por primera vez.

Se detiene y se las quita. El suelo húmedo empapa sus calcetines de inmediato. El frío sigue sin molestarlo.

Acelera el paso.

Buddy trota a su lado, moviendo la cola y mirándolo con emoción. El perro nunca ha visto correr a Tim y probablemente piensa que está de humor juguetón. Lo cual es cierto.

—Vamos, Buddy —dice, casi sin aliento—. Veamos qué podemos hacer…

Aumenta la velocidad. El viento le zarandea el cabello, haciéndole lagrimear los ojos. El aire entra y sale de sus pulmones con facilidad, el corazón late un poco más rápido, pero nada agotador.

Buddy da todo lo que puede para seguirle el ritmo. Tim siente que aún le quedan un par de marchas más. Es arriesgado, sin embargo: correr descalzo por un camino lleno de baches. A esta velocidad, si tropieza, podría romperse una pierna o peor.

Pero de alguna manera sabe que eso no pasará. Su visión es perfecta. Su equilibrio, como el de un bailarín de línea. Sus pies encuentran automáticamente el suelo nivelado, evitan agujeros y baches, y lo impulsan hacia adelante. Más y más rápido. Dejando atrás a Buddy. El viento aullando en sus oídos.

Se detiene de golpe, dejando marcas en la grava. Respira con calma. Una ligera sudoración aparece en su frente. Los músculos de sus piernas vibran, pidiendo más.

Se gira para ver la cabaña, casi a una milla por la carretera. Buddy corre para alcanzarlo, con la lengua afuera.

—¿Vienes? —pregunta Tim con una sonrisa—. No puedo esperarte toda la noche.

El perro da vueltas a su alrededor, lame su mano, mirándolo con una expresión que dice: «¡No sabía que podías hacer eso!»

Tim mira hacia los árboles recortados contra el cielo aún tenue. Algo en el bosque lo atrae.

«La roca… ¿sigue ahí?»

—Sí —murmura hacia la oscuridad—. Sigue ahí.

Por alguna razón, quiere verla otra vez. Lo que le ha pasado se debe a esa extraña piedra. Necesita mirarla otra vez, quiere saber si…

—«Hay que tener cuidado.»

Se gira hacia la voz.

No hay nadie. Contiene la respiración y escanea los alrededores. Está solo en la colina. Buddy lo mira interrogante.

—¿No oíste eso? —pregunta Tim, mordiéndose el labio—. No, no lo oíste. Estaba en mi cabeza.

Está acostumbrado a escuchar la voz de Anya. A menudo interviene con consejos o comentarios en su vida diaria. La voz que acaba de oír no era la de ella. Aunque le resulta familiar. Alguien que conoce.

Niega con la cabeza. La voz ha desaparecido.

Decide no volver a la roca todavía. Por ahora, se da la vuelta y trota de regreso a casa.

20

TIM

EN CUANTO VUELVE A entrar en la cabaña, vuelve a sentir el hormigueo en la nuca.

Va al salón, donde había dejado el teléfono. En cuanto entra, efectivamente, empieza a sonar.

No es Frank esta vez. Es un número que no reconoce.

Contesta, recordando mantener el aparato alejado de su oreja. —¿Sí?

—¿Tim? —una voz de mujer. Débil. Alterada.

—Sí, soy yo.

—Soy… soy Elisabeth Andersen.

—Ah. Claro.

La mujer del veterinario. Tim la había visto un par de veces, cuando pasaba a tomar un café o a hacer algún trabajo para Alan. Una mujer delgada, de ojos grandes y tristes.

—Encontré tu número en el móvil de Alan. Espero que no te importe que te llame a estas horas.

—Para nada. ¿Cómo estás, Lis?

—No muy bien. Te llamo porque… bueno, en realidad no sé a quién más acudir. —Suelta una risita nerviosa.

Tim está de pie en medio del salón oscuro, dándose cuenta de que no ha encendido las luces. No las necesita.

—¿Qué te preocupa, Lis?

—Es Alan.

—¿Qué pasa con él?

—Pues… ha estado enfermo.

El ritmo cardíaco de Tim se acelera ligeramente. —Vaya, lo siento.

—Me dijo que tú también estabas enfermo, ¿no?

—Sí, pero ya estoy mejor.

—¿Ah, sí? Menos mal. —Su voz se relaja apenas un poco.

—¿Y cómo está Alan?

—Pues… verás… me dijo que lo había cogido de tu perro. El bicho, o lo que sea. Empezó a encontrarse mal anoche, y… se aisló en la habitación de invitados. Dijo que podía ser contagioso. —La voz de Lis se vuelve cada vez más temblorosa.

—¿Y cómo está ahora?

—Verás… el caso es que… no lo sé. —Ahora se le quiebra la voz. Tim escucha el crujido de un pañuelo de papel—. Esta mañana fui a verle. Ardía de fiebre. Apenas podía hablar con él. Quise llamar al médico, de verdad, Tim, pero… ya sabes cómo es Alan. Terco como una mula. Me dijo que no llamara a nadie, que no quería arriesgarse a contagiar a alguien. Ni siquiera quería que entrase en la habitación. Dijo que la luz le hacía daño a los ojos. Así que le dejé

tranquilo. Luego… sobre las dos, o así… fui a ver cómo estaba, y… había desaparecido.

Tim frunce el ceño. —¿Desaparecido? ¿Quieres decir…?

—¡No! ¡Dios, no! No en ese sentido. Quiero decir que se había ido. Debió de salir.

—¿Le viste salir de la habitación?

—Ese es el problema. La ventana estaba abierta. Me dijo que la dejara así, porque tenía calor. Creo que se ha escapado por ahí, Tim. Le llamé, pero se dejó el móvil. —Lis empieza a sollozar— .¡Podría estar en cualquier parte! Podría estar deambulando por el pueblo, delirando… Oh, Dios… No tengo manera de encontrarle. Y ninguno de los vecinos le vio salir…

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, pero me dijeron que no pueden hacer nada hasta que pasen cuarenta y ocho horas. ¿Te lo puedes creer? Que mientras se haya ido por su cuenta, no pueden considerarlo una desaparición. Por eso he pensado en ti. No sé, solo… esperaba que quizá tú tuvieses una idea de dónde podría estar. Tú fuiste el último con quien habló.

Calla, esperando la respuesta de Tim.

Incluso por teléfono, él puede oírle el pulso desbocado. Se toma un momento para pensar. Su proceso mental es mucho más rápido de lo habitual, como si le hubieran quitado la resistencia a los impulsos eléctricos del cerebro y ahora estos pudiesen pasar a la velocidad de la luz.

—Bueno, has hecho bien en llamarme, Lis. No estoy seguro de dónde puede estar Alan, pero quiero intentar encontrarle.

Ella suspira de alivio.

—¿De verdad? Oh, gracias, Tim.

—Claro. Dime una cosa: ¿Alan tenía… le había salido una especie de cosa negra, como musgo?

—¿Qué? —horror en su voz— ¡Dios, no! Vamos, no lo creo. No me dejó encender la luz, pero… creo que habría notado algo así.

—Vale.

Así que Alan no había querido que ella lo viera. Lo esperaba. Alan era un tipo orgulloso, reservado, incluso dentro del matrimonio. Y Tim sintió lo mismo cuando cayó enfermo. De alguna manera, aquella misteriosa infección se sentía como algo muy personal. Como un secreto. Casi igual que con la roca.

—¿Estás en casa ahora, Lis? —pregunta, más por cortesía que por otra cosa. Ya ha captado varios sonidos de fondo que se lo confirman: el clic del frigorífico, el crujido del taburete cuando ella se mueve inquieta, el tintineo de una cucharilla girando en un vaso con hielo, un gesto que delata su nerviosismo.

—Sí, estoy en casa. Sé que es tarde, Tim, y me sabe mal molestarte…

—No pasa nada. De verdad. Estaré ahí en quince minutos.

Lis le da las gracias una y otra vez, y cuelgan.

Tim se queda un momento de pie, pensando. Buddy lo observa fijamente.

—¿Tú crees que le ha pasado lo mismo a Alan? —le pregunta.

Buddy ladea la cabeza.

—La cosa es —dice Tim despacio—, que a ti no te pasó. Ni a la liebre tampoco. Vosotros volvisteis a la normalidad, ¿no? Y teníais montones de ese musgo negro cayéndose a trozos. Yo no.

Simplemente… desapareció. Y si a Alan se le hubiera caído, Lis lo habría visto en la cama. —Mira por la ventana. Incluso en la oscuridad espesa, distingue el prado—. Quizá solo afecte a los humanos.

El perro suelta un leve gemido.

—Solo estoy pensando en voz alta, Buddy. Vamos, tenemos que irnos.

Salen de la cabaña. Justo cuando Tim abre la puerta trasera del camión para que Buddy suba, vuelve a oír aquella voz familiar.

—«Hay que tener mucho cuidado.»

Esta vez no mira a su alrededor. La voz está definitivamente en su cabeza. Pero no es un pensamiento suyo, no exactamente. Es más bien como algo que viene de otra mente. Como si hubiera captado una señal de radio.

Y, de pronto, sabe perfectamente quién la está emitiendo.

21

VERONICA

—¡EH, NADA DE HACER trampa! —Molly señala la mano de Veronica.

—No estoy haciendo trampa —responde ella.

—Sí lo estás. Moviste los dados.

—Solo los detuve antes de que cayeran de la mesa.

—Sí, pero eso hizo que yo sacara un dos.

—Bueno, tíralos otra vez, entonces.

—No, está bien —dice la niña—. Da igual. De todas formas te estoy ganando.

Molly mueve su caballo, y Veronica sonríe. Siempre se le dio bien todo lo que tuviera que ver con sistemas y números, y al parecer Molly también. No muchas chicas preadolescentes disfrutan del ajedrez con dados.

—¿Veronica?

Levanta la vista y ve a Alice de pie. Su cuñada tiene esa arruga entre las cejas, la que aparece cuando le reprende a Leo por decir

malas palabras cerca de Molly, o cuando la niña se ríe demasiado fuerte. Ahora, sin embargo, la arruga no denota reproche. Más bien parece preocupación.

Veronica lo entiende al instante: es por Leo. Había logrado olvidarse de su novio enfermo un rato, sumergida en el juego.

—¿Qué pasa, Alice?

—Eh… ¿podrías ayudarme con algo?

Alice nunca le había hecho esa pregunta antes. Veronica echa un vistazo a la mesa: ya está recogida. El asado estuvo excelente, y el postre también. En la esquina más lejana, junto a la chimenea crepitante, está la Reina de Hielo en su sillón, con gafas sin montura en la punta de la nariz y manos ocupadas tejiendo. No parece prestarles atención.

—Claro —responde Veronica, levantándose del sofá.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Molly, notando también la actitud inusual de su madre—. ¿Está bien el tío Leo?

Alice echa un vistazo rápido a Sylvia. —Está bien, cariño.

—No muevas nada mientras me voy —le dice Veronica a la niña, haciendo el gesto famoso de dos dedos de "te estoy vigilando", lo que hace que Molly sonría.

Alice se dirige al estrecho pasillo que separa el salón de los dormitorios. Se detiene, cruza los brazos y se frota los costados, como buscando consuelo.

—Es Leo —dice en voz baja—. Su fiebre ha empeorado. Mucho. Ciento cinco.

El corazón de Veronica da un salto. —Vaya… ¿han llamado al médico?

—Papá lo hizo, pero… —gesticula hacia la ventana al final del pasillo. La nevada es intensa. Todo lo que Veronica ve fuera es blanco y negro—. Hay un médico de guardia en la clínica de Byrum. Está a unos quince minutos, pero está atrapado por la nieve. Las carreteras están completamente bloqueadas en toda la isla. Dijo que probablemente no podrá llegar. Normalmente enviarían un helicóptero, pero tampoco funcionará por la nieve.

—Eso no está bien… —los pensamientos de Veronica se aceleran. ¿Debo decirle? ¿Serviría de algo? ¿Por qué está tan enfermo si yo no lo estoy? ¿Se salvará? ¿O tendré que vivir el resto de mi corta vida sabiendo que inadvertidamente maté a mi novio?—. ¿Al menos saben qué le pasa?

Alice la manda callar.

—Por favor, baja la voz. No queremos que mamá se entere. Se pondría histérica.

—Vale. Lo siento.

Alice continúa:

—Papá contactó con unos expertos en enfermedades infecciosas o algo así. Hicieron una videollamada y les mostró la cara de Leo. Sacudió la cabeza con gravedad. Dijeron que nunca habían visto algo así. Lo único que podían decirnos era intentar mantener la fiebre baja. Papá ya le dio ibuprofeno, pero no funcionó…

Se abre la puerta de uno de los dormitorios y Flemming asoma la cabeza. —Ahí estás. Vuelve a pedirte.

Veronica asume que habla con Alice, pero los ojos del padre de Leo están fijos en ella.

—Por eso te pedí que vinieras —explica Alice—. Sigue diciendo tu nombre.

—Ah —Veronica se sorprende—. ¿Pero por qué…?

La voz de Leo se escucha a través de la rendija de la puerta: —'Nica…?

—¿Te importaría? —le pide Flemming con seriedad—. Creo que oír tu voz podría calmarle.

Veronica traga saliva y logra responder: —Claro. Sí, por supuesto.

Da un paso adelante, pero Flemming no abre más la puerta. —Solo un aviso. Está… bastante mal.

—'Nica…?

Veronica solo asiente.

Flemming abre la puerta y la deja entrar.

22

TIM

LIS Y ALAN VIVEN en una zona tranquila y adinerada de la ciudad.

Su casa es unas seis veces más grande que la de Tim, a pesar de no tener hijos. Sí tienen un pomerania, sin embargo. El maldito perrito tiene miedo de todo, así que Tim deja a Buddy en la camioneta.

Está a punto de tocar el timbre cuando escucha pasos ligeros y rápidos acercarse a la puerta. La cerradura gira y la puerta se abre. Lis sostiene al perro en brazos, y este empieza a ladrarle inmediatamente.

—Shh, Prince. Está bien. Hola, Tim. Pasa, por favor.

Se hace a un lado para dejarlo entrar. En cuanto lo hace, el perro casi se lanza desde los brazos de Lis, intentando morderlo. Tim lo ve venir y se aparta.

—¡Prince! —grita Lis—. ¿Qué te pasa? ¡Mal perro!

El perro recurre a gruñirle de manera amenazante.

—Lo siento, Tim —dice Lis—. Normalmente no se comporta así. Está nervioso desde que Alan se enfermó. Lo llevaré al dormitorio. Por favor, pasa.

Tim se quita los zapatos, agradecido de deshacerse de ellos. Solo los llevaba para no parecer raro. Son muy incómodos, limitan sus movimientos y su capacidad para agarrar el suelo. Lo mismo con la chaqueta, que cuelga en un elegante perchero. Nota también la chaqueta de Alan allí.

Al seguir a Lis por la casa, le llama la atención —como siempre cuando visita a Alan— cómo los veterinarios y los trabajadores de banca viven muy bien, mejor que los operadores de grúa, al menos. Los pisos son de baldosas, las paredes decoradas con obras de arte costosas, el techo tan alto que podría caber un asta de bandera. La acústica es algo desconcertante; cada sonido rebota por toda la habitación.

El perro trepa al hombro de Lis para mirarlo con desdén. Enseña los diminutos dientes en un gruñido intimidatorio. Nunca ha sido muy amigable con Tim: siempre huele a Buddy en él, pero nunca había sido tan hostil. Tim no cree que tenga mucho que ver con la desaparición de Alan.

—Puedo sentir que algo me pasó —piensa—. Igual que Buddy puede sentirlo.

Lis lo conduce al salón, que más parece un salón de baile. Se vuelve para sonreírle rápidamente.

—Por favor, sírvete una bebida. Vuelvo enseguida.

Él mira alrededor y ve un bar. Le apetece una bebida, pero no por el alcohol; ahora le atraen las calorías. Se sirve un Vodka-Martini

grande y se lo bebe de un trago. Le quema todo el camino por la garganta y se asienta en el estómago.

Al poner el vaso vacío, Lis regresa sin el perro.

—Gracias de nuevo por venir, Tim. Se lo agradezco mucho.

—Claro.

—Oye, ¿no habías perdido peso?

Él se encoge de hombros.

—No a propósito.

—Pareces más alto también. Bueno, por favor, siéntate.

Hace un gesto hacia unos grandes sillones de cuero frente a la terraza. El jardín está iluminado por proyectores que resaltan la fuente de mármol blanco y los setos cuidados. Incluso en esta época, se ve impresionante.

Tim se sienta y hace una mueca cuando el cuero cruje bajo su peso.

Lis se sienta frente a él. Se retuerce las delgadas manos y lo mira como un alumno frente a la directora. Lleva esmalte negro y un montón de anillos. Es tan delgada que Tim puede distinguir un par de costillas a través de su blusa roja. Definitivamente no es su tipo, muy opuesta a Anya, que era curvilínea y suave.

—Bueno —dice ella—, ¿tienes alguna idea de dónde podría estar Alan?

Tim sopesa sus palabras.

—No exactamente. Pero creo que podría encontrarlo.

—¿De verdad? —dice Lis con esperanza en sus ojos.

—Sí, tengo esta… digamos, intuición.

Una arruga aparece en su frente. —No sé si te sigo.

—Es difícil de explicar —responde él, sintiendo que ya dijo demasiado—. Es solo que puedo…

Alan piensa:

—…como adivinar dónde podría estar Alan.

Lis lo mira fijamente. —¿Es por el bicho?

Sí. Me hizo telepático.

—No lo sé. Solo sé que tengo una fuerte sensación de que puedo localizarlo.

Lis suspira.

—Bueno, no me importa cómo lo hagas, Tim. Si puedes traerlo a casa, te estaría eternamente agradecida. ¿Puedes creer que la policía no quiso ayudarme?

—Lo puedo creer, en realidad. Una vez, en el trabajo, un tipo se volvió loco. Su esposa lo había dejado y estaba deprimido. Se encerró en el baño con un rifle. Amenazó con dispararse. Mi jefe llamó a la policía. Dijeron que el tipo no hacía nada ilegal y que podíamos llamar de nuevo si se disparaba.

Lis se cubre la boca con la mano y Tim inmediatamente se arrepiente de contar la historia.

—Eso es terrible —susurra—. ¿El tipo… se suicidó?

—No, lo pensó mejor. Solo quiero decir que no siempre puedes contar con la policía. Por lo general solo aparecen después de que todo ya salió mal.

—Supongo que tienes razón —dice, mirando a otro lado y frotándose las palmas contra los muslos.

—Necesito preguntarte algo, Lis. Antes de irse, ¿Alan… te tocó?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tuviste contacto físico con él en algún momento?

—Ah, ¿quieres decir si me infectó? No, fue muy enfático en que no entrara en la habitación, mucho menos que lo tocara. Desde que volvió de ver a Buddy… ¿cómo está, por cierto? Alan dijo que salió adelante.

—Sí —dice Tim con una sonrisa—. Está bien y saludable.

—Qué bien. Odio pensar que un perro muera.

—Yo también. Fue crítico, pero Alan es un gran veterinario. Lo curó.

Una expresión curiosa cruza su rostro.

—Es gracioso. Alan dijo algo sobre un milagro. No me dio detalles cuando pregunté. Pude notar que no tenía ganas de hablar. De hecho, parecía un poco… no sé, alterado. ¿Qué pasó con Buddy exactamente?

Tim se encoge de hombros.

—No pretendo entender la medicina. Solo sé que Alan le puso una inyección y mejoró.

—Vaya. Me alegro.

Tim se levanta.

—El tiempo corre. Mejor me pongo en marcha. ¿Puedo ver el dormitorio? El que usó para dormir.

Lis lo mira sorprendida.

—Claro. Ya lo arreglé, así que no hay mucho que ver.

—Aún así, podría ayudar.

—Por supuesto. Ven conmigo.

Lo conduce por el pasillo. Se detienen frente a una puerta a la derecha, la abre y le indica que entre.

Tim da un paso y lo siente de inmediato.

Está todavía en el aire. Sutil, pero inconfundible. El tenue aroma a lima.

—Aquí fue.

Se gira hacia Lis.

—¿Cambiaste las sábanas?

—Sí, estaban empapadas de sudor, ya las cambiaron.

—No, me refiero, ¿tú personalmente?

—No, la hizo nuestra empleada.

—¿Dónde está ahora?

—Se fue a casa —El nerviosismo vuelve a su rostro—. ¿Crees que pudo haberse infectado?

—No lo sé. ¿Has sentido algo?

—No, en absoluto. Me siento bien.

—Bien. Déjame echar un vistazo.

Se acerca a la cama. El aire está ligeramente más frío, probablemente por la ventana abierta todo el día. Camina alrededor, inspeccionando. No hay rastro del musgo. Va a la ventana y observa el jardín desde este ángulo. Por encima del alto seto que separa su jardín del del vecino, alcanza a ver las luces de la ciudad reflejadas en el cielo oscuro. Huele la hierba. Escucha el tráfico. Filtra los sonidos y se concentra en Alan.

Se queda allí un minuto. Intentando sintonizar. Nada.

—¿Tim? —dice Lis desde la puerta—. Lo siento, pero… ¿qué haces?

—Dame un minuto, Lis —murmura.

Escucha más. Manteniendo la mente abierta, buscando cualquier señal de Alan. Nada.

Está a punto de darse la vuelta cuando…

—Esto no va a funcionar. No así. Debo ser más cuidadoso.

Tim se pone rígido.

Sigue lejos, al otro extremo de la ciudad. Quizá en la zona industrial.

Entonces capta otro sonido, mucho más cercano. Botas subiendo los escalones de la puerta principal.

Se gira hacia Lis.

—Creo que alguien…

Se interrumpe por el timbre.

Los ojos de Lis se abren de par en par.

—¡Podría ser él! —corre por el pasillo.

—No —dice Tim a la habitación vacía—. Es la policía.

23

VERÓNICA

—¿CÓMO DEMONIOS HA PASADO todo tan rápido?

Verónica casi jadea al mirar a Leo. Su novio está desnudo, salvo por los calzoncillos, empapados en sudor. Ni siquiera tiene manta ni edredón, aunque la ventana está de par en par. La nieve entra a raudales y ya se ha acumulado formando una pequeña duna sobre el suelo de madera. La habitación debe de estar casi a cero grados. Sobre la mesita de noche hay un plato con asado intacto, un vaso de agua y un frasco de pastillas.

A pesar del frío, Leo arde. Gotas de sudor recorren su frente y su pecho lampiño. El cuello está completamente rosado. Pero casi todo lo demás está cubierto de esa sustancia negra. Evidentemente empezó en las zonas más cálidas y húmedas del cuerpo: axilas, ingle, pliegues de rodillas y codos y, sobre todo, la cara y el cuero cabelludo. Ahora se ha extendido, dibujando patrones cruzados por brazos, piernas y torso.

«Dios mío… Parece ese pobre pájaro.»

Y huele igual que él. Ese aroma afrutado, punzante, lo llena todo; si la ventana estuviera cerrada, habría sido insoportable.

Está claro que Leo no puede abrir los ojos, y Verónica duda que pueda oír o percibir olores con claridad, a juzgar por cómo la sustancia negra le tapona nariz y oídos. La única manera de respirar es por la boca, y hasta eso parece costarle. Al fijarse más de cerca, ella ve que la sustancia no cubre solo sus labios, sino también encías y lengua. Probablemente recubre su garganta y tráquea hasta el pecho.

—¿Nica? —carraspea.

—Estoy aquí, Leo —susurra Verónica, echando un vistazo a Flemming.

Leo se rasca el brazo y luego levanta la mano. Está completamente cubierta de la sustancia negra. Tantea el aire y Verónica toma su mano. Sorprendentemente, el musgo es suave al tacto. Leo aprieta su mano.

—¿Eres tú, Nica?

—Sí —dice ella, aclarándose la garganta—. Soy yo. Estoy aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Verónica se tensa.

—¿Decir qué?

—El guante —jadea él.

Verónica no sabe qué contestar. De repente se da cuenta de que Flemming la observa con atención desde un lado.

—Sigue hablando de un guante —dice su suegro con un encogimiento de hombros—. ¿Alguna idea de a qué se refiere?

Verónica niega con la cabeza.

—Hércules —dice Leo; al menos eso parece, pero es difícil distinguirlo, porque rompe en una tos débil y rasposa. Cuando logra hablar de nuevo, repite: —¿Nica?

—Sí, Leo. Sigo aquí —le aprieta la mano y él la agarra con más fuerza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta otra vez.

—No… no lo sé, Leo —casi empieza a llorar.

—Hércules —dice él otra vez.

—¿Qué pasa con él? —pregunta Verónica, aliviada de cambiar de tema—. ¿Qué pasa con Hércules?

Leo deja escapar un gemido y sacude la cabeza de un lado a otro, frotando la parte trasera contra la sábana. Claramente le pica y le duele a la vez.

—Ese es tu gato, ¿verdad? —pregunta Flemming—. También lo ha mencionado un par de veces. Observa a su hijo retorciéndose en la cama, se muerde el labio y añade: —¿Crees que podría haberlo cogido del gato?

—Supongo que eso es posi...

—¡No! —grita Leo con una fuerza repentina que Verónica no esperaba. Se incorpora y ella retrocede un paso. —¡No fue Hércules! —carraspea, rechinando los dientes. Abre un ojo a medias y lo fija en Verónica—. Eso creí, pero… ¡uaargh! —Se encoge abrazándose el abdomen, como si fuera a vomitar—. Ay, duele tanto…

—Acuéstate otra vez, hijo —dice Flemming, acercándose—. Relájate.

Leo deja que su padre le ayude a recostarse de espaldas. Sigue gimiendo.

—Pero el guante —susurra—. Era tuyo. Tenías que saberlo.

—Toma, hijo. Más analgésicos —dice Flemming, metiéndole dos pastillas en la boca y ayudándole a beber un sorbo de agua.

Verónica se queda allí, cubriéndose la boca con la mano, temblando por completo.

Flemming se gira hacia ella. Su expresión es grave.

—Lo siento. No debería haberte pedido que vinieras. Pensé que tu presencia lo calmaría.

Verónica retira la mano y pregunta: —¿Crees… que está muriendo?

Flemming se pasa la mano por el cuero cabelludo y niega con la cabeza. —No lo sé. Todo ocurre demasiado rápido… No lo sé. Voy a llamar al médico otra vez.

Mientras saca el móvil, Verónica se dirige a la puerta, ansiosa por salir de la habitación.

Justo cuando toca el pomo, Leo vuelve a carraspear: —¿Nica?

Su voz ha cambiado. Más profunda. Menos temblorosa.

Ella se vuelve y su corazón da un salto al encontrar de nuevo ese único ojo que la mira. Es tan blanco que, en la penumbra, parece que el iris y la pupila de Leo han desaparecido. Y, para empeorar todo, su boca está contorsionada en una especie de sonrisa, mostrando sus dientes blancos rodeados por la sustancia negra.

—No me estoy muriendo.

Un largo y ominoso silencio llena la habitación, roto solo por el aullido del viento.

Entonces la llamada de Flemming conecta y una mujer dice:

—Oficina de médicos de urgencias del Norte de Jutlandia, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, habla Flemming Brun de nuevo —dice el padre de Leo, aclarándose la garganta—. Hablamos hace tres horas. Llamo porque no ha habido mejoría con mi hijo y empezamos a preocuparnos de que…

Verónica no escucha el resto. Se aparta de la mirada de Leo y sale rápidamente de la habitación.

24

TIM

CUANDO TIM LLEGA AL vestíbulo, Lis ya ha abierto la puerta y está hablando con dos agentes. Un hombre y una mujer.

La mujer tiene edad suficiente para ser la madre de Tim. El hombre es mucho más joven.

—Queremos hablar con usted —dice la policía.

—Ah, ¿ahora queréis? —resopla Lis—. Cuando llamé antes, ni os molestasteis en subir.

—Podríamos tener noticias sobre su marido.

—¿De verdad? —el tono de Lis cambia—. ¿Por qué no lo dijiste antes? Pasad.

Los agentes entran en la casa y ven a Tim allí.

—¿Quién es usted, señor? —pregunta la policía. Tiene canas en las patillas y su voz es ligeramente rasposa. Su piel es curtida y sus ojos de un azul penetrante.

—Soy amigo de Alan.

—Llamé a Tim porque no sabía a quién más llamar, y fue tan amable de venir —explica Lis—. Tim fue la última persona que vio a Alan antes de que volviera a casa.

—¿De veras? —la policía observa a Tim de arriba abajo.

—Mi perro —dice Tim—. Alan lo revisó esta tarde.

—Ya —los agentes se lanzan una mirada rápida—. Puede que también queramos hablar con usted, señor.

Tim asiente. No quiere quedarse, y mucho menos ser interrogado por la policía. Solo piensa en salir a buscar a Alan. Tiene la sensación de que el tiempo es crítico.

—¿Tenéis algún lugar donde podamos hablar? —pregunta la policía a Lis.

—Claro, seguidme.

Ella los conduce al salón. Tim los sigue con cierta vacilación. Por alguna razón, los agentes le ponen nervioso, como si él estuviera ocultando algo. Lo cual, por supuesto, es cierto: la roca, el musgo, la infección… Debería haberlo denunciado hace tiempo. Debería haber contado todo a la policía, haber llevado al SSI hasta la roca. Que hicieran todas las pruebas que quisieran sobre ella y sobre Buddy. Esto es claramente algo extraño y potencialmente peligroso, no algo que él deba guardar en secreto.

Aun así, la idea de contarlo todo no le parece la correcta. Siente que debe ser él quien se encargue de esto, al menos por ahora. Involucrar a la policía sería como echarle gasolina al fuego. No tienen ni idea de lo que le ha pasado a Alan. Ni de lo que es capaz.

Lis ofrece a los agentes algo de beber, pero ambos lo rechazan.

—Pues sentaos —dice Lis.

La policía le lanza otra mirada a Tim.

—Señor, ¿podría esperar en otra habitación mientras hablamos con la señorita Andersen?

—¿Por qué? —pregunta Lis, cautelosa.

—Tenemos información bastante delicada sobre su marido.

—Dios mío… ¿Está bien?

—Que sepamos, sí. Pero creemos que usted debería ser la única en escucharla por ahora.

Lis mira de Tim a los agentes, negando con la cabeza.

—Tim es un amigo cercano. Puede oír lo que tengáis que contarme sobre Alan.

—Es solo protocolo —insiste el policía, por primera vez hablando él —. Preferimos hacer las entrevistas por separado. Su voz suena quejumbrosa, como la de un adolescente.

—De todas formas necesito ir al baño —dice Tim, sonriendo brevemente a Lis—. Esperaré en el pasillo.

Cruza el salón, consciente de que los agentes le observan en silencio. Esperan hasta que llega al baño y cierra la puerta antes de comenzar a hablar.

Tim se queda al otro lado. Incluso a través de la madera puede seguir la conversación con claridad. No le sorprende que la policía lidere la entrevista.

—¿Conoce a Clara y Johan Birk?

—No. ¿Quiénes son?

—¿Su marido ha mencionado sus nombres alguna vez?

—No, creo que no. ¿De qué va esto? Por favor, ¿pueden decirme qué ha pasado con mi marido? ¿Lo habéis encontrado o no?

—Recibimos un aviso hace una hora —interviene el policía—. Su marido entró a la fuerza en una vivienda de Storegade. El vecino de al lado le vio huir y lo identificó.

—¿Qué? Eso es absurdo. ¿Por qué iba Alan a entrar a robar? Tenemos dinero de sobra…

—No parecía interesado en sus pertenencias —explica la policía—. No estamos seguros de lo que buscaba, pero atacó a ambos antes de salir corriendo de nuevo.

—¿Atacó? —la voz de Lis casi se quiebra—. ¡Eso es imposible! Alan nunca… quiero decir, ¿por qué demonios…? Debieron atacarle primero. O quizá estaba delirando. Ya se lo dije antes, cuando llamé a la comisaría pidiendo ayuda. Alan estaba enfermo y con fiebre cuando salió de casa.

—Sí, sobre eso… La pareja dice que su marido parecía extraño. Que no era él mismo.

—¿Veis? ¡Eso os dije! Por eso llamé. Está vagando en un estado febril, ¡y Dios sabe lo que podría pasar! ¡Podría hacerse daño o que le atropellaran! ¡Tenéis que encontrarlo antes de que eso ocurra!

—Estamos haciendo todo lo posible. Pero necesitamos…

—¿De verdad? Porque a mí me parece que estáis aquí hablando conmigo en lugar de estar buscándole.

—Tenemos unidades buscándolo mientras hablamos. Tenga la seguridad de que, si Alan sigue en la ciudad, lo encontraremos pronto.

—¿Qué queréis decir con "si sigue en la ciudad"? ¿Dónde más iba a estar?

—De eso queríamos hablar con usted. ¿Tiene alguna idea de adónde podría haber ido su marido?

—No. Si la tuviera, ¿no creéis que os lo habría dicho de inmediato?

—La razón por la que fue a los Birk podría darnos pistas sobre su motivo. Ayúdenos a averiguar hacia dónde se dirige. Por eso es importante que nos diga si sabe algo sobre su relación con ellos. Cualquier cosa. ¿Eran clientes suyos?

—No tengo ni idea. ¿Por qué no se lo preguntáis a ellos?

—Lo hicimos. Dicen no tener relación con su marido.

—Pues entonces…

—¿Cree que podrían tener motivos para mentir? Por ejemplo, si le debieran dinero…

—¿Qué? No… Espera, ¿insinúas que Alan fue allí a cobrar una deuda? ¿Sigues pensando que lo hizo a propósito? ¡Está delirando! ¿No escucháis? No tiene ni idea de lo que hace…

Tim decide que ha escuchado suficiente. Necesita encontrar a Alan. Ya. Antes que la policía.

Storegade coincide con la dirección desde la que captó la señal de Alan. Está al noreste de la ciudad, a diez minutos en coche.

Pero no puede salir del baño. No sin arriesgarse a que los policías lo oigan. Ya han dejado claro que quieren hablar con él. No hay forma de que le dejen ir antes de entrevistarlo.

El baño tiene una ventana. Es estrecha, pero lo bastante grande para que Tim pueda colarse. Al pasar junto al espejo, no puede evitar mirarse, y lo que ve le hace detenerse un segundo.

Lis tenía razón: ha perdido peso. Al menos cinco kilos desde ayer.

También parece más alto. Siempre fue un hombre grande, algo más de un metro noventa y cinco. Ahora parece rozar los dos metros.

Además, su cuerpo ha cambiado. Los hombros más altos y hacia atrás, el tórax más triangular. Los brazos se han alargado unos centímetros, como se nota en que las mangas de la camisa ahora se quedan bien por encima de las muñecas.

Mira sus pantalones y ve el mismo problema, lo que explica por qué le rozan la ingle.

Supongo que tendré que comprar ropa nueva.

El pensamiento despierta un recuerdo: él levantando a Helena de la cuna una mañana y notando que el body le quedaba pequeño. Cuando sugirió comprarle uno nuevo, Anya le dijo: «No, esperemos dos semanas. Hasta que termine su brote de crecimiento. O tendremos que comprar otro después».

—Tienes razón, cariño —gruñe Tim al espejo—. Esperaré dos semanas más. A ver cuánto crezco después de este… estirón.

Está a punto de ir a la ventana cuando nota algo más en el espejo. Algo en su rostro. Sutilmente distinto. La forma de su cabeza también ha cambiado. No lo suficiente para que Lis lo notara, pero Tim sí lo percibe.

Un escalofrío recorre su espalda mientras se mira. ¿Quién soy? ¿Qué demonios me está pasando?

Lo que sea que esté ocurriendo, también le está pasando a Alan. Y, a diferencia de Tim, su amigo parece reaccionar a ese cambio de manera completamente distinta. Por eso necesita encontrarlo.

Ahora mismo.

25

VERÓNICA

—¿VERÓNICA?

—¿Eh? —parpadea, y se encuentra frente al espejo, vestida con su camiseta de dormir. A su lado, Molly se cepilla los dientes.

—¿No se supone que tienes que encenderlo? —pregunta la niña, sonriendo.

Verónica se da cuenta de que ha estado ahí, con el cepillo eléctrico en la boca sin encenderlo.

—Ah, claro —dice, pulsando el botón, y el cepillo comienza a girar.

Se cepillan en silencio durante medio minuto. Los ojos de Verónica están arenosos. Son casi las once, y está agotada más allá de lo imaginable. Ha sido un día de locos. Nota cómo Molly la observa en el espejo.

—¿Estás preocupada por el tío Leo? —pregunta la niña.

—Sí, un poco —admite Verónica.

Claro que la niña había notado lo distraída que estaba Verónica tras ir a ver a Leo. Intentó comportarse con normalidad, participar

en el juego que estaban jugando, escuchar lo que Molly le contaba sobre el colegio. Pero la niña es muy perceptiva.

Además, Verónica no es la única que está preocupada. Alice ha pasado la tarde de un lado a otro, ocupándose con tareas aparentemente sin sentido. Flemming ha estado casi todo el tiempo en la habitación de Leo, saliendo solo para ir al baño o hablar brevemente con Alice en susurros.

La única que parece no afectada por la enfermedad de Leo es su madre. La Reina de Hielo sigue tejiendo y escuchando música en la radio como si nada fuera anormal. Verónica no sabe si su marido e hija lograron ocultarle lo grave que estaba Leo o si simplemente no le importa. Por fría que sea Sylvia, le cuesta creer que una madre no se preocupe al menos un poco cuando su hijo enferma.

Quizá sea negación. Un mecanismo de defensa emocional: fingir que no hay problema y esperar que desaparezca. Veronica misma no es ajena a esa estrategia.

—No te preocupes —dice Molly, intentando animarla—. Ya está mejor.

La niña guarda su cepillo y se pone los aparatos nocturnos.

—Eso espero —responde Verónica, escupiendo en el lavabo.

—No, ya está mejor —insiste Molly, con la voz un poco lisposa por los aparatos—. Oí al abuelo decirlo.

Verónica frunce el ceño. —¿Cuándo?

—Ahora mismo. Se lo dijo a mamá que el sarpullido estaba desapareciendo.

El corazón de Verónica se llena de alivio. —¿De verdad? ¡Qué bien! —Se limpia la boca con la toalla—. Voy a ver cómo sigue.

Corre por el pasillo. Desde la habitación de Alice oye a su cuñada hablar por teléfono con su marido. Verónica no quiere espiar, pero nota por la voz de Alice que está más tranquila. Va al dormitorio de Leo y escucha brevemente: solo una respiración leve y calmada. Luego se dirige al salón y solo encuentra a Sylvia. Ha guardado las labores de punto y ve una película antigua con el volumen bajo. Tiene una manta sobre las piernas y sostiene una taza de té entre sus manos delgadas. Obviamente ve entrar a Verónica, pero no aparta la vista de la pantalla.

—Pensé que te habías ido a la cama —dice Verónica.

—No, todavía no. Ya no consigo dormir sin una taza grande de té. Así que me toca levantarme al menos una vez por la noche, pero ¿qué le voy a hacer? —Levanta la taza hasta los labios finos y bebe un sorbo.

—¿Dónde está Flemming? ¿Está con Leo? —pregunta Verónica.

—Flemming se ha ido a dormir.

Verónica frunce el ceño. —¿Entonces… nadie está con Leo?

—Nadie necesita estar con Leo —responde Sylvia, con un tono molesta pero despreocupado—. Está mejorando.

—Ah. ¿Así que Flemming te lo dijo?

—Flemming no tiene que decirme nada, querida. Sé lo que pasa —añade, con un tono sarcástico.

—Bueno, eso está muy bien —dice Verónica—. Iré a verlo.

Está a punto de salir, cuando Sylvia añade:

—Hayas lo que hayas hecho con mi hijo, no te lo perdonaré. ¿Lo sabes, verdad?

Verónica se vuelve.

Sylvia ni la mira mientras continúa:

—Aunque se recupere, te hago responsable. Y soy como un elefante… —se toca la sien con un dedo—. Nunca olvido.

Verónica mide sus palabras con cuidado.

—¿Por qué crees que yo le hice esto a Leo?

—Oh, vamos. Él prácticamente lo dijo —responde Sylvia.

Verónica traga saliva.

—Fue la fiebre la que le hizo…

Sylvia chasquea la lengua con fuerza.

—Sé que probablemente no lo hiciste a propósito, pero le contagiaste esa infección. Se te nota en esa carita culpable, querida.

Verónica mira la televisión y luego vuelve a Sylvia.

—Mira, al menos siento culpa.

—No, no la sientes. Solo estás sentimental porque te estás muriendo.

Verónica se queda helada.

—¿Qué… qué quieres decir? No me estoy muriendo.

—Bueno, no ahora. Pero pronto.

Verónica frunce el ceño. —¿Qué clase de broma enferma es esa?

—Oh, seguro que no es broma. El cáncer no es ninguna broma —dice finalmente, girándose para mirarla—. ¿Cuánto tiempo te dieron?

El corazón de Verónica se acelera al pensar cómo pudo haberlo descubierto Sylvia. No se lo contó a nadie. Ni siquiera a Leo. Solo Verónica y su médico conocen su diagnóstico, y su historial médico es confidencial.

—¿Cómo… cómo lo supiste?

Sylvia bebe otro sorbo de té, despacio.

—Se notaba desde que pusiste un pie en esta casa. Ese humor irritante y juguetón tuyo. Solo los idiotas y los pacientes terminales actúan así con gente que no soportan. Y esa pequeña herida que tienes bajo el ombligo… la vi cuando te estirabas. Es de una biopsia reciente. Ovarios, supongo.

Verónica tira instintivamente de la camiseta hacia abajo. Siente una mezcla de vergüenza y rabia. Como si Sylvia la hubiera expuesto.

—No puedes… no tienes derecho…

—Ay, supéralo —resopla Sylvia, acomodándose en el sillón—. Todos vamos para allá. No eres especial. Entonces… ¿cuánto tiempo te dieron?

Verónica respira con fuerza por la nariz.

—De tres a seis meses.

Sylvia asiente. —¿Harás quimio? ¿Radioterapia?

—Aún no lo he decidido.

Sylvia se encoge de hombros.

—Casi no merece la pena por tres meses más.

—Gracias por dar tu opinión.

Se instala un largo silencio en el salón, roto solo por los últimos rescoldos en la chimenea y el viento aullando sobre el tejado.

—No se lo digas —dice Verónica.

—¿No se lo diga a quién?

—A Leo. Y a Molly.

Sylvia mira la televisión, con la mirada perdida, como si la conversación la aburriera.

—Por favor —insiste Verónica—. Déjame ser yo quien se lo diga.

Sylvia suspira. Luego dice algo completamente inesperado:

—¿Sabes cuántos años tengo, querida?

Verónica parpadea. —No… no estoy segura.

—Adivina.

Confundida, Verónica hace un cálculo rápido.

—Leo tiene veintinueve años, y Alice es cuatro años mayor. Así que tú debes tener… ¿sesenta?

—Sesenta y ocho —dice Sylvia, con orgullo.

Verónica levanta los brazos. —¿Y eso qué importa?

—¿Sabes cuál es la esperanza de vida media de alguien con fibrosis quística?

—No… no sé qué es eso.

—Pues búscalo —dice Sylvia, levantándose de golpe y apagando la televisión con un gruñido—. Quería ver el final, pero tú me lo arruinaste. Me voy a la cama.

—Espera —dice Verónica mientras la pequeña mujer pasa junto a ella—. ¿Me estás diciendo…? ¿Estás enferma, Sylvia?

Su suegra se detiene a apenas dos pasos y la mira a los ojos. Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. —¿Yo? Oh, no. Solo tengo un poco de asma —se aclara la garganta con tono burlón y sigue su camino.

Recordando algo, se detiene en la entrada del pasillo y se gira. —Ah, y Verónica, querida —levanta la palma de la mano, como en un saludo nativo americano—. También te hago responsable de lo que le pasará al resto de nosotros. Incluyendo a la pobre Molly, a la que tanto quieres. —Levanta una ceja—. Buenas noches.

Se da la vuelta y marcha por el pasillo, dejando a Verónica sola en el silencio.

TIM

CORRE DESCALZO POR LA acera, pasando a toda velocidad frente a las casas, cruzando calles y girando esquinas.

El aire helado le acaricia la piel. El oxígeno fluye por su cuerpo, su corazón y músculos trabajan en perfecta sincronía, casi sin esfuerzo.

Cuando saltó por la ventana de los Andersen, se dio cuenta al instante de que no podía ir al camión. El motor era lo bastante ruidoso como para que la policía lo escuchara desde dentro de la casa, y no quería que supieran que se marchaba.

Así que decidió correr. Resultó ser más rápido que conducir de todos modos, ya que podía tomar atajos por los jardines y saltar vallas y setos como si fueran simples resaltes.

En menos de seis minutos llega a Storegade. Comienza a escanear los buzones, sin necesidad de detenerse a leer los nombres.

Se detiene de golpe frente a C & J Birk.

Es un bungalow discreto. Algunas luces están encendidas. Un coche urbano blanco aparcado en la entrada.

Sigue el camino hasta la puerta principal y toca el timbre. Nada sucede al instante. Al menos nada que una persona con audición normal percibiera.

Pero Tim oye la televisión —que está mostrando una película de Bruce Willis— silenciarse. Un hombre y una mujer intercambian unas palabras, preguntándose quién podría estar en la puerta a esas horas. El hombre dice que irá a mirar y le indica a su pareja que se quede en el salón. Luego se oyen pasos acercándose a la puerta. Tim escucha cómo el tipo contiene la respiración mientras se inclina y mira por la mirilla.

Tim no hace ningún esfuerzo por ocultar su enorme figura. En cambio, intenta sonreír.

—Me llamo Tim Iversen —dice, notando el sobresalto del hombre al otro lado—. Esperaba poder hablar un momento con ustedes.

—¿Sobre qué? —pregunta el hombre desde la puerta—. No te conozco.

—Soy amigo de Alan.

—¿Alan quién?

—El hombre que estuvo aquí antes.

Un suspiro ahogado, y Tim añade rápido:

—No es lo que parece. Acabo de hablar con la policía sobre el incidente que tuvieron antes. Pensé que quizá podría ayudar. Estamos buscando a Alan. Si me dejaran…

—¿Así que estás trabajando con la policía?

—Sí, se podría decir eso.

Parte de la tensión desaparece de la voz del hombre.

—Ya les contamos lo que pasó.

—Lo sé. Solo esperaba que pudieran… darme un resumen rápido. Me ayudaría a averiguar hacia dónde se dirige.

Hay una breve pausa. Entonces el pestillo hace clic y la puerta se abre, pero solo cinco centímetros. El hombre mira a Tim sobre la cadena de seguridad.

—Lo siento, tío. Estamos muertos de cansancio. De hecho, ya nos habíamos ido a la cama. ¿Puedes volver mañana?

—Podría —responde Tim, ignorando la mentira—. Pero creo que sería demasiado tarde. Alan podría estar lejos para entonces.

—¿Quién es, Johan? —pregunta una voz femenina desde atrás. Aparece por el estrecho pasillo, con una sudadera grande que probablemente pertenece a su pareja. Tim nota que el rímel se le ha corrido.

También percibe muchas otras cosas: el aroma que trae la mujer, discreto pero inconfundiblemente cítrico. Para una nariz normal, probablemente sería parte de su perfume. Pero Tim reconoce el olor de inmediato.

Como para confirmar su sospecha, la mujer se toca distraídamente el borde exterior de la oreja. Puede ser coincidencia o un tic nervioso. Pero parece que su oreja ya comienza a picarle.

—Es un tipo que la policía pidió que ayudara a encontrar al otro —le explica Johan a su mujer—. Lo conoce.

La mujer mira a Tim. —Vaya amigo que tienes. ¿Sabes qué quería de nosotros?

—No exactamente —responde él.

—Intentó violar a mi mujer —suelta Johan—. Maldito imbécil. Tiene suerte de que no lo maté.

Tim frunce el ceño.

—La policía no dijo nada de eso.

—No creo que eso fuera lo que quería —dice la mujer en voz baja.

—¿Ah, sí? —resopla el hombre—. Entonces, ¿por qué te agarró y trató de arrastrarte?

—No intentó arrastrarme a ningún sitio —la mujer se pasa la manga por el antebrazo. Tim la observa de cerca, intentando detectar cualquier rastro de la mancha negra alrededor de sus ojos o boca. No ve nada. Aún no.

«¿Se ha vuelto contagiosa? ¿Él ya está infectado también?»

Tim no había percibido el olor antes de que la mujer abriera la puerta, pero eso no significa necesariamente que el hombre no lleve la espora. Buddy no comenzó a oler antes de que apareciera lo negro.

—¿Qué hizo entonces? —pregunta Tim.

La mujer lo mira. —Solo… me agarró del brazo, y luego… luego sonrió.

—Maldito asqueroso —gruñe Johan.

La mujer comienza a llorar suavemente.

—Fue… fue tan extraño y aterrador. Nunca había visto a nadie actuar tan… tan raro.

El hombre se pasa la mano por el pelo.

—Mira, ¿hemos terminado ya?

—Por favor —dice Tim, apoyando la mano en la puerta mientras el hombre empieza a cerrarla—. ¿Puedo verlo?

—¿Ver qué?

Señala el brazo de la mujer.

—Donde te agarró.

Johan mira a su mujer, ella mira a Tim, todavía llorando. Luego se suena la nariz y encoge los hombros.

—Vale, no veo por qué no.

El hombre, de mala gana, retira la cadena y abre la puerta hasta la mitad.

La mujer sube cuidadosamente la manga, revelando su brazo delgado.

Un gran moratón oscuro cubre la piel. La impresión evidente de una mano enorme.

—Ha empeorado aún más —comenta Johan—. El médico dijo que podría pasar. No hay nada roto, pero mira eso. ¿Quién le hace esto a una mujer? Te juro que si lo hubiera atrapado…

Tim ya no le presta atención al hombre. Se queda mirando el brazo de la mujer.

Eso no es un moratón.

No sabe si ella todavía no lo ha visto o si lo está ignorando a propósito. Quizá es su nueva y aguda visión la que le permite ver las pequeñas escamas que empiezan a aparecer en los bordes de la marca. O quizá simplemente sabe qué está viendo.

«¿Ha infectado a los médicos también? ¿A la policía? ¿Cuánta gente hay ahí fuera contagiando a otros? ¿Hasta dónde se ha propagado esto?»

El hombre sigue hablando. La mujer rasca suavemente la marca con las uñas mientras mira a Tim, como esperando su opinión. Él ve en un instante cómo la mancha negra crecerá mientras ella duerme. Subirá por el brazo, alcanzará el torso, se expandirá por todo su

cuerpo. Y casi seguro ya está dentro de ella. Creciendo en sus pulmones, su corazón, su cerebro.

¿Cuánto le queda? ¿Hasta la mañana?

Le envía una sonrisa tranquilizadora. Y entonces, sorprendiéndose a sí mismo, le dice:

—Siento lo que ha pasado. Si sirve de consuelo, te prometo que mi amigo no volverá.

La mujer asiente una vez y murmura:

—Gracias.

—Mira —interrumpe Johan—, nos vamos a la cama. Espero que encuentres al hijo de puta. De verdad, merece…

El hombre se detiene al notar algo y frunce el ceño. —¿Qué demonios… Tío, por qué no llevas zapatos?

El cambio repentino de atención desconcierta a Tim.

—Ehm… tenía prisa —dice torpemente, dando un paso atrás—. Gracias por su tiempo. No les molestaré más.

—Espera —esta vez habla la mujer. Se acerca, mirándolo fijamente a la cara—. El otro tipo tampoco llevaba zapatos. Y hay algo… algo en tus ojos…

Tim se siente muy incómodo. Baja la mirada y da otro paso atrás. Pero es demasiado tarde.

La mujer jadea fuertemente.

—¡Oh, Dios mío…! —Se retira, cubriéndose la boca con ambas manos. Mira de Tim a su marido.

—¿Qué pasa? —pregunta el hombre—. ¿Qué ocurre?

—Sus ojos… ¡son como los del otro tipo!

Tim se da la vuelta y sale disparado.

TIM

TIM SIGUE CORRIENDO HASTA que lleva tres manzanas recorridas —lo que no le lleva más de treinta segundos.

Se detiene en una esquina vacía para recuperar el aliento. Se siente fatal. La forma en que la mujer lo había mirado; el miedo en sus ojos. Como si estuviera viendo a un monstruo.

Se refleja en el cristal de un escaparate y se acerca un poco más.

Escucha la voz de la mujer, llena de sorpresa:

—«Sus ojos…»

Y siente un nudo en el estómago al ver lo que tanto la había asustado. Sus iris se han desvanecido. Esa es la mejor manera de describirlo.

Los grises acerados de sus ojos se han vuelto aún más penetrantes porque las partes negras del centro casi han desaparecido.

No permanecen estáticos. Al compás de su pulso, las pupilas se hacen visibles y se ocultan. Si fija la mirada con fuerza, se vuelven más claras. Al relajarse, casi desaparecen.

Le da un aspecto feroz. Predatorio, casi.

—Es oficial. Soy un monstruo ahora.

Mirarse lo pone incómodo, así que sigue moviéndose.

No puede dejar que nadie lo vea de cerca.

Pero ya es demasiado tarde. Los Birk lo vieron y reconocieron lo que le está pasando. Probablemente ya han llamado a la policía. ¿Estarán buscándolo también ahora?

Lo peor es que quien vaya a su casa sin duda contraerá la infección. Tim no está seguro de si hace falta contacto físico para que la espora salte de un cuerpo a otro. Por cómo Alan había agarrado a la mujer, algo indicaba que sí. Pero lo más probable es que también sea aérea: sin duda había atacado las vías respiratorias de Tim y Buddy. Seguramente, cada exhalación de la mujer está llena de diminutas esporas. Con un estornudo o una tos bastaría.

Hay otra pregunta, aún más aterradora, que Tim odia siquiera plantearse:

—¿Soy contagioso?

Sea lo que sea que Alan hizo a la mujer, obviamente la infectó con esa extraña enfermedad. Tim ya lo sospechaba, pero esperaba que Alan no lo hubiera hecho a propósito. Por cómo ella lo describió, parecía que sí.

—«…me agarró del brazo y luego… luego sonrió.»

Tim se vuelve muy consciente de sus palmas mientras sigue caminando. ¿Ha tocado a alguien esta noche? ¿Y Lis? No recuerda haberle dado la mano. Pero no puede asegurarlo.

Olvídalo por ahora. Concéntrate en encontrar a Alan.

Aunque los Birk estén infectados y probablemente a punto de contagiar a otros, eso no parece ser la principal preocupación de Tim. Los Birk se podrán —espera— atender más tarde, una vez que las autoridades comprendan lo que está pasando. Por ahora, lo crucial es encontrar a Alan y evitar que contagie a alguien más.

Tim pasa junto a un contenedor de la Cruz Roja y se detiene por impulso. Abre la tapa y mira dentro. Hay bolsas de plástico llenas de ropa. Rebuscando un poco, revisa un par de ellas. En la tercera, da con lo que buscaba:

Un par de guantes de esquí.

No entiende por qué alguien donaría guantes de esquí a un país del tercer mundo… pero son justo lo que necesita.

Los coge y se apresura a continuar, cuando...

—«¡Maldita sea! Me la ha jugado bien.»

Tim se detiene un instante al escuchar la voz de Alan en su cabeza de nuevo. Ahora suena mucho más fuerte, lo que significa que está más cerca.

Sigue adelante, con un millón de pensamientos por minuto, preguntándose qué hará cuando encuentre a Alan. Desde que recibió la llamada de Lis, solo ha pensado en eso. No ha tenido tiempo de pensar qué decirle o hacerle cuando lo encuentre.

Tan concentrado está que le cuesta darse cuenta de que algo no va con el guante. No puede ponérselo. Es lo bastante grande, pero algo se queda atascado.

Se detiene, lo quita con un gruñido de molestia. Entonces ve el problema. No es el guante.

Junto a la base de su dedo meñique hay un nudillo extra. Lo que parece medio dedo sin uña sobresale de él.

—«Oh, Cristo…» —murmura.

Al levantar la otra mano, ve lo mismo, salvo que este muñón es un poco más largo.

—Genial. Ahora también me crecen dedos de más…

Sin quererlo, intenta mover los muñones. Se mueven con facilidad, como si siempre hubieran estado a su servicio.

Entonces, de repente, siente un hormigueo en la base del cráneo. Automáticamente busca en el bolsillo, pero recuerda que ha dejado el móvil en el camión con Buddy.

En cambio, escucha la voz de una mujer en su cabeza: —«Tenemos un caso similar, Tom. Entrada por la fuerza. El sospechoso visto huyendo hacia el oeste a pie.»

—«¿Es nuestro tipo?» —pregunta otra voz.

—«No está claro, pero parece que sí. Un testigo lo vio entrar en un callejón. Está cerca de ti. Kobbergade.»

—«Lo comprobaré.»

—«Precaución. Sospechamos que está delirando.»

—«¿Armado?»

—«No lo sabemos. Podría estar herido. El testigo se defendió con un cuchillo.»

Mientras escucha, las voces suben y bajan ligeramente en volumen y claridad.

«Provienen de la radio de la policía. Lo estoy captando como un maldito scanner.»

Se siente mareado, sacude la cabeza y trata de bloquear las voces a voluntad. Para su sorpresa, lo consigue. Es como girar una antena para alejarla de una señal; las voces simplemente desaparecen.

Levanta la mirada y ve el letrero de la calle en la esquina del edificio.

Dice: Kobbergade.

28

TIM

MOVIÉNDOSE POR LA CALLE, mantiene los sentidos muy alerta.

Alan está cerca ahora. Tim puede sentirlo más próximo a cada paso. Olfatea el aire en busca de cualquier olor. Hay muchos: asfalto, caucho, humo de escape, hierba, algo podrido en un cubo de basura, incluso rastros de lasaña, pescado frito y otras cosas que la gente había cenado. Pero no percibe ese característico olor a cal. Tal vez la brisa venga en dirección equivocada. Tal vez Alan todavía no esté lo bastante cerca. O quizá…

«Quizá ha dejado de oler. Yo lo hice, y Buddy también. Una vez que la sustancia negra desaparece, el olor también lo hace.»

Eso significa que Tim debe fiarse de otros sentidos si quiere encontrar a Alan. Así que mantiene ojos y oídos bien abiertos.

Cada vez que pasa un coche, se asegura de mirar hacia otro lado.

Al pasar junto a un callejón en el lado opuesto de la calle, de repente escucha: —«No puedo dejar que me pillen. Todavía no.»

Son los pensamientos de Alan. Desde dentro del callejón.

Su ritmo cardíaco se acelera. Cruza la calle sigilosamente y se prepara mientras contempla el oscuro pasaje entre los edificios. Puede distinguir la valla de madera al fondo, un par de contenedores, una bicicleta con una rueda rota y más basura. Pero no ve a Alan.

Lo escucha, sin embargo. Respira rápido.

Tim empieza a caminar despacio por el callejón.

—¿Alan?

La respiración se detiene.

—Soy yo. Tim.

Durante un par de segundos, nada ocurre.

Luego oye movimiento detrás de uno de los contenedores y aparece una cabeza.

—¿Tim? ¡Hostia…! ¡Eras la última persona que esperaba ver!

Su voz es reconocible, aunque se ha vuelto un poco más grave y rasposa. Parece que las palabras salen más desde el fondo de la garganta.

Tim se acerca mientras Alan sale de detrás del contenedor. El veterinario se sujeta el brazo izquierdo, envuelto en algo que parece la manga arrancada de una prenda. La visión es grotesca. Aún lleva el pijama y nada en los pies. Su pelo está desordenado y visiblemente más fino que ayer. Aunque se inclina ligeramente, con los hombros encorvados para proteger el brazo herido, Tim nota que mide varios centímetros más.

Sus rasgos también han cambiado. A pesar de las sombras, Tim distingue bien su rostro. Y eso le hace hundirse el corazón. Los ojos de Alan están completamente sin pupilas y parecen demasiado

grandes para su cara. La boca es demasiado ancha y los labios han desaparecido.

Al acercarse a Tim, se mueve de forma extraña, rebotando un poco, sin estirar del todo las rodillas. Parece una mantis religiosa caminando erguida.

—Me alegra verte, amigo —dice, con una sonrisa torcida asomando en su boca—. ¿Cómo me encontraste?

La pregunta sorprende a Tim. Suponía que Alan también podía captar sus pensamientos. O quizá sentir su presencia desde lejos. Al parecer, no.

—Fui a hablar con Lis —responde Tim—. Estaba muy preocupada.

—Sí, me lo imagino —dice Alan, y se detiene, bajando la mirada en un gesto que Tim interpreta como arrepentimiento—. Sabes, no pude hacerlo con ella. ¿Qué te parece? Tonto, ¿no?

Tim traga saliva. —No, lo entiendo.

Alan sigue junto al contenedor. Entre ellos hay unos cinco metros de distancia. Una separación con la que ambos parecen cómodos.

Alan entrecierra los ojos hacia Tim. —¿Lo hiciste…? ¿La cambiaste?

Tim niega con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No pude. Llegó la policía.

No sabe de dónde sale esa respuesta, pero es la correcta. La mención de la policía pone visiblemente tenso a Alan.

—Joder. ¿Te vieron?

—Creo que no. Salí de allí sin que se dieran cuenta.

—Buena jugada, amigo. Buena jugada. —Lo observa de arriba abajo—. Veo que tú también vas progresando. Tenía que decirlo,

esperaba que estuvieras más avanzado que yo, siendo que lo cogiste primero y tal. Pero bueno, parece que voy ganando la carrera, ¿eh? —Se ríe. El sonido es tan horrible que hace que la piel de Tim se estremezca. Suena como la risa de Alan, pero más discordante. Como si se riera dentro de una lata.

—¿Qué pasó con tu brazo? —pregunta Tim, queriendo desviar la atención de sí mismo.

—¿Esto? Oh, nada. El último me dio con un cuchillo, eso es todo. Me cortó bastante profundo.

—Necesitarás atención médica.

—¿Qué? ¿Estás loco? No, mira, no es para tanto.» Desenvuelve el paño para mostrar un tajo en el bíceps. La piel está manchada de sangre seca. Toda sangre parece negra en la oscuridad, pero Tim puede distinguir que la de Alan realmente lo es. —«Mira eso» —dice el veterinario, sorprendido—. «Ya está empezando a curarse. Pasaron unos veinte minutos.» Vuelve a enviarle esa sonrisa burlona a Tim. —«Supongo que eso es otra ventaja, ¿eh?

—Supongo.

Tim espera, sin saber exactamente qué hacer. Hasta ahora ha estado tanteando a Alan. Percibe claramente que no están en la misma onda sobre lo que debe suceder. Eso significa que si quiere que se detenga, tendrá que obligarlo físicamente. Y no está seguro de cuán fuerte o rápido es Alan. Está claramente más transformado que Tim, lo que podría indicar que también es físicamente superior, pese a que Tim todavía parece tener ventaja en alcance y peso.

Lo único claramente a favor de Tim es que Alan cree que está de su lado.

—¿Y los dedos? —pregunta Alan, dejando caer el paño para mostrar sus manos. Ambos tienen seis dígitos, un pulgar extra en cada mano—. ¿Ya los tienes?

Tim muestra su mano brevemente.

—Van bien.

—Ayudan a agarrar cosas. ¿Cuántos llevas hasta ahora? Yo tengo cuatro.

Tim tarda un momento en darse cuenta de que Alan ya no habla de dedos, sino del número de personas que ha infectado.

Por suerte, no tiene que contestar, porque en ese instante ambos escuchan un coche acercarse. Alan se lanza detrás del contenedor, y Tim se pega a la pared, apoyando la espalda contra una puerta.

Segundos después, un vehículo pasa despacio. Luces rojas y azules parpadean por el callejón. El coche de policía sigue de largo.

Alan sale sigilosamente de su escondite y mira a Tim.

—Tenemos que tener cuidado, amigo. Ya me están siguiendo. Hay que movernos rápido, ¿sabes? Pero sin ser vistos. Repartámonos, para cubrir diferentes partes de la ciudad. Así somos menos vulnerables.

—Tienes razón.

—Yo digo que vayamos a los fáciles —continúa Alan—. Adolescentes y ancianos. Mujeres. Gente que no sospeche nada y que no pueda defenderse. No seas estúpido y no tomes riesgos como yo con el último tipo. Era fuerte, alerta, rápido para reaccionar.

Oír a Alan decir «adolescentes» provoca que la imagen de Helena aparezca en la mente de Tim. Y de repente siente que le arde pecho de rabia.

Alan parece dar por terminado el encuentro, porque se dirige hacia la valla.

—Espera, Alan.

Se gira para mirar atrás.

—Sí, ¿qué?

—¿De verdad crees… que esto es lo correcto?

—¿A qué te refieres?

—Ir por ahí infectando a gente. Convirtiéndolos en… lo que sea en lo que nos estamos convirtiendo.

Alan inclina la cabeza. El gesto es claramente animal. —«¿Quieres decir que no lo sabes?»

—¿No sé qué?

—En lo que nos estamos… convirtiendo, como dices.

—No —dice Tim con sinceridad—. No lo sé. Por favor, dime.

Alan duda un instante. Tim percibe que está considerando si confiarle la respuesta o no.

Luego, dice en voz baja: —Nos estamos convirtiendo en mucho más, Tim.

Tim va a decir algo más, cuando la puerta contra la que estaba apoyado se abre de repente.

TIM

TIM Y ALAN ESTABAN tan concentrados en la conversación que ninguno de los dos escuchó al hombre acercarse a la puerta.

Los sorprende a ambos cuando, de repente, sale al callejón, cargando un par de bolsas de basura llenas. Lleva zapatillas y un albornoz raído. Claramente no esperaba ver a nadie y se sobresalta al verlos.

—¡Joder, casi me dais un infarto! ¿Qué hacéis aquí…?

Alan reacciona tan rápido que, si Tim no lo hubiera esperado, no habría salvado al anciano.

Emitiendo un sonido entre gruñido y bufido, el veterinario se lanza sobre el hombre como un guepardo persiguiendo a una presa que ha invadido su territorio sin darse cuenta. Tim está más cerca de la puerta y del hombre, paralizado—otra razón por la que logra interceptarlo.

Salta hacia adelante y agarra a Alan por un costado, rodeándolo con ambos brazos. Girando hasta la mitad de un círculo, Alan se

libera agitando los brazos. Retrocede, fulminando a Tim con la mirada como si le hubiera traicionado de la manera más cruel.

—¿Qué demonios haces? —brama, ya sin mantener la voz baja. Las palabras retumban como el rugido de un oso grizzly, mientras la nota discordante y aguda de fondo se hace más pronunciada, casi como si hablaran dos personas a la vez.

—¡No lo hagas! —grita Tim, extendiendo ambas manos. Es lo único que se le ocurre. El anciano está detrás de él y, salvo por dejar caer las bolsas de basura, no ha movido un músculo.

¡Entra! —grita Tim por encima del hombro, sin mirar atrás, temiendo apartar la vista de Alan. Sabe que la puerta no detendría a Alan si se decide a ir tras el hombre, pero al menos lo ralentizará un poco.

—¿Por qué lo proteges? —ruge Alan, escupiendo desde su enorme boca sin labios. Solo ahora, con la boca completamente abierta, Tim ve que sus dientes se han vuelto puntiagudos. También son más blancos, casi brillantes.

Joder. Realmente es un depredador…

—Voy a llamar a la policía —carraspea el anciano desde atrás.

—¡No! —grita Tim, girando la cabeza a medias—. No llames a nadie. Vuelve a dentro y olvida esto. No tienes que…

Mirar a Alan por un segundo es suficiente para que haga un movimiento. Tim lo oye y logra saltar hacia un lado en el último momento, cortándole el paso de nuevo. Esta vez, Alan se detiene antes de chocar.

No retrocede, y ahora están muy cerca. El veterinario respira con fuerza—no por el esfuerzo físico, sino por la furia. A pesar de que

Tim le saca varios centímetros de altura, Alan parece listo para despedazarlo.

Detrás de él, Tim oye la puerta cerrarse y siente un alivio momentáneo.

Alan entrecierra los ojos y sisea: —¿Estás loco?

—Iba a preguntarte lo mismo —responde Tim, oyendo las palabras antes de saber exactamente qué iba a decir.

—¿En qué estabas pensando, lanzándote sobre él así? ¡No podemos hacer esto a lo loco! Tú mismo dijiste que debemos tener cuidado. Si atacamos a la gente por todas partes, nos atraparán.

Mientras habla, la expresión de Alan se suaviza un poco. No parece convencido del todo, pero sí menos enfadado.

—Ya están tras de ti —continúa Tim, mirando hacia la calle, insinuando el coche de policía que pasó antes—. Vas dejando migas de pan, Alan, y ellos las siguen. Si sigues así, te pillarán antes del amanecer.

Esto parece calar. El veterinario parpadea, sus ojos vacíos se tornan pensativos.

—Puede que tengas razón —concede.

—¡Tengo razón! Y lo sabes. La policía está organizada, Alan. Nosotros somos solo dos tíos a pie. Es cuestión de horas antes de que nos localicen y nos rodeen.

—Pero somos mucho más fuertes y rápidos que ellos —dice Alan, dando un paso adelante. Mira a Tim con una expresión ansiosa, como un perro rogando que le quiten la correa.

—¿Suficientemente rápido como para esquivar una bala? ¿Lo bastante fuerte como para escapar de la cárcel? —sacude la cabeza

Tim—. Tenemos que jugar con nuestras verdaderas fortalezas, Alan.

—¿Y cuáles son esas? —exige el veterinario.

Tim baja aún más la voz y se inclina hacia él, aunque la cara de Alan le haga querer retroceder.

—Sabemos cómo piensan. Conocemos sus protocolos. Así es como los derrotaremos.

Alan entrecierra los ojos de nuevo, pero esta vez claramente porque le gusta lo que oye.

Mientras Tim sigue hablando, su mente corre para idear una manera de apaciguar a Alan. Durante su breve enfrentamiento había quedado claro lo fuerte que es. Se liberó del abrazo de oso de Tim con facilidad. Es al menos tan fuerte como Tim, y eso se debe a que también está más transformado, porque ayer, un veterinario de mediana edad, no habría tenido oportunidad en un combate cuerpo a cuerpo con Tim.

Ahora, sin embargo, tiene muchas más probabilidades de imponerse. De modo que cogerlo directamente está fuera de toda posibilidad. Si Tim lo hiciera, Alan probablemente escaparía para continuar su racha de infecciones y jamás volvería a confiar en él. O peor, podría matarlo. Esos colmillos parecen lo bastante afilados como para abrir una yugular.

Tim comprende que necesitará ingenio y astucia para someter a su amigo. Tendrá que atraerlo a algún tipo de trampa.

—Tienes razón —dice Alan, asintiendo con énfasis—. Tienes razón, Tim. Gracias por detenerme.

Da una palmada en el hombro de Tim.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos?

Tim está a punto de responder cuando ambos oyen un motor.

—¡La policía! —susurra Alan—. Nos dividimos. Nos veremos en la Plaza Mammoth. Dentro de una hora.

—Espera, Alan...

Es demasiado tarde. Alan va hacia la valla y, esta vez, no se detiene. Salta sobre ella y desaparece de la vista.

30

TIM

APENAS ALAN HABÍA DESAPARECIDO cuando el coche de policía vuelve a aparecer, esta vez circulando en sentido contrario. Y se detiene justo fuera de la vista. Tim lo sabe porque las luces se apagan y oye abrirse las puertas.

Tim está a punto de seguir a Alan por la valla cuando se le ocurre una idea mejor. Se dirige a la puerta por la que había salido el anciano. Saltando sobre las bolsas de basura, Tim gira el pomo y descubre que está cerrada, como sospechaba.

La puerta parece bastante vieja y podría patearla sin problemas, pero no quiere hacer tanto ruido. Los policías, ya que puede oírlos hablar, siguen justo fuera del callejón. Así que Tim simplemente agarra el pomo con ambas manos, pensando: «No puedo con esto. Soy fuerte, pero no tanto…»

Resulta que sí.

Antes de poner toda su fuerza, el pomo cede con un chasquido bajo. No se rompe, pero algo dentro sí, porque gira libremente y la

puerta se abre de golpe.

Tim se desliza dentro y se encuentra en un pequeño recibidor con poca luz, abarrotado y oliendo a barro y cuero. Hay una estrecha escalera que sube y una puerta directa al frente. Escuchando un latido, percibe pasos apresurados al otro lado de la puerta. Cruza la habitación en tres pasos largos, abre de golpe y se topa con el anciano—todavía con la bata, pero ahora también armado con una sartén pesada. El hombre grita y, por instinto, balancea la sartén hacia la cabeza de Tim.

Tim le quita la sartén tan fácilmente como si él mismo se la hubiera dado.

El hombre parpadea sorprendido y retrocede tambaleándose. Pareciendo que va a pedir ayuda a gritos, Tim coloca un dedo sobre su boca y lo hace callar.

Obediente, el hombre cierra la boca.

—«No estoy aquí para hacerte daño» —dice Tim, lo que parece recordarle que Tim realmente lo protegió en el callejón hace unos minutos.

—¿Dónde… dónde está el otro? —pregunta, mirando hacia la puerta.

—Se ha ido —lo tranquiliza Tim.

Escucha un zumbido. Esta vez no en su cabeza. Es el intercomunicador.

—Es la policía —dice el hombre, con los ojos más abiertos y los labios temblorosos—. Les llamé. Sé que me dijiste que no lo hiciera, pero lo hice…

—Está bien —responde Tim—. Puedes hablar con ellos en un momento. Solo te pido que les entregues un mensaje. ¿Qué tal tu memoria?

El hombre parpadea, sorprendido por la pregunta. —Eh… bien, supongo.

Tim lo mira un momento y decide: —No. Es demasiado importante. Necesito asegurarme de que reciban los detalles correctamente. Busca papel y bolígrafo.

El hombre necesita un segundo más para procesar lo que Tim acaba de pedir. Cuando lo entiende, se da la vuelta y se dirige arrastrando los pies por el pasillo. Tim lo sigue hasta una diminuta cocina. Platos sucios apilados, junto con docenas de botellas de cerveza vacías. El aire pesado huele a grasa de bacon, alcohol y restos de café.

—Eh, toma esto —dice, sacando una tarjeta de Navidad del frigorífico—. Puedes escribir en la parte de atrás.

Tim aparta algunos platos y coloca la tarjeta sobre la mesa.

—Un bolígrafo, un bolígrafo —dice el hombre, palpándose el pecho y las caderas, como si la bata tuviera bolsillos, y luego sale de la cocina. Vuelve un momento después y le entrega un bolígrafo.

Tim lo toma y comienza a escribir.

Mientras entra en el apartamento y habla con el anciano, un plan se ha ido formando en su mente. Es asombroso cómo ahora puede hacer varias cosas a la vez. Anya siempre le reprochaba que apenas podía mantener una conversación mientras servía el café.

«Habrías estado orgullosa de mí, cariño.»

El hombre suelta un resoplido que apenas logra contener con la mano.

—¿Qué? —pregunta Tim.

—Nada —dice, sacudiendo la cabeza—. Es solo… tus manos…

—Oh —gruñe Tim, mirando sus dedos extra, que ahora son visiblemente más largos que la última vez que los revisó—. Sí, lo sé. Nací así.

Vuelve a sonar el timbre.

—¿Puedo… puedo contestar? —pregunta el anciano, más nervioso ahora.

—Sí, contéstales —dice Tim—. Pero no los dejes entrar todavía. Diles que necesitas un minuto.

—Oh, vale. Claro —Se apresura por el pasillo.

Tim lo escucha hablar por el intercomunicador mientras termina la nota. El hombre les dice, tal como Tim le indicó, que necesita un minuto antes de abrir la puerta.

Cuando todo lo que Tim necesita que la policía sepa está anotado en la tarjeta de Navidad, la repasa rápidamente:

«Nombre: Tim Iversen.

Porto una espora peligrosa. Infeccionó sin saberlo a Alan Andersen. Infectó a Clara y a Johan Birk. Quienes hayan estado en contacto con ellos podrían estar infectados también. Alan afirma haber infectado a cuatro personas en total. Posiblemente también a su esposa, Lis Andersen, y a su criada. Rastrear a todos y aislarlos. No arriesgarse.

Alan es poco colaborativo y extremadamente hostil. Creo que puedo capturarlo. Me entregaré luego.»

Decide añadir tras su nombre: «MSgt, retirado». No está seguro por qué siente la necesidad de informar que es veterano, pero seguro que ya lo comprobarán de todos modos, probablemente ya lo hicieron tras su desaparición en casa de Lis.

Está a punto de dejar la tarjeta, cuando recuerda algo vital. Rápidamente añade una línea más:

«Mi perro está en mi camión, aparcado fuera de la casa de Alan. Cuídenlo bien.»

Justo cuando deja la tarjeta y el bolígrafo sobre la mesa, oye la puerta principal abrirse y dos pares de botas entrar al pasillo.

—¿Tú eres Gunnar?

—Sí, soy yo quien os llamó. ¡Uno de ellos todavía está aquí! ¡En la cocina!

Tim se dirige a la ventana, la abre y salta.

Cuando la policía llega a la ventana abierta y mira hacia afuera, Tim ya está a medio bloque de distancia.

31

VERONICA

DECIDE REVISAR A LEO antes de irse a la cama.

El primer signo positivo es que el horrible olor afrutado ha desaparecido. La ventana ya no está abierta y la temperatura de la habitación casi ha vuelto a la normalidad.

Leo está tumbado boca arriba, cubierto desde el ombligo hacia abajo por una manta. Sus manos están cruzadas sobre el pecho y, si no fuera por el hecho de que respira profundamente, parecería un cadáver listo para un ataúd abierto. Ha dejado de nevar afuera y una pálida luz gris de luna entra por las cortinas, bañando el cuerpo pálido de Leo con su resplandor.

Sylvia no mentía; claramente está mejor. El sarpullido ha desaparecido casi por completo. Ha dejado totalmente su rostro y apenas quedan unas pocas rayas en sus brazos y torso.

«Gracias a Dios. Al final lo superó.»

Verónica se acerca a la cama.

—¿Leo? ¿Cariño? ¿Estás despierto?

Su respiración se detiene por un instante, como si la escuchara, pero no abre los ojos ni responde.

La expresión de Leo es casi serena; una sonrisa satisfecha se dibuja en sus labios. Por alguna razón, esa sonrisa la incomoda un poco.

Simplemente está feliz de no sentir dolor.

Ella realmente quiere hablar con él. Asegurarse de que realmente esté mejor. Por otro lado, no quiere molestarlo. Probablemente esté agotado tras haber combatido la extraña infección y necesita descansar.

Está a punto de darse la vuelta y salir cuando nota algo moviéndose en el hombro de Leo. A primera vista, piensa que es una araña y está a punto de apartarla, pero observa más de cerca. Lo que se mueve es el crecimiento musgoso. Pero no se dirige a ningún lado. Más bien, está desapareciendo ante sus propios ojos. Parece un vídeo en time-lapse de plantas brotando del suelo… pero al revés. El musgo se retrae dentro de la piel de Leo.

A diferencia de lo que vio en sí misma y en el pájaro, el musgo de Leo no se ha vuelto gris y apagado. Al contrario, ahora parece aún más brillante y vibrante bajo la lúgubre luz de la luna.

Aun así, debe ser buena señal que se vaya y que Leo ya no sufra. Al menos, Verónica se esfuerza en convencerse de eso.

Sin quererlo, recuerda la sonrisa de Leo: «No voy a morir.»

Vuelve a mirar su rostro y siente algo extraño. Su cerebro le dice que está viendo a Leo, el chico con el que lleva varios años saliendo y a quien conoce bastante bien. Pero, al mismo tiempo, parece que

la persona en la cama es un completo desconocido. Alguien que nunca había conocido.

«Es ridículo. Deja de asustarte a ti misma.»

Pero no puede quitarse la sensación de encima, y cuanto más mira el rostro de Leo, más desconocido le parece. ¿Han cambiado ligeramente sus rasgos? ¿Su mandíbula es un poco más larga? ¿Su boca medio centímetro más ancha? ¿Su frente más alta? ¿O es solo un juego de sombras?

—¿Verónica?

La pregunta es suave, pero la hace sobresaltarse.

Se gira y ve la silueta de Molly asomándose desde el pasillo.

—¿Está despierto el tío Leo? —susurra la niña.

—No, está… está durmiendo —murmura Verónica, obligando a su corazón a bajar del cuello.

—¿Puedo entrar a verlo?

—«Creo que es mejor dejarle descansar» —Verónica consigue sonreír. No está segura de que la niña pueda verla en la oscuridad—. Vete a la cama, Molly. Vuelvo en un momento.

—Está bien.

Se marcha en silencio.

Verónica echa un último vistazo a Leo. Y de inmediato se arrepiente de haberlo hecho. Porque lo que ve está completamente mal.

Son sus manos, todavía cruzadas. Las manos suaves y cortas de Leo con uñas mordidas. Ahora, sin embargo, sus dedos son tan largos que las puntas alcanzan la muñeca de la mano opuesta. Y sus uñas son visiblemente más gruesas y largas.

«Dios. Parecen las manos de Drácula.»

Verónica se esfuerza por encontrar una explicación lógica. Ha oído que ciertas enfermedades pueden alterar la apariencia de las manos, como la artritis severa, pero ¿en cuestión de horas?

No puede permanecer más tiempo en la habitación. Sale disparada hacia la puerta. Al detenerse, un impulso repentino la hace sacar la llave desde el interior y volver a introducirla desde fuera. Al cerrar la puerta, tiene la clara sensación de que acaba de ver a Leo por última vez.

Y tiene razón.

32

TIM

TIENE UNA HORA PARA idear cómo engañar a Alan y llevarlo a la cautividad.

O más bien cincuenta y cinco minutos, porque ya han pasado los primeros cinco en el apartamento del viejo escribiendo la nota para la policía. Ahora solo puede esperar que se lo tomen en serio.

La plaza Mammoth está al otro lado de la ciudad, probablemente por eso Alan la eligió. Lo alejará de donde la policía lo está buscando. Cruzar la ciudad es una caminata de dos horas, pero, por supuesto, para Alan y Tim no debería llevar más de diez minutos.

Mientras corre por las calles, mantiene un ritmo moderado. Siempre que pasa algún paseador de perros tardío o un coche, reduce la velocidad a un trote normal. No quiere llamar más la atención de la necesaria; ya es bastante visible, trotando sin chaqueta ni zapatos en la fría noche.

Siente que su fuerza empieza a flaquear y se da cuenta de que tiene un hambre voraz. Necesita comer algo si va a tener alguna

posibilidad de detener a Alan. Así que gira y se dirige al McDonald's de Østergade, que sabe que está abierto toda la noche. Suele usar el drive-thru tras alguna salida nocturna de copas. Buddy generalmente cogía una bolsa de nuggets, que comía con gran...

—¿Qué me está pasando?

Las palabras surgen de la nada, fuertes, claras, penetrantes. No es Alan, sino una mujer. Hay miedo y confusión en su voz. Tim se detiene en seco y escucha atentamente. Intenta sintonizar el canal de su mente para captar los pensamientos de la mujer.

Concentrándose al máximo, logra escuchar un poco más. Lo que transmite es: —¡Dios mío! ¡No tienen ni idea de cómo detener esto!

Pero no puede mantener la señal, y las palabras se desvanecen en unos segundos.

Es suficiente, sin embargo; sabe de inmediato por lo que está pasando la mujer. Y sabe que, en unas pocas horas, ella estará corriendo por la ciudad como Alan.

No era Clara Birk. Era una voz que Tim no había escuchado antes. Por lo que escuchó, asume que la mujer está bajo custodia de la policía. Además, Clara Birk no está lo suficientemente avanzada como para estar transformándose ya.

¿O sí?

La verdad es que Tim no tiene idea. Alan seguramente se transformó mucho más rápido que él. Quizá el veterinario era más susceptible. O quizá lo negro está mejorando. Tal vez ahora conoce el plan, reconoce el ADN humano y no necesita casi tiempo para transformar un cuerpo.

El pensamiento tiene sentido. Tim no puede probarlo, salvo por lo que su intuición le dice. Pero de repente, otra realización le llega. La razón por la que Buddy ha sobrevivido, pero no se ha transformado.

La espora podría estar infectando todo lo que pueda… pero solo le interesan los humanos.

Esto también explica lo del liebre, y por qué tanto ella como Buddy fueron «resucitados». Buddy sobrevivió a una inyección letal, y la liebre a un cuello roto. En ambos casos, lo negro seguía vivo y activo en sus cuerpos al morir.

En su memoria, escucha la voz áspera de Alan: —Huh, ¿lo ves? Ya está sanando. Pasaron como veinte minutos.

Al igual que sanó la puñalada de Alan con rapidez extraordinaria, la espora también regeneró los huesos rotos y los nervios espinales desgarrados de la liebre, y repelió el veneno del sistema de Buddy y reinició su corazón. Simplemente no permitió que murieran. La espora reclamó sus cuerpos para evaluar si eran huéspedes viables.

Pero una vez que se dio cuenta de que ni el perro ni la liebre eran adecuados, simplemente los abandonó, dejando que lo negro se marchitara y se deslizara sin iniciar la transformación. Por eso Alan no dejó rastro de la espora en su cama: lo había integrado en su sistema.

Ahora que Tim lo entiende, todo es obvio.

La única pregunta que queda es: ¿por qué la transformación en él va mucho más lenta?

—«Algo falta…»— recuerda las palabras que se repetían en su mente toda la noche.

Y finalmente encaja todo. La última pieza del rompecabezas. O más bien, la pieza que faltaba en su cerebro.

No pudo apoderarse de mí debido a mi condición. Tampoco pudo abandonarme. Quedó atrapada a medio camino.

Tim permanece unos segundos inmóvil, mientras la realización lo golpea por completo. La ironía casi lo hace estallar en risa.

Por primera vez en su vida, se siente afortunado de ser un freak.

33

TIM

CUANDO TIM LLEGA A Mammoth Square exactamente veinte minutos después, lo encuentra prácticamente vacío. Hay algunos coches estacionados aquí y allá, probablemente de personas que viven en los alrededores, pero la mayor parte del estacionamiento está desocupada.

Debajo del suelo está el verdadero estacionamiento, y es allí donde Alan le dijo que se encontraran, así que Tim se dirige hacia las escaleras de concreto en el centro de la plaza. Justo al lado del hueco de las escaleras está la gran estatua de bronce de un mamut alzando la cabeza, apuntando su trompa al cielo. La estatua está iluminada desde abajo por dos grandes proyectores amarillos.

Tim encuentra la escalera completamente oscura. En la pared hay luces incrustadas cada seis pies más o menos, pero todas han sido destrozadas.

«Sé quién hizo esto», piensa Tim, sacando su teléfono.

No sabe el número de la policía local, así que simplemente marca el 1-1-2. Al poner el teléfono en su oído, nota que el sonido del helicóptero se ha detenido hace unos minutos. Se imagina a los soldados movilizándose en algún lugar de la ciudad en ese momento.

Una mujer responde casi de inmediato.

—Centro de emergencias, ¿en qué podemos ayudar?

—Sí, eh, mi nombre es Tim Iversen. Llamo desde Hornsted. Por favor, díganle a la policía que estoy en Mammoth Square y que tengo al tipo que buscan, Alan Andersen.

Una breve pausa.

—Necesitaré un poco más de información.

—Solo díganles. Sabrán. Alan Andersen. Asegúrense de que lleguen lo antes posible.

Cuelga y apaga el teléfono. Por ahora no lo necesitará. Y la policía no dudará en usarlo para rastrearlo si lo mantiene encendido.

Luego comienza a bajar las escaleras.

Sus ojos se adaptan a la oscuridad casi de inmediato, y a pesar de que todo el sótano está completamente a oscuras, pero puede distinguir todo perfectamente, excepto por un tenue resplandor de la ciudad que entra por las dos entradas diagonales. No es que haya mucho que distinguir. Además de los pilares de concreto, los conductos de ventilación bajo el techo, los basureros y un puñado de coches, no ve nada de interés.

Pero escucha algo.

Y es entonces cuando finalmente se da cuenta: «No he escuchado los pensamientos de Alan desde que nos separamos.»

No sabe exactamente qué significa eso. Tim claramente no ha perdido la capacidad de captar pensamientos, porque hace minutos escuchó a la mujer. Tal vez Alan descubrió cómo bloquearlo. O tal vez… tal vez Alan ya no piensa. Al menos, no en palabras que Tim pueda entender.

Esa última explicación, aunque le deja un vacío, parece plausible. Y lo que Tim está a punto de presenciar confirma su sospecha.

El sonido proviene de la esquina noreste del estacionamiento, que está más alejada de ambas salidas.

Esforzando la vista mientras camina por el piso de concreto, Tim ve una figura allí. Tiene la espalda vuelta, pero Tim reconoce lo que queda del pantalón de pijama a cuadros. La camisa casi ha desaparecido. La piel de Alan, que se ve en varios lugares, se ha vuelto gris oscuro, incluso negra en algunas partes, y parece dura y semejante al cuero. Casi como la de un lagarto.

Si Tim no supiera mejor, pensaría que Alan está vomitando. Está encorvado, con la cabeza agachada, apoyado contra la pared con una mano, y los ruidos que emite son húmedos y guturales. Tim también escucha cómo algo gotea al suelo, y algo que solo puede describirse como chasquido húmedo. Casi como alguien masticando desordenadamente, interrumpido por chasquidos agudos ocasionales, como ramas rompiéndose.

Alan no está vomitando. Lo que hay en el suelo no sale de él. Está entrando.

Lo que lo delata es lo que hay en el suelo.

Ya no es realmente una persona.

Salvo por un par de zapatos y una mano cortada que todavía lleva un anillo de bodas, casi nada indica que el montón de sangre había sido un hombre de mediana edad.

Mientras Tim observa horrorizado, avanzando un poco más, Alan se agacha para agarrar una fila de costillas con carne todavía adherida. Usa su pie para presionar la columna, evitando que todo el cadáver se levante del suelo. Mientras tira con más fuerza, la mayoría de las costillas se desprenden con un sonido jugoso muy similar a cuando rompes un muslo de pavo asado. Luego, con el entusiasmo de un niño comiendo costillas a la barbacoa, Alan se lanza a comer, produciendo gruñidos y gemidos de placer.

En este punto, Tim duda y casi se da la vuelta. No tanto por miedo a morir—sino principalmente porque lo que ve le hace dudar de que todavía pueda comunicarse con su amigo, y mucho menos razonar con él.

Tim mira sus propias manos y ve que el segundo par de pulgares no ha crecido desde la última vez que revisó.

«Ya no me estoy transformando.»

Siente un alivio repentino. No está exactamente encantado de andar con ese cuerpo mitad alienígena, pero aun así lo prefiere al de Alan. Si resulta que Tim se queda permanentemente en esta etapa del proceso, aún se considerará afortunado.

Al mirar a su amigo devorando los restos humanos, no puede evitar sentir una profunda punzada de simpatía.

«Realmente lo siento por esto, Alan. Nunca debí llamarte.»

Está a punto de dar un paso hacia adelante, cuando Alan lo percibe y se gira bruscamente.

Todo lo que Tim puede hacer es contener un jadeo.

34

VERONICA

ESA NOCHE, VERONICA TIENE una pesadilla terrible.

Sueña que el musgo negro le sale de los ojos y de la boca, asfixiándola, llenando su cráneo y dejándola incapaz de moverse, hablar o pensar.

También sueña con hombres lobo. Bestias enormes, semejantes a humanos, que deambulan por la oscuridad nevada fuera de la cabaña. Y en algún momento, incluso oye a uno de ellos aullar. El sonido está lleno de dolor, tan agudo, que la despierta. Al levantar la cabeza de la almohada, ve a Molly mirándola desde la otra cama. Los ojos de la niña están muy abiertos, aterrorizados.

—¿Oíste eso? —respira la niña—. Alguien gritó.

La mente de Veronica sigue cubierta por las imágenes de la pesadilla, y no puede discernir si realmente está despierta o no.

—Creo que solo fue el viento —dice.

—No, el viento se ha ido —insiste Molly—. Escucha.

Veronica escucha, y se da cuenta de que el rugido que oye es en realidad su propio pulso retumbando detrás de los tímpanos. Molly tiene razón; el viento ha cesado por completo. La noche está absolutamente silenciosa. Los dígitos brillantes del despertador marcan las 4:21.

Y luego viene otro grito. No tan fuerte, y con menos fuerza detrás. Suena menos a alguien con dolor y más a alguien muriéndose.

Molly jadea y abraza su manta más fuerte. —¿Ves? Te lo dije…

—Fue un animal —dice Veronica, intentando sonar despreocupada —. Un ciervo o algo así. Pueden gritar bastante fuerte cuando quieren.

—Creo que sonaba más como una persona —insiste Molly.

—No, era un ciervo. No te preocupes, cariño. Intenta volver a dormir.

Veronica se recuesta, sintiendo su corazón latir con fuerza. Está confundida y exhausta, y casi se había vuelto a dormir cuando Molly dice:

—No puedo dormir, Veronica. Realmente necesito hacer pipí.

Veronica fuerza sus ojos a abrirse de nuevo.

—Está bien, entonces… ve a hacer pipí.

Molly, ahora sentada en su cama, mira a través de la habitación.

—No… no quiero ir sola allí afuera.

Veronica suspira.

—Está bien, iré contigo.

—Lo siento mucho, es solo que…

—Está bien, de verdad. Vamos.

Veronica quita el edredón y se levanta de la cama. Sus extremidades se sienten como si alguien les hubiera echado arena. Molly toma su mano, y Veronica la guía hasta la puerta. Al abrirla, se estremece al sentir una ráfaga de aire frío. Claramente, la chimenea ya no está encendida.

Al pasar por el dormitorio de sus suegros, puede escuchar a Flemming roncando adentro. Abre la puerta del baño, alcanza el interruptor y enciende la luz.

—Listo —dice, entrecerrando los ojos hacia Molly—. ¿Quieres que espere aquí afuera?

—Sí, por favor —dice la niña, entrando al baño y cerrando suavemente la puerta.

Veronica se recuesta contra la pared y bosteza.

Otra ráfaga fría rodea sus piernas desnudas, dándole escalofríos.

«¿Habrá alguna ventana abierta en algún lugar?»

Camina por el pasillo y se detiene junto a la puerta de Leo. Puede darse cuenta de inmediato de que el frío proviene de la rendija bajo la puerta. Está a punto de abrirla, pero entonces recuerda que la había cerrado con llave y que la llave está en su habitación. En su lugar, se inclina y escucha. No hay sonidos.

—Leo —susurra—, ¿estás despierto?

No hay respuesta.

Verifica que la puerta esté realmente cerrada. Lo está. Lo que significa que nadie más ha entrado en la habitación desde que Veronica lo hizo.

Leo debe haber abierto la ventana él mismo. ¿Le habrá regresado la fiebre?

No lo cree. Y no tiene tiempo de pensarlo más, porque escucha la descarga del inodoro y vuelve a la puerta del baño. Molly sale, y ambas regresan a la cama.

Justo cuando Veronica apoya la cabeza en la almohada, Molly pregunta:

—¿Puedo dormir contigo?

Sorprendida, Veronica mira a la niña sentada al borde de su cama. —¿Quieres decir que quieres dormir en mi cama?

—Uh-huh. Lo siento, sé que es tonto. Es solo que…—Mira la ventana—. Ese grito. Todavía estoy un poco asustada.

—Claro, ¿por qué no? —dice Veronica, acurrucándose más cerca de la pared—. Supongo que podemos caber las dos aquí.

Molly trae su edredón y se sube junto a Veronica. Se acuestan cerca, pero sin tocarse. La niña suspira profundamente, y en menos de un minuto, Veronica puede notar que ya está dormida. Al observar la parte trasera de la cabeza de Molly, Veronica no puede evitar sonreír. También se siente menos ansiosa al compartir la cama con alguien.

Justo cuando se está quedando dormida, escucha algo.

Es una serie de chillidos rítmicos y lastimeros. Crecen en volumen, hacen una pausa de unos segundos, luego continúan y se desvanecen.

Veronica se incorpora sobre su codo. Una vez más, no puede distinguir si es algo de su sueño o algo real.

Pero juraría que escuchó pasos en la nieve justo afuera de la ventana.

35

TIM

ALAN —O LO QUE fue Alan— es un espectáculo espantoso.

Su cráneo está completamente calvo y tiene una forma extraña. El rostro parece casi encogido, los rasgos comprimidos hacia el centro. Sus ojos apenas se parecen al tipo que Tim conocía: las pupilas han desaparecido y también los iris, dejando las miradas en blanco, fantasmales.

En un instante, Tim ve de nuevo esas caras verdosas. Las que vio la noche en que murió. Tenían ojos anaranjados brillantes. Esperaba en cierta medida que Alan se pareciera a eso. Pero no es así. En absoluto. Aparentemente, esas caras extrañas eran imágenes aleatorias que la mente moribunda de Tim inventó.

La nariz de Alan es larga y achatada, los pómulos muy anchos, lo que le da un aire reptiliano. La boca está entreabierta: la mandíbula ha crecido con la cara y ahora parece lo bastante amplia como para tragar un balón de fútbol si la abriera del todo. Entre hilos colgantes de piel y carne, Tim atisba dientes rasgados y afilados como

navajas. En conjunto, queda muy poco de su amigo en aquel rostro grotesco.

Y sin embargo…

Sin embargo lo reconoce.

La criatura que tiene delante no parece completamente ajena. Se parece exactamente a lo que es: algo que se ha apoderado del organismo de Alan y lo ha transformado en otra cosa. Pero el patrón original sigue ahí. Los rasgos de Alan no han sido borrados; se han fusionado. Tal vez porque la transformación no ha llegado a completarse, o quizá porque el objetivo del proceso no era destruir a Alan, sino servirse de lo que ya estaba allí. La espora —es decir, la inteligencia que operaba dentro de ese ADN alienígena— parece haberse construido a partir del material original.

Mientras Alan desplaza el peso y da un paso hacia Tim, eso queda aún más claro. Por extraños e inhumanos que sean sus movimientos, Tim detecta un eco de la manera en que Alan solía andar. Y al empezar Alan a acercarse, lo que le permite a Tim mantenerse firme es reconocer ese modo de caminar de su amigo en aquellos miembros ajenos.

—Alan —dice—. Me alegro de verte, colega.

Le cuesta un mundo decirlo con naturalidad; hacerlo sonar como si se hubiera topado con su viejo amigo en el supermercado. Y parece lograrlo, porque Alan se detiene y ladea la cabeza. Durante un largo instante solo lo mira. Sus manos de seis dedos se abren y cerran —Tim observa unas uñas gruesas y curvadas en las puntas—. Aún le chorrea sangre fresca por la boca.

Está a punto de preguntarle si le reconoce, cuando Alan habla de repente.

—¿Tim?

La palabra suena como si saliera de muy lejos. Como si tuviera que tirar de ella desde lo más profundo de su memoria. Su voz está distorsionada, vibrante y quejumbrosa al mismo tiempo. Es como si un cocodrilo hubiera aprendido a hablar.

—Sí, soy yo —responde Tim, con tono casual, para ayudar a la memoria de Alan—. Perdona que me haya tardado un poco.

—Pensé que te habías ido —Alan pestañea—. ¿Problemas?

—Nah, fui con cuidado. Solo tuve que parar a comer. Veo que a ti te pasó lo mismo. —Asiente hacia el cadáver.

Alan no aparta la vista como Tim había esperado. En vez de eso, sonríe. Al menos eso parece. Un lado de su boca se alza excesivamente, casi hasta el ojo.

«Dios mío. Esa boca es lo bastante grande como para tragarme entero.»

No lo hace, pero podría abarcar el brazo de Tim, incluso la pierna, y a Tim le estremece imaginar cómo sería que todos esos dientes se clavaran en su carne.

—Tanta comida —gruñe Alan—. Por todos sitios.

—Sí, lo sé —responde Tim—. Una pena que no podamos comérnoslos a todos, o no nos quedaría nadie para unirse a la fiesta.

Como si eso le recordara algo, Alan examina a Tim de arriba abajo.

—¿Tú no cambias?

Tim se encoge de hombros.

—Supongo que soy de los que maduran tarde.

Es muy consciente del bolsillo trasero. Al entrar en el sótano del parking lo comprobó varias veces. Ahora le encantaría volver a hacerlo, pero no puede. Tiene que confiar en que no se le ha caído la cosa mientras caminaba. Si se le ha caído, está acabado. Así de simple. Estando tan cerca de Alan, Tim ya no se hace ilusiones: no podrá tumbarlo a puñetazos. No sin un arma.

No puede usarla mientras se miran así. Tiene que lograr que baje la guardia. Que se gire de lado, o al menos que mire para otro lado un segundo.

Tim está bastante seguro de que puede cerrar la distancia lo bastante rápido como para sorprenderlo. Solo necesita una rendija.

—Mira, tenemos que hacer un plan —dice, esperando desviar la atención de sí mismo.

Alan se limpia la boca con lo que queda de su manga, y Tim jura que por un instante la mano va hacia el pecho, donde antes guardaba el paquete de tabaco, como si le diera ganas de ese cigarro después de comer. No es un gesto consciente, más bien un hábito. Pero está ahí.

—Sí —gruñe Alan—. Plan. —Pestañea y mira a Tim como esperando que siga.

A Tim no le sale de la boca lo que va a decir antes de empezar a hablar. —En el ejército nos enseñaron que la estrategia surge del objetivo. ¿Cuál es el objetivo, Alan?

Alan baja ligeramente la barbilla y susurra una sola palabra. —Expandir.

—Sí. Expandirlo al mayor número posible. ¿Pero para qué?

Alan ladea la cabeza otra vez, interrogante.

—¿Por qué lo hacemos? —pregunta Tim—. ¿Cuál es el fin?

Alan lo mira largo rato. Tim no sabe si está pensando o intentando leerle la mente. Finalmente, Alan dice: —Aniquilación.

Tim asiente, ignorando el escalofrío que le recorre la espalda. —¿Todos los seres humanos del planeta, verdad?

—Correcto.

—Pero si hacemos eso, ¿qué nos va a quedar para comer?

La pregunta claramente lo desconcierta. Por primera vez sus ojos se apartan brevemente de Tim y van hacia el montón sangriento a sus pies.

Tim aprovecha para dar un paso más cerca. Lo hace lo más casual posible. Fingiendo que quiere asegurarse de que nadie les esté escuchando, baja la voz.

—No podemos comernos unos a otros, ¿no? Y no sé tú, pero yo no vuelvo a los sándwiches de pavo. Quiero carne fresca —Siente que ahora tiene toda la atención de Alan; la comida es un tema que le interesa, y percibe que ha llegado el momento—. Así que propongo que dejemos vivir a algunos. Considerarlos ganado. Los que no puedan huir ni defenderse. Los gordos. Los jugosos.

Alan literalmente empieza a babear y se lame la boca con una lengua fina, color ceniza, para que no gotee.

—Sí — sisea—. Jugosos.

—Exacto —le dice Tim, avanzando un paso más—. Cuanta más carne, mejor. Incluso podríamos... —Se calla de repente y mira a los lados. Sabe lo arriesgado que es estar tan cerca de Alan y apartar la vista. Alan podría inclinarse, abalanzarse y cortarle la garganta con las garras. Pero no lo hace. Se queda mirándolo fijamente.

—¿Qué? —susurra Alan.

Tim se coloca un dedo sobre los labios, es un viejo truco de mago: enseñar la mano vacía justo antes de cargarla con algo. En la unidad había un tipo, no recuerda el nombre, lo llamaban Copperfield; hacía trucos en las fiestas y Tim aprendió un par para hacer reír a Helena cuando era pequeña: sacar monedas de las orejas, cartas por la boca, esas tonterías.

—¿Has oído eso? —le pregunta a Alan, bajando la mano mientras se gira lo justo para ocultar que la otra mano va hasta el bolsillo trasero.

Alan solo niega con la cabeza, sus ojos vacíos están clavados en Tim. Las fosas nasales se le dilatan y Tim ve el pulso rebotar en sus sienes, haciendo vibrar la piel oscura.

—Creo que vienen —sigue Tim—. ¿Pero cómo demonios…? Espera, ¿hay una cámara?

Fija la mirada en un punto por encima de la cabeza de Alan. No hay nada. Pero Alan pica el anzuelo.

Gira la cabeza de repente.

En ese movimiento, Tim saca la jeringuilla, se inclina y la hunde en el cuello de Alan.

TIM

ALAN, O LO QUE solía ser Alan, deja escapar un rugido y de manera reflejo lanza un golpe a Tim incluso antes de girar la cabeza completamente.

Tim está más o menos preparado. Al menos sabía que tenía que alejarse de Alan en cuanto vació la jeringuilla en su cuello. Soltándola, retrocede mientras bloquea el golpe entrante.

Debería haberse agachado. Pero es un tipo alto. Agacharse nunca fue una buena defensa para él.

Consigue protegerse del golpe, pero las garras de Alan atraviesan su manga, su piel y se hunden en la carne de su antebrazo. Siente cómo los tendones se rompen mientras esas uñas afiladas como cuchillas los cortan. Si no fuera por el hueso, probablemente le habrían seccionado todo el brazo justo debajo del codo. En cambio, solo deja un tajo enorme y abierto, por donde la sangre empieza a brotar de inmediato.

Tim retrocede tambaleándose, agarrándose la herida. Alan gira para fulminarlo con la mirada, siente la confusión y la rabia apoderándose de su rostro. La jeringuilla sigue saliendo de su cuello. Tim no sabe si no la siente o si no le importa. De cualquier manera, toda su atención está fija en Tim y nada más.

Alan flexiona las rodillas, abre los brazos y por un momento parece retroceder. Entonces Tim se da cuenta de que se está enroscando antes de lanzarse en un salto directo hacia él. Tim se tira hacia un lado, esquivando por poco otro tajo mortal de las garras de Alan, que pasan a unos pocos centímetros de su cabeza.

Rueda sobre el hormigón, sintiendo un punzante dolor en su brazo herido, pero lo ignora y salta de nuevo. En cuanto se gira, Alan carga contra él otra vez. Tim no tiene nada con qué defenderse. No trajo nada porque estaba seguro de que Alan lo habría percibido al instante y habría reaccionado matándolo o escapando. Solo traer la jeringuilla ya había sido un riesgo enorme, pero uno que tenía que asumir. No había contemplado que el tranquilizante no funcionara.

Alan lanza varios golpes salvajes y a Tim no le queda otra que esquivar y retroceder. No va a arriesgarse a que le corten más el brazo bloqueando más ataques, así que intenta simplemente huir.

Pero no puede. Alan es más rápido. Tiene a Tim efectivamente acorralado y se mueve a un lado cada vez que Tim intenta escapar, cortándole el paso. Tim pisa la sangre del cadáver y resbala, golpeando la espalda contra la pared de hormigón.

Alan aprovecha la ocasión y lanza un ataque total.

La última opción de Tim es luchar.

No ha usado sus habilidades de combate cuerpo a cuerpo en casi dos décadas, salvo una vez en un bar cuando un borracho le buscó pelea y Tim le torció el brazo hasta que se rindió. Por lo demás, nunca había peleado con nadie. Cuando mides casi dos metros, la mayoría de la gente es lo suficientemente sabia para mantenerse a raya.

Sin embargo, resulta que sus habilidades siguen ahí. De hecho, combinadas con su nueva velocidad sobrehumana, se sienten más frescas y potentes que nunca.

Bloquea los siguientes tres golpes de Alan, evitando cuidadosamente las garras. Se agacha, se mueve y conecta un gancho ascendente tan fuerte que hace que Alan retroceda tambaleándose.

Ese es el momento en que ambos se dan cuenta de que Tim tiene una oportunidad. Por la expresión momentáneamente desconcertada de Alan, está tan sorprendido como Tim. Apenas tiene tiempo de procesarlo antes de que Alan vuelva a cargar.

Tim está listo. Usando su propia velocidad en su contra, no intenta saltar fuera del camino, como Alan esperaba. En su lugar, se gira de lado, lo agarra por la cintura y lo lanza sobre su cadera, estrellándolo contra la pared.

Alan cae al suelo con un gruñido de dolor y sorpresa. Mientras se reincorpora rápidamente, Tim da un par de pasos atrás. Ahora han intercambiado posiciones y Tim ya no está acorralado. Podría salir corriendo. Pero algo lo retiene. Tal vez orgullo estúpido. Tal vez quiera demostrarse que puede derrotar a Alan.

De cualquier manera, Alan no duda. Deja escapar un rugido lo suficientemente fuerte como para hacer que los oídos de Tim zumben y se lanza de nuevo sobre él.

Ahora que Tim no está a la defensiva, va ganando. No es que haya sobreestimado la velocidad y fuerza de Alan, sino que ha subestimado las suyas propias.

Esquiva, se desliza o bloquea todo lo que Alan lanza. Se mueve constantemente y contraataca con patadas y puñetazos bien colocados. Queriendo evitar acercar las manos a la boca de Alan, se centra en el cuerpo. Cada vez que conecta una patada interior en la rodilla, Alan gime y se tambalea; cada vez que el puño o la rodilla de Tim golpea su abdomen, gruñe y jadea por aire.

Pronto empieza a jadear y a doblarse protegiendo los órganos. Su voluntad de pelear flaquea también, y es entonces cuando Tim empieza a apuntar más alto. Usando tibias y codos, conecta tres o cuatro veces en el cráneo de Alan, que de repente se derrumba.

Tim está tan concentrado en la pelea que le cuesta un par de segundos darse cuenta de que Alan ha caído.

Acurrucado en posición fetal, tose y resopla. Sangre brota de su boca y algunos dientes caen al suelo. Parece haber entrado en la inconsciencia o al menos en un estado de agotamiento total, y está claro que no se levantará.

«Santo cielo… lo he vencido…»

Aunque a Tim le encantaría atribuirse todo el mérito, no puede. El tranquilizante de la propia clínica de Alan ha hecho efecto finalmente y lo ha sometido. Tim no tenía idea de cuánta droga sería necesaria para pacificar a una persona, mucho menos a un híbrido alienígena,

así que simplemente llenó la jeringuilla por completo. Resultó ser la dosis correcta. Solo no había considerado el retraso antes de que el medicamento hiciera efecto.

Mira su brazo herido. Está sangrando, pero no tan mal como temía. Puede mover el pulgar, pero no los otros dedos. Arrancándose la manga ya desgarrada, se la enrolla alrededor del brazo y la aprieta. Tendrá que ocuparse de ello más tarde.

Por la intensidad de la pelea, solo ahora Tim nota los motores en marcha arriba. Han venido sabiamente sin sirenas, y al girar, ve a los policías bajando por ambas salidas.

TIM

TIM ESPERABA VER UN gran grupo de unidades especiales con equipo antidisturbios completo, armas automáticas y máscaras protectoras.

Pero los policías que se acercan por el aparcamiento subterráneo son claramente solo locales. Y apenas son seis.

Reconoce a la mujer de cabello plateado y a su joven colega masculino. Todos apuntándole con las armas, los policías se despliegan en forma de abanico, bloqueando sus rutas de escape.

Levantando las manos, Tim intenta enviar una señal de rendición. Pero no está seguro de que la vista de sus pulgares extra haga más que aumentar la tensión entre los policías. Varios empiezan a gritarle que se tire al suelo.

—Está bien, está bien —les dice, poniéndose de rodillas—. Tranquilos, está todo bien.

Le indican que se tumbe por completo y entrelace los dedos detrás de la cabeza.

—Vale, pero antes de hacer eso, déjame solo…

—¡Al suelo! ¡Ahora mismo!

—Solo necesito que comprenda…

—¡Boca abajo!

—No puedes…

—¡Esta es tu última advertencia! ¡Al suelo o nos veremos obligados a abrir fuego!

Tim no sabe qué esperaba de la policía, pero pensó que al menos le dejarían decir una palabra. Que incluso podrían colaborar para detener a los infectados que aún están sueltos. Pero evidentemente, estos solo están aquí para arrestarlo a él junto con Alan.

Siguen gritándole, y el más cercano sostiene un par de esposas.

Normalmente, Tim se considera un tipo bastante relajado. Rara vez se enfada o pierde la calma. Simplemente no ve la necesidad. Con Anya casi nunca discutía, y no suele responder a los desafíos que le pone su jefe.

Pero cuando los policías siguen gritándole, pierde la paciencia.

Inspirando aire, ruge:

—¡Escúchenme!

Es la primera vez desde que empezó su transformación que realmente utiliza toda la capacidad de sus pulmones más grandes y su voz más profunda. El efecto es impresionante. Se siente como si estuviera gritando frente a un micrófono conectado a un par de altavoces enormes, y la acústica del sótano lo amplifica todo.

Los policías también lo sienten, porque todos se sobresaltan y algunos retroceden unos pasos.

—Cooperaré completamente —continúa Tim, bajando la voz a un volumen normal—. Pero necesitan escucharme. Primero, ninguno de ustedes se acerca a mí ni a Alan sin la protección adecuada. Trajes hazmat, máscaras, todo el equipo. Esto se transmite definitivamente por contacto, y sospecho que también puede ser aéreo. Ustedes dos ya están demasiado cerca.

Señala a los dos policías que se habían acercado a menos de siete metros de él. Se miran rápidamente y luego se retiran.

—Segundo —continúa Tim—, esas esposas no van a servir, chicos. Créanme, él las hará reventar como una goma. No estoy completamente seguro de si eso es cierto; si Alan realmente puede romperlas, especialmente en su semi-coma inducido por el fármaco, pero necesito que lo comprendan.

—Traigan algo más fuerte. Cadenas, una jaula, lo que tengan. Y aseguren el sótano si aún no lo está. —Alan deja escapar un gemido y Tim mira hacia atrás—. Más les vale darse prisa. Creo que se está despertando.

La mujer, aparentemente la oficial al mando, llama a los demás a mantenerse firmes. Luego se retira un poco y dice algo por radio. Probablemente piensa que Tim no lo oye, pero por supuesto que lo hace. La policía transmite lo que Tim les ha dicho y ella pide equipo respiratorio e incluso llama a un contenedor de aislamiento, pero aún se nota por su voz que no confía del todo en lo que Tim dijo.

Luego, la policía se adelanta y se dirige a Tim:

—Iversen.

—Sí, ese soy yo. Al menos, una parte de mí —murmura bajo su aliento.

—Podemos hablar brevemente, pero debe entender que si la persona detrás de usted se levanta, no tendré más opción que abrir fuego.

—Lo entiendo —dice Tim, mirando a Alan, que aún está inconsciente.

—Ulla Lundbeck —continúa la policía—. Inspectora de policía.

—Encantado de verla de nuevo —responde Tim sin sarcasmo—. Aunque esperaba ver al ejército o la Unidad de Inteligencia Especial .

—Usted llamó para que viniéramos a recoger a Alan Andersen —prosigue Lundbeck, ignorando su comentario—. ¿Es correcto?

—Sí. Ese es él. No el pobre desgraciado que estaba comiendo; no sé quién era.

Los policías no dicen nada en ese momento, pero algunos gimen y otros se mueven inquietos. Ya habían visto el desorden sangriento y óseo detrás de Tim, pero aparentemente es ahora cuando se dan cuenta de que son restos humanos.

—¿Andersen lo mató? —pregunta Lundbeck. A su crédito, su voz no flaquea.

—Sí. Ya estaba muerto cuando llegué.

Hay un momento de silencio. Tim siente que todos lo miran fijamente, y se da cuenta de que no hay manera de probar que no estuvo masticando junto a Alan el buffet detrás de él. O, al menos, que no pudo haber tenido algo que ver con el asesinato.

—Miren —dice—. Sé que los estoy asustando. Pero no soy como Alan. Él está… completamente transformado. Evidentemente, considera a los humanos nada más que bocadillos ahora. Odio

traicionarlo así, porque fue mi amigo, pero es cierto. Y también es cierto que no estoy de su lado. Si lo estuviera, ¿por qué arriesgaría mi vida para pacificarlo y llamarles a ustedes? Desde que empecé a descubrir lo que está pasando, he estado intentando detenerlo y…

—¿Qué demonios eres?

Es el policía más joven quien habla.

—Hansen —le ordena Lundbeck—. Mantén la boca cerrada.

Hansen mira a su superior. —Pero nos mintió, jefa. Es uno de ellos.

Lundbeck le señala con un dedo: —Una palabra más y estás fuera.

Hansen mira de nuevo a Tim, respirando con fuerza por la boca, pero no dice nada.

En ese momento, otra voz entra en la mente de Tim. No es la mujer; es mucho más profunda. Un hombre, ya casi completamente transformado por lo que suena. No es tanto su voz ronca como lo que dice lo que convence a Tim de esto.

—¡Dios Todopoderoso… nunca me había sentido tan poderoso!

Su tono es de asombro, lujuria y euforia. Le pone los pelos de punta a Tim. Quien sea este tipo, a diferencia de la mujer, ha superado ampliamente el punto de temor. Está abrazando su nuevo yo con entusiasmo.

Lundbeck le pregunta algo a Tim, y él sale de su ensimismamiento.

—¿Eh?

—Digo, ¿sabe lo que es esto? ¿La infección?

—No tengo ni idea —responde Tim con franqueza—. Vi que caía una extraña roca del cielo, y fui lo suficientemente estúpido como para acercarme. De ahí vino todo.

Otro momento de silencio y respiraciones pesadas.

—Pero sé lo que está haciendo —continúa Tim—. Está convirtiendo a las personas en depredadores. Y esto, lo que sea… es inteligente. Es rápido como el demonio. Y estoy bastante seguro de que está aprendiendo —Mira fijamente a los pálidos ojos de Lundbeck—. Necesitan tomárselo muy en serio.

—Confíe en mí, ya lo estamos haciendo. Ya hemos detenido…

—Sé sobre Clara Birk, pero todavía hay al menos dos más sueltos. Otra mujer y un hombre.

Lundbeck frunce el ceño. —¿Los infectaste tú?

—No, solo infecté a Alan. O más bien, lo hizo mi perro. ¿Está a salvo? Les dije que se hicieran cargo de él.

Aparentemente Lundbeck no escucha la pregunta. —¿Así que Alan infectó a todos los demás?

—Sí. Y como dije, dos de ellos todavía están sueltos. Puedo ayudarles a encontrarlos.

—¿Sabe dónde están?

—No, pero puedo rastrearlos.

—¿Cómo?

—Bueno, no me van a creer —dice Tim—, pero puedo oír sus pensamientos.

TIM

LUNDBECK LE DICE A Tim que se quede exactamente donde está, recordándole —de manera bastante innecesaria— que media docena de armas están apuntándole.

Tim le responde que no se moverá, siempre que ella prometa inmovilizar a Alan lo antes posible.

La policía asiente, se aparta y sale del sótano con pasos rápidos.

Tim empieza a escuchar más motores encendidos afuera. Botas corriendo, voces susurrantes. Parece que llamaron a todos los policías de la ciudad. También escucha cómo cierran rejas de metal para asegurar ambas salidas. Hay varias señales de radio y teléfono en curso. Tim capta fragmentos, pero los bloquea deliberadamente, porque es como escuchar una radio donde alguien no deja de girar el dial una y otra vez.

En cambio, escucha más voces de los infectados. Espera captar algo que le permita adivinar dónde están para poder ir a encontrarlos. Pero ninguna llega en ese momento.

Tim mira de reojo a Alan. Está empezando a moverse un poco y parece que pronto saldrá de su coma. Tim esperaba que permaneciera inconsciente al menos veinte minutos. Pero también sabe que el cuerpo de Alan comenzó inmediatamente a contrarrestar el efecto del fármaco, expulsándolo y devolviéndolo a la conciencia lo más rápido posible.

Tim revisa discretamente su brazo. La herida parece haberse cerrado. Al menos puede notar que ya no sangra. Aún no puede mover la mayoría de los dedos, y la palma le hormiguea como si estuviera dormida. Alan claramente cortó todo allí dentro. Tim solo puede esperar que…

De repente, percibe una señal concreta. Parece surgir por sí sola, como si su subconsciente supiera que es importante. Reconoce una de las voces de inmediato: Lundbeck, hablando por teléfono con un hombre mayor.

—¿Crees que podemos confiar en él?

—Honestamente, Balle, no lo sé. Difícil leerlo.

—¿Pero está dispuesto a ayudarnos?

—Eso dice, sí.

—Podría ser que solo lo tengamos acorralado.

—Eso estaba pensando.

—¡Maldita sea! Todo esto me da náuseas.

Hay una breve pausa. Tim teme haber perdido la señal. Luego, Balle continúa:

—¿La Xilazina ya está allí?

—Acaba de llegar.

—Sedadle y traedlo. Si de verdad está dispuesto a ayudarnos, podrá hacerlo desde el aislamiento.

El pulso de Tim se acelera. Permanece absolutamente quieto, sin delatar nada a los policías frente a él. Nunca había oído la voz del policía mayor, pero reconoció el nombre: Johannes Balle, director regional de policía.

Lundbeck continúa:

—¿Seguro de que seguirá cooperando si lo traemos así?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a tomar.

—No lo sé, Balle. Ese tipo que derribó, Andersen… deberías verlo. Parece sacado de una pesadilla.

—Si Iversen pudo lidiar con él solo, nosotros también.

—Pero dice que puede rastrearlos. Dice que puede...

—Esto no es una maldita película de Batman, Lundbeck. Dejar que un vigilante mutante corra suelto, eso no va a pasar.

—Podría estar dispuesto a trabajar dentro de ciertos límites.

—¿Así que lo mantendrás con correa, eh? ¿Cuánto tiempo hasta que se transforme por completo y empiece a atacarte a ti y a los hombres? Me contaste lo que Andersen hizo con la Persona Desconocida. No voy a correr ese riesgo, Lundbeck. Pacifíquenlos a ambos. Necesito que estés en el parque. Acabamos de recibir otro informe. Muévete.

La señal se corta.

Tim parpadea y vuelve en sí. Los policías aún lo observan con atención. No hay forma de escapar limpiamente. Por rápido que sea, si da un solo paso, abrirán fuego, y al menos uno le acertará. Necesita esperar una apertura.

Entonces se da cuenta de lo ingenuo que ha sido respecto a los policías. Por supuesto que no confiarían en él. ¿Cómo podrían? Ya ni siquiera es humano. Tim se enfurece consigo mismo por haber cometido un error tan evidente.

Lundbeck regresa un minuto después, ahora con máscara y filtro de aire. Se acerca al frente del grupo de policías. Deteniéndose, coloca ambas manos en las caderas, probablemente para no parecer amenazante. Su arma está en la funda y, hasta donde Tim puede ver, no lleva pistola tranquilizante.

—Ella no será quien dispare —piensa Tim, viendo cómo un grupo de cuatro policías entra por la entrada opuesta, todos con máscaras protectoras.

—Esto es lo que va a pasar —dice Lundbeck en voz alta, claramente queriendo atraer la atención de Tim hacia ella.

Tim la escucha, pero mantiene la vista firme sobre los cuatro agentes. Se mueven rápido, y dos llevan rifles automáticos. También cargan entre ellos una jaula pesada. Los otros dos también tienen rifles, pero con aspecto extraño. Definitivamente son dardos tranquilizantes.

—Vamos a jugar seguros —le dice Lundbeck—. Primero, llevaremos a Andersen al aislamiento. No correremos riesgos.

«Perfecta cobertura», piensa Tim. Fingen que es por medidas de seguridad. Que el tranquilizante es para Alan si despierta.

En voz alta, Tim pregunta:

—¿Y luego qué?

—Luego rastrearemos a los demás. Ya estamos acorralando a uno de ellos.

—¿Y si aparecen más?

Lundbeck respira por la máscara.

—Podríamos usar tu ayuda con eso. Si nos cuentas lo que sabes, sería de gran ayuda. Serías nuestro informante, si quieres.

—Claro —dice Tim con calma, asintiendo hacia los soldados que dejan la jaula a un lado—. Pero, ¿lo haré desde dentro de esa jaula?

Lundbeck no se inmuta.

—Por supuesto que no. Pero el mejor lugar para ti ahora es en nuestro centro de comando. Temporalmente serás…

Es en ese momento cuando Tim deja de escuchar. Aún mirando fijamente a Lundbeck, solo es consciente de su periferia. A cada lado, ocurren cosas. A su izquierda, abren la jaula. Los operadores de dardos se han dispersado discretamente entre el grupo de policías. Uno se mueve hasta la derecha de Tim. Ahí está Hansen.

—…así que te llevaremos allí ahora —continúa Lundbeck. Tim sigue fingiendo que escucha.

Cuando el operador de dardos de la derecha pasa junto a Hansen, el policía comete su segundo error de la noche, uno que lamentará toda su vida.

Obviamente sospechando que algo pasa, mira de reojo al operador de dardos.

Es el momento que Tim esperaba. Una breve distracción.

Explota desde el suelo y cierra la distancia con Hansen en menos de un segundo.

Tres de los soldados disparan, pero todos fallan. Tim siente los proyectiles pasar cerca, escucha cómo se incrustan en la pared.

Justo antes de llegar a Hansen, el policía gira la cabeza para mirarlo. Una expresión de sorpresa aparece en sus ojos y dispara por reflejo. Pero Tim ya está a su alcance, y mientras Hansen aprieta el gatillo, Tim golpea el arma hacia un lado. Luego lo agarra, lo gira y lo envuelve con los brazos en un perfecto estrangulamiento.

Después se echa hacia atrás, usando a Hansen como escudo.

Los policías gritan y casi rompen la formación.

—¡Alto, alto! —grita Lundbeck, agitando los brazos—. ¡Nadie dispare!

Nadie lo hace. Pero todos parecen querer hacerlo.

—Tim —dice Lundbeck, levantando las manos con las palmas hacia abajo—. ¡Por favor, no lo lastimes!

Hansen se retuerce para liberarse. Pero Tim es mucho más fuerte y solo necesita un brazo para mantener el estrangulamiento, usando el otro para sujetarle los brazos al cuerpo. Luego lo levanta del suelo. Hansen jadea y se agita, pero permanece atrapado.

—¡Por favor! —grita Lundbeck, quitándose la máscara—. ¡Suéltalo, Tim! ¡O no tendré más opción que hacer que disparen!

Tim sabe que no lo hará. Mientras Hansen esté vivo, no lo harían. Porque eso significaría matar a uno de los suyos, y la policía nunca ejecutaría a uno de los suyos.

—Puedo romperte el cuello con muy poco esfuerzo —susurra Tim en el oído de Hansen—. Lo sabes, ¿verdad? Siéntelo. Díselo.

Tim afloja un poco el agarre para que Hansen respire.

—¡Ayuda! Me va a romper el cuel...

—No, no dije eso —interrumpe Tim, apretando de nuevo su tráquea—. Dije que puedo. Pero no lo haré. Solo si tus compañeros

retroceden un par de pasos. Eso es todo lo que pido.

Elevando un poco la voz, Tim dice a los policías:

—Háganlo ahora, y todos saldremos vivos de este sótano.

Los policías dudan, manteniendo las armas apuntadas.

—No voy a dar esa orden, Tim —dice Lundbeck, casi autoritaria—. Sabes eso. Por favor, ponte en mi lugar. Entiendes que no vas a salir de aquí.

—Tienes razón, no saldré —responde Tim, moviéndose lateralmente. Solo necesita unos pasos más. Está bastante seguro de que ninguno ha descubierto su plan. Ellos se mueven con él, pero sin acercarse. Claramente quieren bloquearlo de la entrada, que creen que es a donde se dirige.

—Tenemos una docena de hombres en cada salida —dice Lundbeck—. Por rápido que seas, Tim, no vas a pasar.

Tiene razón. Incluso mientras hablan, los de afuera han captado lo que pasa. Tim los escucha reforzar la reja.

Para los policías, Tim está atrapado en una tumba de concreto gigante con solo dos salidas, ambas cubiertas.

Pero hay una tercera salida. Una que no consideran opción, porque… siguen siendo humanos.

Dando unos pasos más lateralmente, Tim llega al lugar que buscaba.

—Ahí estás, Tim —dice Lundbeck en voz alta—. No más margen. Si das un paso más, haré que disparen.

Parece realmente seria. Tim supone que se refiere a los operadores de dardos. Dispararle a Hansen por accidente no sería tan grave como matarlo.

—Metan a Alan en esa jaula —le dice a Lundbeck—. Está despertando.

Y realmente lo está. Nadie está mirando a Alan ahora, y uno de sus brazos ha empezado a moverse.

—¡Métanlo en la jaula! —grita Lundbeck—. ¡Y denle más sedante!

La atención se desvía brevemente de Tim. Él aprovecha la oportunidad.

Suelta a Hansen y lo empuja con fuerza hacia adelante. Al mismo tiempo, se agacha, imitando a Alan, y salta directo al aire.

El conducto de aire está unos cuatro metros y medio de altura, pero Tim lo alcanza con suficiente impulso para atravesar la rejilla con cabeza y brazos. Se agarra y sube. Sin perder tiempo, se arrastra inmediatamente hacia la izquierda. Diez yardas más adelante, el conducto termina en otra rejilla, por donde sale del sótano. Escucha a los policías gritar abajo; se oyen disparos, las balas perforan el metal detrás de él.

Tim avanza tan rápido como lo permite el espacio cerrado, y al llegar a la segunda rejilla, se lanza hacia ella con el hombro. No cede al primer intento, porque hay algún tipo de maquinaria detrás, así que da otro empujón fuerte, atraviesa, pero queda atrapado a mitad de camino. Su torso queda fuera de una enorme caja de aire acondicionado en la esquina de Mammoth Square, mirando la calle frente a él, con los restos de la caja esparcidos alrededor. Sus piernas aún están dentro del conducto y, al arrastrarlas, siente un dolor agudo en la espinilla.

Gime y rueda hasta caer sobre el pavimento. Se pone de pie y mira hacia atrás: Lundbeck no exageraba; probablemente hay cerca de

dos docenas de policías en la plaza, junto con varios vehículos, luces y barricadas. La mayor parte de la actividad está en las salidas, y Tim está lejos de ellos, así que nadie lo nota mientras corre por la calle tan rápido como su pierna herida se lo permite.

Desaparece por el callejón más cercano.

VERONICA

—¡MOLLY? … ¡MOLLY! … ¡Dios, ella también se ha ido!

Veronica se despierta sobresaltada de un sueño profundo y sin sueños por una voz aguda que reconoce como la de Alice.

Al abrir los ojos, ve la habitación débilmente iluminada por la luz blanca del día que entra por la ventana. Alice —que camina de un lado a otro— ha corrido las cortinas.

—¿Qué pasa? —croa Veronica, incorporándose. A su lado, Molly también se mueve.

—¡Leo y Molly se han ido! —grita Alice, girándose para mirar a Veronica—. ¡No están en la cabaña y…!

Se detiene al ver que su hija asoma entre las mantas.

—¡Molly! ¡Gracias a Dios! Pensé que… ¿qué haces en la cama de Veronica?

Alice se acerca, con los brazos extendidos, dispuesta a abrazar a su hija. En el último segundo, Veronica se da cuenta.

—¡Espera… espera, no, para! —grita—. ¡No la toques!

Alice duda, mirando a Veronica.

—¿Por qué?

—Tus manos —dice Veronica, incorporándose—. Tienes lo que tenía Leo.

Alice voltea las manos y observa sus palmas, con los ojos aún más abiertos.

—¡Oh, Cristo! —gime—. Yo también…

Veronica nota que Alice aún quiere abrazar a su hija, pero, da un paso atrás.

Al mirarla más de cerca, Veronica también distingue la sustancia negra alrededor de uno de los ojos de Alice.

Molly despierta completamente, respira rápido y mira de su madre a Veronica.

—¿Qué… qué está pasando? ¿Tú también estás enferma, mamá?

Alice simplemente se queda ahí con las manos frente al pecho, como sosteniendo dos vasos invisibles, mirando y negando con la cabeza.

—Oh, Dios. Pensé que había sido cuidadosa…

—¿Qué dijiste? —pregunta Veronica—. ¿Sobre que Leo se fue? ¿Alice?

Su cuñada parpadea y la mira.

—¿Eh?

—¿Leo? ¿Dónde está?

—Él… eh… se fue durante la noche.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso?

—No lo sé.

—¿Al menos dijo a dónde iba? ¿Dejó una nota?

—No, nada. Intentamos llamarlo, pero dejó el teléfono.

Veronica intenta levantarse, pero Molly se agarra de su brazo.

—¡No, por favor no te vayas, Veronica!

—¡Suéltala! —grita Alice—. ¡No la toques, Molly!

Por un momento incómodo, Veronica piensa que Alice tiene celos.

Luego Alice añade:

—Ni siquiera deberían estar tan cerca. Ella también podría estar infectada.

Le lanza a Veronica una mirada desconfiada.

—Está bien. Yo ya lo tuve —responde Veronica de golpe.

Alice y Molly la miran fijamente.

—¿Lo tuviste? —pregunta Molly, desconcertada—. Entonces, ¿por qué no estás enferma?

—Lo superé —responde Veronica, encogiéndose de hombros y decidiendo ser honesta—. ¿Ven?

Muestra sus palmas.

—Nada. Las manos son uno de los primeros lugares donde aparece, al menos así fue en mí. También apareció alrededor de mis ojos. Pero, como pueden ver, ya desapareció.

Alice se acerca para inspeccionar las manos y el rostro de Veronica. Ella lo permite, confiada en que no encontrará rastro de la sustancia negra. Satisfecha, Alice se toca el párpado.

—¿Lo tengo…?

—Sí —responde Veronica—. El izquierdo.

Alice toca el otro ojo, y al sentir el crecimiento, gime nuevamente, al borde de las lágrimas.

—He sentido picazón desde que desperté, pero pensé… pensé que era mi mente jugándome trucos…

—Oh, mamá —dice Molly, y comienza a llorar de verdad.

—Está bien —las tranquiliza Veronica—. Yo lo superé, así que tú también puedes, Alice. Y si Leo realmente se fue de la casa, eso debe significar que él también está mejor.

Alice se burla.

—No es lo que crees…

Veronica frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿No dijiste que se fue manejando?

—No, dije que se fue. No dije cómo —Alice sigue pasando el dedo por su párpado mientras respira por la nariz.

—Bueno —dice Veronica, soltando suavemente a Molly y poniéndose de pie—. ¿Cómo se fue entonces?

Alice encoge los hombros.

—Salió por la ventana y simplemente se alejó. Ni siquiera se molestó en ponerse la ropa.

Veronica frunce el ceño y mira por la ventana. Está cubierta de nieve y los copos siguen cayendo.

—Pero… hace un frío horrible ahí afuera.

—Lo sé —susurra Alice, con el labio inferior tembloroso—. Y el vecino más cercano está a, como, unos ocho kilómetros.

Hay unn momento de silencio sombrío en la habitación.

—¿Crees que el tío Leo…?

Antes de que Veronica o Alice puedan responder, una voz mucho más grave dice:

—Estoy seguro de que está bien.

Veronica se da la vuelta y ve a Flemming en la puerta. Nota de inmediato los anillos negros como delineador debajo de sus ojos. Incluso desde el otro lado de la habitación, puede ver que está más avanzado que Alice. La sustancia negra recorre las líneas de su frente y cuelga de los lóbulos de sus orejas como pendientes de diamante negros. También crece en su bigote, haciéndolo parecer más oscuro de lo que es.

—¡Abuelo! —exclama Molly. Su alegría dura poco—. Oh… tú también lo tienes.

—Sí —responde él con gravedad, quedándose donde está—. Solo ustedes y la abuela parecen haberlo evitado. Mantengámoslo así, ¿de acuerdo?

Lanza a Alice una mirada significativa y, para sorpresa de Veronica, ella se aleja obedientemente de la cama. Veronica nunca había visto a su cuñada seguir órdenes de alguien que no sea su madre, pero la gravedad de la situación la hace cumplir.

—¿Sylvia no está infectada? —pregunta Veronica, esperando que la sorpresa no sea evidente en su tono.

—No, durmió en el cuarto de invitados, y creo que eso la salvó —responde Flemming—. Todavía está ahí. Ustedes también deberían quedarse en esta habitación. Aíslense.

«¿Sylvia lo superó? ¿O está escondiendo que está infectada?»

Veronica decide no indagar más sobre su suegra. Cualquiera que sea la razón por la que miente a su esposo, no le importa ahora.

—No necesito aislarme —le dice a Flemming—. Ya lo tuve, y estoy bien.

Flemming levanta las cejas.

—¿En serio? ¿Cuándo lo tuviste?

—En el ferry de camino aquí —miente Veronica—. Para cuando llegamos a la cabaña, ya se había ido. No me enfermé tanto como Leo.

—Eso es alentador —dice Flemming, rascándose la frente—. Saber que quizá todos estaremos bien. Lo que no es alentador es que trajiste esto aquí e infectaste a todos —dice la última frase con tono oscuro, mirando fijamente a Veronica.

Ella abre los brazos.

—No tenía idea de lo que era. Para cuando me di cuenta, Leo ya estaba infectado. Pero pensé, como no me enfermó ni nada, que era solo una especie de sarpullido extraño. ¿Cómo iba a saber que era más serio?

Mientras habla, ve en su mente el pájaro, el guante cubierto con esa sustancia musgosa.

«Debí haberlo sabido. Debí haberme quedado en casa. Debí incluso mantenerme alejada de Leo.»

Flemming suspira y se toca la oreja.

—Bueno, no juguemos a echarnos la culpa. De eso no saldrá nada útil.

—¿Llamaste al médico de nuevo? —pregunta Alice, frotándose los brazos como si tuviera frío a pesar del calor de la habitación—. Apenas nieva ya, y el viento ha cesado. ¿No pueden venir ahora?

Flemming asiente.

—Mandarán un helicóptero en cuanto consigan el equipo especial necesario para aterrizar en la nieve. La policía también viene.

—¿La policía? —pregunta Veronica.

—Sí. Mi hijo está desaparecido, por si lo olvidaste.

Veronica mira nuevamente por la ventana. Aún cae nieve, pero menos.

—Saldré a buscarlo —dice, levantándose de la cama.

—¿Qué? —exclama Alice—. ¿Estás loca? Hace menos de cero afuera. Te perderás.

—Estoy de acuerdo —dice Flemming—. De todas formas nunca lo encontrarías. Serías mucho más útil aquí en la cabaña, especialmente si vamos a caer enfermos como Leo.

—¿Han intentado llamar a los vecinos? —pregunta Veronica mientras se viste—. Quizá haya llegado hasta allá.

Flemming se cubre la boca con el puño al toser.

—No tengo sus números. Y dudo mucho que haya llegado tan lejos. Ni siquiera se molestó en traer ropa.

Veronica se detiene.

—¿Se fue sin chaqueta?

—Sin chaqueta, zapatos, camisa o pantalones. Hasta donde sé, toda su ropa sigue aquí. Se alejó en calzoncillos y camiseta.

—Jesús —gime Alice.

—Aún así voy a salir a buscarlo —dice Veronica—. Llevaré el teléfono. Usaré el GPS. Me aseguraré de poder regresar.

Se dirige hacia la puerta, pero Flemming no se mueve.

—Mira, no quería decir esto abiertamente —dice, bajando la voz y mirando a Molly—. Pero hay una alta probabilidad de que Leo… no haya sobrevivido. Que se haya desplomado en algún lugar y… bueno, que se haya congelado.

—Oh, Dios —dice Alice, y Molly comienza a llorar.

—Y si ese es el caso —continúa Flemming, mirando fijamente a Veronica—, nunca lo encontrarás, porque estará enterrado bajo casi un metro de nieve.

Veronica mira a Flemming, buscando respuestas en su corazón. Luego niega con la cabeza.

—Como dijiste, yo traje esto sobre nosotros. Nunca me perdonaría si no intento encontrar a Leo. Tal vez encontró refugio en algún lugar. Tal vez no sea demasiado tarde para traerlo a casa.

Flemming respira por la nariz. Veronica puede escuchar que tiene las fosas nasales congestionadas.

—¿Y si te pasa algo a ti?

—No te preocupes por mí. Estoy acostumbrada a correr en nieve y frío. Además, tomaré la moto de nieve. ¿Tiene tanque lleno, verdad?

TIM

TIM SE INCORPORA DE golpe.

Lo primero que nota es el olor a lavandería. Está tumbado en el suelo de hormigón de una habitación extraña. Las luces están apagadas, pero un débil rayo de sol entra por una ventana alta. Está en un sótano. Una lavandería. A su alrededor hay envoltorios y empaques de todo tipo de comida.

Su memoria regresa gradualmente. Encontró la ventana abierta y se metió por ella. Hay un frigorífico junto a la lavadora, y Tim prácticamente se comió todo lo que había dentro antes de quedarse dormido.

—¿Cuánto tiempo estuve durmiendo?

Revisa su brazo. La herida ha desaparecido casi por completo; solo queda una discreta cicatriz apenas visible. Mueve los dedos y los encuentra completamente funcionales. También ha recuperado el sentido del tacto. Tendones, músculos, nervios… todo claramente restaurado a la perfección.

Considerando lo que ha pasado, Tim se siente sorprendentemente bien. No siente ningún dolor como solía, incluso después de dormir en el suelo. De hecho, se siente como si…

—"No están revisando pasaportes, ¿verdad?"

Tim se tensa al escuchar la voz en su cabeza.

Por breve que sea el mensaje, percibe varias cosas.

Primero, es una mujer. Bastante joven.

Segundo, su tono es ansioso. Tenso. Secreto. Como alguien que teme ser descubierto.

Tercero, hay un leve acento. Español, quizá.

Y por último, está muy lejos. Tim puede notar que la señal cruzó una distancia mucho mayor que cualquiera de las anteriores.

—Ya no está en la ciudad, eso seguro…

No solo la mujer ha salido antes de que la policía la encontrara, probablemente antes de que empezaran a buscar, sino que parece que se dirige a un lugar aún más lejano.

Aalborg está a cuarenta kilómetros de distancia. El aeropuerto se encuentra al noreste de la ciudad. Es el aeropuerto más cercano.

Claro, también podría estar en Frederikshavn o Hirtshals. Esas ciudades están a unos treinta minutos, y ambas tienen puertos con ferris de pasajeros que van y vienen prácticamente todo el día. Principalmente llevan turistas entre Dinamarca y los países vecinos: Noruega, Suecia e Inglaterra.

Hay una tercera posibilidad. Dependiendo de hace cuánto fue infectada, la mujer podría haber tomado su coche y conducido hasta la frontera alemana. Eso está a unas tres horas, pero no es imposible.

De cualquier forma, es una mala noticia.

Si la mujer realmente está en el aeropuerto de Aalborg a punto de abordar un avión, eso podría ser un desastre. Una vez en el aire, podría infectar a todos. Y dondequiera que aterrice, ahí comienza el verdadero problema. Pensar en un Boeing 747 lleno de semialienígenas aterrizando en Heathrow, Ámsterdam o Charles de Gaulle, aeropuertos rodeados de millones de personas viviendo cerca… sería imposible de detener y casi seguramente significaría el fin de la humanidad.

Lo mismo ocurre con un ferry, que podría llevar a varios miles de personas. Si los semialienígenas no temen el agua helada del Mar del Norte, incluso podrían saltar del barco y nadar hasta la orilla. Es decir, podrían propagarse por toda Escandinavia en cuestión de días.

Si la mujer pasa por seguridad, ¿la detectarán? Eso también sería malo, porque probablemente la seguridad no podría detenerla y podría escapar de la escena. Pero no sería tan grave como si abordara el avión o el barco.

Suponiendo que esté en el aeropuerto y logre subirse al avión… ¿cuánto tiempo tiene Tim para llegar allí? Incluso con su nueva velocidad y resistencia, probablemente no podría correr hasta Aalborg desde aquí. Incluso si pudiera, le tomaría al menos una hora. Para entonces, ella podría estar en el aire.

Contactar a la policía parece una mejor opción, al menos para llegar al aeropuerto y a los puertos a tiempo. Si logra comunicarse con Lundbeck, quizá pueda persuadirla de enviar a alguien a los tres lugares.

Tim saca su teléfono y lo enciende.

Desde la ventana, no puede escuchar tráfico, lo que debe significar que la policía impuso un toque de queda. No escucha voces ni sonidos desde arriba; la casa parece vacía, tal como la encontró.

En cuanto su teléfono arranca, varios buzones de voz llegan. Tres son de un número que no reconoce, pero hay uno de Helena.

Frunciendo el ceño, lo reproduce. Es muy breve:

—¿Papá? Soy yo. ¿Puedes llamarme tan pronto como escuches esto?

Eso es todo. Su voz estaba tensa, como conteniendo emociones.

Tim mira su teléfono unos segundos y luego llama a su hija. Ella contesta casi de inmediato.

—¿Papá?

Definitivamente es ella. Lo nota incluso antes de escuchar su voz. Su respiración es temblorosa.

—Hola, cariño. No esperaba hablar contigo hoy. ¿Qué pasa?

Ella nunca lo llama, por supuesto, la policía la contactó esperando que supiera dónde estaba—. Aun así, Tim decide no decir nada.

Ella no responde de inmediato.

—Papá… ¿podrías…? Mira, hubo una mujer, una oficial de policía. Ella, eh… me dijo… que algo te pasó.

Tim cierra los ojos.

—Sí, supongo que es cierto.

—¿Es… es alguna enfermedad?

—Podrías llamarlo así —responde—. Pero me siento bien. No estoy enfermo. De hecho, estoy… —Se corta.

—No te preocupes por mí, cariño. ¿De acuerdo?

—Dios, papá. —Está al borde de las lágrimas, algo que él no esperaba. No la ha oído llorar desde que murió Anya, y ciertamente nunca pensó que derramara una lágrima por él—. Dicen que es una infección desconocida, y que… que cambia a las personas.

—Sí —dice él, apretando los dientes al pensar en Lundbeck hablando con su hija, asustándola medio a muerte—. Lástima que no sea un cambio para mejor, ¿eh?

Su intento de aligerar el ánimo no funciona.

—Dicen que infectaste a Alan Andersen… y que él infectó a varias personas…

—No quise que eso pasara —le dice—. No sabía lo que ocurría. Fue Buddy. Él contrajo la cosa, y tuve que llevarlo a la clínica de Alan. Pero ahora está bien. Buddy, quiero decir.

Helena olfatea y dice, sin rastro de ironía:

—Me alegra.

Tim sabe que aún siente cariño por Buddy. Fueron mejores amigos cuando él era un cachorro. En las raras ocasiones en que Helena y Tim se encontraron tras la muerte de su madre, ella parecía más feliz de ver a Buddy que a su padre. Ella fue quien lo nombró después de verlo jugando con una de las latas vacías de Budweiser de Tim un día.

—Entonces… solo afecta a humanos, ¿verdad?

—Sí.

Hay una pausa. Escucha una voz susurrar algo de fondo, instruyendo a Helena a preguntarle algo. Tim no se sorprende —ya escuchó ruidos de al menos otra persona.

—Papá, escucha… —toma aire—. ¿Estás seguro de que deberías estar solo ahora?

—Estoy bien, cariño. De verdad.

—Sí, pero… no me gusta pensar en que andes por ahí como… como un fugitivo. Estás enfermo, papá. Necesitas atención médica.

—No te pre...

—¡Por favor, no me digas que no me preocupe! ¡Estoy preocupada, papá! —De repente suena enfadada—. ¿No lo entiendes? Eres lo único que me queda. No puedo… no puedo soportar la idea de perderte también… —La ira se convierte en lágrimas—. Ve con la policía, papá. Ayúdales. Luego, cuando esto termine, podrán trabajar en una cura para ti. Por favor, sé que no confías en las autoridades ni en mí ni en nadie, pero hazlo por mí, te lo suplico…

Sigue llorando suavemente mientras espera su respuesta.

Él no sabe qué decir. Nunca la había oído hablarle así. Sabe, sin lugar a dudas, que no son los policías hablándole a través de su hija. Ella no intenta manipularlo para que se entregue. Está genuinamente preocupada por él. Porque ella —increíblemente— todavía lo ama.

—Te equivocaste en una cosa, cariño —finalmente le dice—. Confío en ti.

Luego, antes de poder arrepentirse, le hace una promesa:

—Iré a hablar con Alan.

FELIX

—¡JODER!

Felix golpea su teléfono contra el muslo.

—Cuida el lenguaje —susurra Pia, apartando la mirada de sus uñas para lanzarle una mirada severa—. Hay más gente alrededor.

Felix mira alrededor del salón. Pia tiene razón, por supuesto. Los bancos están ocupados por otros viajeros, pero todos están mirando sus teléfonos, tomando café o cabeceando.

—De todas formas, nadie me escuchó —gruñe Felix—. Maldito juego. Me sigo quedando sin munición.

—¿Todavía estás jugando ese ridículo juego de zombis? —se queja Pia, sacudiendo la cabeza de esa manera irritantemente autoritaria.

«Sí, como si tus hobbies fueran menos estúpidos.»

Aparte de maquillar sus uñas durante horas, todo lo que Felix ha visto hacer a Pia es practicar en el tubo que su padre instaló en el sótano. En serio, ¿quién en su sano juicio quiere convertirse en bailarina profesional de pole dance? Ella dice que no tiene nada de

sexual, pero a Felix le cuesta creerlo. ¿Por qué lo haría solo en ropa interior, con las luces bajas y la banda sonora de Dirty Dancing?

Claro, Pia es lo suficientemente joven como para hacer carrera. Con 24 años, solo tiene diez más que Felix, y él no puede evitar verla más como una hermana mayor molesta que como su nueva madrastra.

—Son extraterrestres —murmura, conectando los auriculares.

—¿Qué? —pregunta Pia, ya ocupada con sus uñas de nuevo.

—Digo que es un juego de invasión alienígena —dice Felix en voz alta, provocando que Pia lo mande a callar otra vez.

—¿Podrías bajar un poco la voz? Estás armando un espectáculo.

Un tipo gordo, con una laptop diminuta, que apenas logró acomodar su trasero entre los apoyabrazos los mira, pero no dice nada.

—No me importa lo que estés jugando, solo actúa con normalidad cuando lleguemos, ¿de acuerdo? Lo último que necesito es que la cagues. Es una gran oportunidad para hacer contactos, ¿sabes? Finalmente conocer a alguien que realmente importa en este negocio.

—"El negocio" —responde Felix con sarcasmo—. ¿Así lo llaman?

—Sí —dice Pia, ignorando su sarcasmo—. Y es difícil. Necesito causar la impresión correcta.

Felix la observa mientras se dedica a sus uñas. Podría ser bonita si no estuviera cubierta de capas de maquillaje y si no se hubiera decolorado el cabello hasta la médula. Además, es muy joven para haberse puesto implantes. Felix no entiende qué ve su padre en ella. Es prácticamente lo opuesto a su madre.

Lo cual, pensándolo bien, podría ser exactamente lo que atrajo a su padre hacia Pia. Desde que su madre fue ingresada por primera vez, el matrimonio había sido un desastre.

—Ni sé por qué tuve que venir —bosteza Felix—. Honestamente, creo que prefiero la escuela a esta mierda.

—¡Lenguaje! —exclama Pia otra vez—. Y esto es mucho más importante que la escuela. Tu padre estuvo de acuerdo. Esto es cultura. No puedes aprenderlo de los profesores, necesitas experimentarlo.

Pia saca un folleto de su bolso, lo abre y señala un nombre en la esquina.

—¿Ves eso? Ese es el tipo que espero conocer. Es el fundador de todo el show.

Felix observa las fotos de patinadores sobre hielo y cantantes disfrazadas de princesas y hadas. Nunca había oído hablar del festival de invierno antes de que Pia lo mencionara, y jamás habría soñado con ir si su padre no lo hubiera obligado.

—Te hará bien, hijo. Te la pasas todo el día pegado a ese teléfono. Pia tiene razón, necesitas ver gente real haciendo cosas reales.

—Pero, papá, ¿por qué no puedes ir tú?

—Te dije que no puedo salir del trabajo.

—Pero…

—Además, será una buena oportunidad para que tú y Pia se conecten un poco.

Lo último que Felix quiere, además de ver a adultos en disfraces cantando canciones de Disney toda la noche, es conectar con Pia. De hecho, desearía que nunca hubiera entrado en sus vidas. Si había

alguna posibilidad de que sus padres arreglaran las cosas, esa oportunidad seguramente murió cuando Pia se mudó.

Felix pausa el juego para revisar Messenger. Ningún mensaje nuevo de mamá. Probablemente aún no se ha despertado. El último de anoche dice: «Estoy quedándome dormida. Intentaré dormir un poco. Te amo con todo mi corazón.»

Felix le había respondido: «Yo también te amo, mamá.»

La idea de que ella esté recostada en alguna habitación, drogada, con personas revisándola cada hora, le aprieta el corazón. Ni siquiera se le permite usar su teléfono después de cenar, pero ha sido lo suficientemente astuta para llevar dos, y cada noche cierran el señuelo. A Felix le gusta pensar que él habría pensado en el mismo truco si estuviera en su lugar. Después de todo, se parecen mucho, su madre y él. Eso siempre se lo dice su padre. Además…

Su tren de pensamiento se interrumpe cuando una mujer de cabello negro choca con la pierna del tipo gordo con la maleta rodante. El hombre apenas mueve las piernas y solo le lanza una mirada cruzada. La mujer hace una torpe reverencia al estilo dojo y se aleja, casi como si temiera que él se levantara y la golpeara. Tiene la espalda hacia Felix, así que él no puede ver su rostro.

—Lo siento mucho, señor —dice, haciendo otra reverencia. Su voz es un poco rasposa, como si tuviera dolor de garganta. También tiene algún acento, tal vez sudamericano.

—No hay problema —gruñe el hombre, volviendo a mirar su pantalla.

La mujer se apresura por la fila y se sienta al final. Felix no puede evitar mirarla. Parece inquieta, nerviosa. Sus gafas siguen

empañadas, pero no hace nada por limpiarlas. En su lugar, se queda jugueteando con la cremallera de la maleta. También sigue mirando discretamente alrededor, como esperando a alguien.

Cuando sus ojos se posan en Felix, él baja rápidamente la vista al teléfono. Después de unos segundos, vuelve a mirarla. Se está rascando el cabello y, al bajarlo, se queda congelada un momento, luego se levanta y va al baño. Parece que se esfuerza por no correr.

Felix no puede evitarlo, siente demasiada curiosidad, así que se levanta de su asiento.

—¿A dónde vas? —bromea Pia inmediatamente.

—Solo estirando las piernas —le responde.

—Está bien, pero quédate donde pueda verte. Vamos a abordar en cualquier momento.

Felix la ignora y pasea por la fila de asientos, fingiendo que solo mata el tiempo. Al llegar al asiento de la mujer, ve un montón de cabello castaño rojizo. Parece que un perro se hubiera sentado allí y se rascara, aunque los pelos son demasiado largos.

Vuelve a su asiento con aire despreocupado. Cuando se sienta, la mujer regresa. Camina un poco más casual ahora, pero aún parece apurada. Aparentemente, no necesitaba ir al baño. En cambio, ha recogido su cabello en un moño desordenado sujetado con varios pasadores y bandas.

Pia nota que Felix mira a la mujer y le da un codazo.

—Deja de mirar, ¿quieres? Es grosero.

—Se le está cayendo el cabello —susurra él.

—¿Quién?

—La mujer con la máscara.

Pia sigue su mirada.

—Oh. Pobrecita. Probablemente está pasando por quimioterapia.

—Sí, probablemente.

—Más razón para que no te quedes mirando como bobo.

Pia vuelve a sus uñas, y Felix finge reanudar el juego de alienígenas. Pero cada pocos minutos le lanza un vistazo a la mujer. No puede evitarlo.

42

TIM

TIM CUELGA Y SE queda sentado mirando el teléfono por un largo momento. Su corazón late con fuerza, pero por una vez no es por miedo ni adrenalina. Es otra emoción que le revuelve el pecho, una que no había sentido en años.

Luego revisa uno de los otros mensajes de voz, y efectivamente, es Lundbeck, pidiéndole que la contacte. Tim la llama.

La inspectora responde de inmediato. Su tono es inconfundiblemente esperanzado.

—Iversen. Me alegra que pueda…

—Escuche, y escuche bien. La mujer que buscan está en un aeropuerto o en un puerto, y está a punto de abordar un avión o un ferry. O está conduciendo hacia Alemania.

Le da a la policía tres segundos para que la información calé. Lundbeck no dice nada, pero Tim puede escuchar cómo su respiración se vuelve tensa.

—No tengo ni nombre ni ubicación de ella —continúa Tim—. En teoría, podría estar en cualquier lugar de Jutlandia. Como todavía puedo escuchar sus pensamientos, eso significa que probablemente no esté tan transformada como para no poder pasar el control fronterizo. Al menos lo intentará.

Otra breve pausa.

—¡Joder! —escupe Lundbeck. Tim se sorprende de escuchar tal exabrupto de alguien que hasta ahora parecía muy serena. Claro, lo entiende; probablemente ha estado despierta más de un día completo, y la magnitud de la situación debe ser más clara para ella ahora—. Esto es malo, Iversen. Muy, muy malo.

—Lo sé. Deben cerrar todo si no lo han hecho ya. Pongan en tierra todos los aviones, cancelen los barcos, cierren la frontera. Envíen a tantos policías como puedan, pero asegúrense de que tomen las medidas pre…

—Espere, espere —dice Lundbeck mientras camina, y el ruido de fondo se atenúa un poco. Cuando vuelve a hablar, su voz es baja—. ¿A quién crees que le estás hablando? ¿Al primer ministro? No puedo simplemente "cerrar" todo el maldito país porque tú me lo digas.

Tim se queda atónito.

—Pensé que querías mi ayuda. Pues aquí estoy ayudando. Te digo que la mujer que buscas está a punto de salir de Dinamarca.

—Y te creo —Lundbeck baja aún más la voz hasta casi un susurro —. Pero después de la escena que montaste en el estacionamiento subterráneo, parece que soy la única que lo cree.

—No puedo… no puedo creer esto —Tim se frota la frente. Pensó que Lundbeck estaba actuando en nombre de las autoridades, pero parece más que le está pidiendo un favor personal—. ¿Me estás diciendo que no puedes hacer nada?

—Mira, arriesgo mi trabajo solo por hablar contigo aquí —otra breve pausa. Tim tiene la impresión de que Lundbeck revisa discretamente alrededor para ver si alguien escucha—. Pero me estoy quedando sin tiempo. Esto… he visto lo que hace. Hasta ahora hemos capturado a diecisiete infectados, cuatro de ellos oficiales de la ley que se pusieron en peligro. Colegas míos. Pero esta última mujer… tenemos dos testigos separados que la vieron, pero se está escondiendo y no podemos encontrarla —Hace una pausa, y luego continúa con un tono algo más calmado—. Puedo decir que tenemos una pista. Hacer que revisen las listas de pasajeros de los aeropuertos y puertos más cercanos. Que vean si una mujer de Hornsted está programada para uno de los vuelos o barcos que salgan en la próxima hora. Eso debería acotar la búsqueda.

—Pero no será lo suficientemente rápido.

—Lo sé. Si aprieto el paso, tal vez pueda enviar un grupo a uno de los lugares. ¿Cuál crees que es más probable?

El instinto de Tim le dice Aalborg, pero no responde.

—No —dice en cambio—. Esta no es la manera correcta de hacerlo. Enviar a un grupo de policías a rondar… Ella los detectará a kilómetros de distancia y desaparecerá de nuevo… si es que no está ya en un avión o ferry.

Lundbeck gruñe.

—Probablemente tienes razón —se la escucha mordiéndose la mejilla interior—. ¿Qué tal esto? Vienes y hablas con Andersen.

Tim se burla.

—¿Alan? Pero él ya no… quiero decir…

—Andersen debe saber quién es la mujer —continúa Lundbeck—. La línea de tiempo encaja; solo él pudo haberla infectado. Así que si puede darnos un nombre, podemos acotar mucho la búsqueda. La encontraríamos en minutos…

—Escucha, Ulla, incluso si pudiera entenderlo, realmente no creo que Alan esté de humor para hablar conmigo.

—Pero eso es lo que pasa —exclama ella—. Tenemos a su esposa aquí, Elisabeth. Ella lo calmó. Creo que te reconoce, Iversen, y está hablando con ella, pero no puede entenderlo. Así que tal vez, si vienes, también te reconozca a ti y te hable. —La desesperada esperanza en su voz hace que Tim sienta pena por ella.

Respira hondo y pregunta:

—¿Dónde tienen a Alan?

—En el centro de detención de St Knut's Boulevard. Acabo de llegar aquí.

—Sé dónde está —dice Tim poniéndose de pie y acercándose a la ventana—. Estoy a menos de tres kilómetros. Hazle saber a Alan que voy.

—¿Dónde estás? —pregunta Lundbeck—. Dame una ubicación y enviaré a alguien a recogerte.

—No se molesten —dice Tim—. Estaré allí en tres minutos.

—Está bien —dice Lundbeck—. Gracias, Iversen.

Tim está a punto de colgar cuando ella agrega:

—Ah, y una cosa más. Ve a la parte trasera del edificio.

VERONICA

NO HACE TANTO FRÍO como temía. De hecho, parece que la nieve se está derritiendo un poco.

Antes de sacar la moto de nieve del garaje, Veronica revisa toda la cabaña. Tal como predijo Flemming, no hay huellas de Leo. También inspecciona el garaje y los tres autos, con la esperanza de encontrarlo acurrucado en el asiento trasero de alguno de ellos. Sin suerte.

Así que arranca.

La moto deja profundas huellas en la nieve, pero se mueve bastante bien. Los copos que caen de forma esporádica se derriten sobre la visera del casco.

Al principio sigue el camino, pero no solo se vuelve difícil distinguir dónde termina la carretera, sino que también tiene más sentido—según el GPS de su teléfono—ir directamente al vecino más cercano en línea recta. Eso implica atravesar campos y colinas, pasar por parches de árboles y arbustos, y en un momento incluso tiene que

cruzar una cerca casi enterrada bajo la nieve. Aún así, se ahorra tal vez unos veinte minutos de viaje.

Si hubiera tenido más confianza conduciendo la moto, podría haber ido más rápido. Pero solo la había probado una vez antes, y lo último que quiere es volcarse y quedarse varada en medio de la nada. Así que avanza despacio, vigilando posibles obstáculos ocultos.

Mientras conduce, su mente divaga. No puede evitar pensar en lo que ha visto y oído.

Las manos de Leo.

El grito afuera de la cabaña.

¿Había sido él? ¿O alguien más? ¿Qué le habrá hecho la misteriosa infección a su novio? ¿Sigue con vida?

Y si es así, ¿es consciente de lo que hace?

Al rodear una baja duna de nieve, Veronica nota otra cerca sobresaliendo del terreno, esta parece eléctrica. Y efectivamente, al otro lado hay un gran cobertizo y, frente a él, un grupo de vacas mirándola.

Casi no las ve; son blancas como la leche y se confunden con el paisaje nevado. Han pisoteado la nieve y se han comido dos grandes fardos de heno. Hay una vieja bañera que sirve de bebedero, y las vacas han logrado romper el hielo para beber agua.

Veronica nota algo y detiene la moto. El ganado sigue observándola mientras ella se quita el casco.

Lo que llamó su atención es algo en una de las vacas. Un patrón oscuro y llamativo en su cara. Veronica baja de la moto y se arrodilla. Se acerca al ganado. Claramente están acostumbradas a la presencia humana y no se ponen nerviosas. Mira más de cerca a la

vaca con el patrón oscuro y encuentra exactamente lo que temía. No es un color natural de su pelaje; es la sustancia negra que le está creciendo.

Vino por aquí, se da cuenta Veronica con un nudo en el estómago. No puede evitar mirar alrededor. Excepto por el ganado, está completamente sola. Tampoco hay huellas visibles en la nieve.

—Leo pasó por aquí —murmura a las vacas—. Y te infectó. ¿Por qué haría eso?

La vaca con la sustancia negra solo la mira.

Por alguna razón, Veronica no tiene ganas de quedarse. Regresa a la moto de nieve, se sube y arranca de nuevo.

FELIX

ESTÁN A PUNTO DE abordar el avión cuando el teléfono de Felix vibra.

Ha estado vigilando a la mujer con la mascarilla. Cada pocos minutos se levanta y pasea por la sala, luego vuelve a sentarse, como si estuviera ansiosa por partir. Y cuando finalmente llaman por los altavoces para que aborden, ella salta de su asiento y corre hacia la puerta de embarque.

Felix saca su teléfono y ve el nombre de su madre. Se sorprende mucho de recibir una llamada de ella, y a esta hora. Debería estar desayunando.

—Vamos —lo insta Pia, levantando su bolso—. Es nuestro turno. Guarda ese teléfono ahora.

Felix la ignora y contesta la llamada.

—¿Mamá?

—Me alegra tanto escuchar tu voz, cariño.

Su madre habla muy bajo, y Felix apenas la oye. A su alrededor, la gente se mueve, se levanta de los asientos, bosteza y se estira, así que se mete un dedo en el oído.

—¿Puedes hablar un poco más fuerte, mamá?

—Lo siento mucho —dice ella, y se nota que está al borde de las lágrimas—. La he cagado de verdad.

Un puño se le aprieta en el estómago.

—¿Qué pasó, mamá?

—Encontraron mi teléfono. Quisieron quitármelo. Perdí la paciencia. Le di una bofetada a la mujer.

—Oh, mierda —murmura Felix, frotándose la frente. Sabe muy bien lo que significa reaccionar así con el personal—. Bueno, seguro que entienden que solo lo hiciste porque…

—Se pone peor —dice ella, rompiendo en una breve risa histérica —. Estoy en el baño. Atornillé la puerta con mi cepillo de dientes. Lo siento tanto, Felix. Todo es culpa mía. La he cagado.

Forzando el oído, Felix oye golpes y voces llamando a su madre.

—¿Vienes? ¿Con quién hablas?

Felix gira y ve a Pia agitándole la mano impaciente. Los otros pasajeros ya se han formado en la fila de la puerta, y los primeros empiezan a pasar por seguridad. La mujer con la mascarilla ya ha abordado.

—Solo quería que supieras que lo siento mucho —continúa su madre en su oído—. Probablemente pase un tiempo antes de que volvamos a hablar. Pero te llamaré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—Mamá, escucha…

—¿Es tu madre? —frunce el ceño Pia—. Pensé que no tenía permitido llamarte. Llámala más tarde, Felix —dice con su voz estricta intentando ser maternal.

Felix da un paso atrás.

—¿Me oyes? Nos vamos a perder el avión.

Ella extiende la mano hacia él, y Felix la aparta.

—¡Quítate de encima!

Sorprende tanto a Pia como a sí mismo. Durante un momento solo se miran, Felix con el teléfono pegado al pecho.

"Ahí está el famoso temperamento Haiberg", dice una voz en su cabeza.

Pia lo señala con una de sus uñas recién pintadas.

—No vuelvas a hacer eso.

—Entonces no me toques —responde Felix—. Solo dame un segundo, ¿sí?

Se da la vuelta y pone el teléfono en su oído.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

Ella sí, pero ya no sostiene el teléfono. Por los ruidos, parece que lo puso en algún lugar. Felix puede oírla hablar con al menos dos hombres que le ordenan firmemente que los acompañe. A diferencia de Felix, su madre no tiene opción de negarse.

—¡Te quiero, Felix! —dice ella lo suficientemente alto para que lo escuche.

—El teléfono está en el lavabo —dice uno de los hombres. Un momento después, lo recoge.

Felix oye cómo escoltan a su madre. No puede decir si quien sostiene el teléfono lo está escuchando o no.

—Por favor, no la encierren otra vez —dice Felix, conteniendo la respiración, esperando una respuesta. Ninguna llega, pero está bastante seguro de que lo oyeron—. Por favor —continúa—, no quería hacerle daño a nadie. Solo se pone un poco…

La llamada termina.

Felix traga saliva y guarda el teléfono en su bolsillo.

Se da la vuelta, esperando ver a Pia, pero ella ya está en la fila, de brazos cruzados, fingiendo que no le importa si él viene o no.

Por un momento, Felix considera seriamente no subir al avión. No sería demasiado tarde. Podría simplemente girar y salir del aeropuerto. Llamar a un Uber para que lo lleve a casa. O mejor, al hospital psiquiátrico. Lo único en su mente en ese momento es ver a su madre. Pero la parte lógica de su cerebro sabe que no se lo permitirán.

La primera vez que ella fue ingresada en el centro seguro, tardaron tres semanas en autorizarle visitas, y solo porque su padre lo acompañó. Esta vez duda mucho que pueda convencer a su padre de acompañarlo.

—Tu madre se está haciendo esto a sí misma, hijo —le dijo su padre la última vez que hablaron sobre ello—, "esto", por supuesto, refiriéndose a Toby. —Ella es la única que puede arreglarse a sí misma, y no lo hará. Créeme, la he conocido veinte años.

No eran sus palabras, no del todo. Antes de conocer a Pia, no solía hablar así.

Aún así, lo último que Felix quiere es subirse a ese avión rumbo a Copenhague. Pero si no lo hace, no solo Pia se enfadará, también su

padre, y eso reducirá aún más sus posibilidades de volver a ver a su madre pronto.

Felix no está completamente de acuerdo con su padre. Su madre puede ser responsable de su vida, pero no de sus demonios. Hace lo posible, pero a veces la superan. Como pasó esta mañana.

—Mierda —susurra, frotándose la frente, luchando consigo mismo. ¿Ir o quedarse? ¿Ir o quedarse?

Paradójicamente, lo que decide por él es la maleta de la mujer.

Sigue junto a su asiento.

«Se le olvidó.»

Felix mira la fila. La mujer está al frente, a punto de abordar. Pia le lanza una mirada desaprobadora, levantando las cejas finas como diciendo: "¿Vienes o qué?"

Felix se acerca a la maleta. Se dice a sí mismo que solo quiere asegurarse de que la mujer la reciba, pero en realidad, es más la curiosidad lo que lo atrae. No es muy grande. Cuando la levanta, se detiene. Es ligera. Demasiado ligera. Como si estuviera vacía.

Está a punto de abrirla, cuando ve que la mujer se acerca. Se sobresalta y, por reflejo, extiende la maleta mientras siente que el calor le sube a las mejillas.

—Eh, se te olvidó esto —murmura culpable—. Quería devolvértela…

—Gracias —dice la mujer con esa voz baja y ronca, arrebatándole la maleta. No tiene tiempo de leer sus ojos detrás de los cristales empañados antes de que ella se gire y vuelva al frente de la fila.

Queda con un leve olor a su perfume; es afrutado y agrio, casi como jugo de limón.

Felix olvida a su madre por un momento.

Todo lo que puede pensar es: ¿por qué alguien traería una maleta vacía a un viaje?

TIM

YA DESDE LA DISTANCIA, Tim puede notar que el centro de detención claramente se está usando para algo fuera de los protocolos habituales.

Por un lado, media docena de vehículos de servicio están estacionados afuera, algunos aún con las luces intermitentes encendidas, y todas las ventanas tienen luces. Por otro lado, dos policías armados con equipo respiratorio vigilan la entrada. Si intentan no llamar la atención, lo están haciendo muy mal.

Una horda de curiosos se ha reunido a una distancia segura al otro lado de la calle. Probablemente aún no hay reporteros; parecen civiles que notaron el alboroto cuando trajeron a Alan y decidieron acercarse a mirar.

Tim puede escuchar que murmuran entre ellos.

Se asegura de no acercarse lo suficiente como para que alguien lo note. Rodeando el edificio hasta la parte trasera, encuentra un gran estacionamiento vacío, salvo por un helicóptero en marcha con dos

soldados a su lado. Lundbeck está junto a una puerta abierta, hablando por teléfono. Lleva un traje protector, y solo su cabello gris la delata. Tan pronto como lo ve, termina la llamada y lo llama.

—Gracias por venir. Está justo aquí.

Tim la sigue por un pasillo, dejando la puerta abierta.

Ella le echa un vistazo rápido por encima del hombro.

—Odio preguntar esto, pero… ¿seguro que no eres contagioso?

—Positivo —le responde Tim—. Ya habría infectado a un montón de gente si lo fuera.

—Bien. No lo tomes a mal.

—No lo hago.

Tim nunca ha estado dentro de la instalación, pero parece como cualquier oficina municipal antigua: paredes color crema, pisos de linóleo. No parece el escenario de lo que realmente está ocurriendo. Aun así, lo siente en la atmósfera. Hay muchísima gente corriendo de un lado a otro. Mayormente policías, pero también lo que parecen ser científicos forenses; no es fácil distinguir con todos vestidos con trajes de seguridad. Ninguno le presta atención a Tim.

—Estamos realizando todas las pruebas posibles —le dice Lundbeck, como leyendo su mente—. Los médicos montaron un laboratorio temporal en el ala este.

—¿Han descubierto algo?

—Casi están seguros de que no es transmitido por el aire, pero eso es todo lo que sabemos. Dicen que es una mutación, pero nunca han visto nada igual. “Nigrumycosis” le han llamado. —Le lanza otra mirada—. ¿Esto vino del espacio exterior de verdad?

—Bastante seguro de que sí.

Lundbeck los hace pasar por una puerta, giran por otro pasillo, más tranquilo, y Tim ve a Lis sentada en una silla, abrazándose a sí misma. Se ve muy cansada y, aunque lleva mascarilla, es obvio que ha estado llorando mucho. A su lado hay dos policías armados.

Tim no entiende por qué los tres están en medio del pasillo… hasta que se acerca lo suficiente para mirar por la pequeña ventana cuadrada de la puerta más cercana.

Esperaba algo como la escena de El silencio de los inocentes. Sin embargo, no ve un sótano tenebroso, solo una celda normal sin ventanas. Dentro está Alan. No está atado a una camilla ni lleva bozal. Sí lleva una cadena en el tobillo, asegurada a la cama que está atornillada al suelo. Parece lo suficientemente fuerte como para que Alan no pueda liberarse, y la puerta también se ve robusta. Aun así, Tim no se siente tranquilo con el montaje.

—Esto es solo temporal —le dice Lundbeck, adivinando otra vez sus pensamientos—. Lo trasladarán a una instalación segura adecuada tan pronto como la preparen.

Ambos guardias reaccionan al ver a Tim, pero Lundbeck levanta la mano y les dice:

—Está bien, se supone que debe estar aquí.

Se repliegan, aunque Tim nota que no mencionó bajo qué autoridad él está allí.

—¿Seguro que no puede salir si se lo propone? —pregunta en voz baja.

Alan está sentado en el suelo, apoyado contra la cabecera de la cama, moviendo la cabeza de un lado a otro, como un pasajero de autobús que lucha por no quedarse dormido.

—Lo mantenemos apenas despierto —lo asegura Lundbeck—. Antes de que le administraran la dosis correcta, hacía eso.

El policía señala la parte inferior de la puerta. Solo ahora Tim nota una protuberancia en el metal.

—Casi se rompe —susurra.

—¿Tim? —la voz de Lis, débil y distorsionada por la mascarilla. Mira hacia arriba—. Dios, eres tú…

—Más o menos —le responde Tim—. ¿Cómo aguantas?

La mujer flaca se pone de pie y camina hacia él con sorprendente rapidez. Por sus ojos, Tim entiende que no va a abrazarlo. Lo alcanza y le da una bofetada que le quema la mejilla.

—Tú hiciste esto —le sisea Lis, mostrando sus pequeños dientes—. Se lo hiciste a él…

Lo golpea de nuevo, tan fuerte que pierde el equilibrio. Tim la sostiene y la ayuda a volver a la silla mientras ella rompe en llanto.

—Lo siento mucho, Lis. Sé que la cagué.

—Nunca te perdonaré —solloza, moviendo los hombros huesudos.

—Yo tampoco —murmura Tim—. Estoy aquí para intentar arreglarlo. Sé que probablemente no le servirá mucho a Alan, pero tal vez pueda evitar que otros lo contraigan.

—Haz lo que quieras —suspira Lis, inclinando la cabeza.

Tim traga saliva y se acerca a la puerta. Espera que uno de los guardias la abra, pero solo lo miran, así que mira a Lundbeck.

—¿No voy a entrar?

—No podemos abrirla. Pero él puede escucharte.

Tim se inclina para mirar por la ventana.

—¿Alan?

Puede notar que su voz se transmite a la celda mediante altavoces ocultos. Alan gira la cabeza como si escuchara las palabras, pero sin ubicar su origen. Sus ojos miran al techo y luego al suelo.

—Está loco —frunce Tim—. No va a hablar así.

—Podemos despertarlo un poco más —dice Lundbeck, sacando su teléfono. Llama a alguien y dice:

—Sí, necesito que pueda hablar. Ahora mismo. Gracias.

En treinta segundos, un hombre bajo y corpulento con gafas gruesas debajo de la mascarilla llega corriendo por el pasillo. Abre torpemente un estuche, dejando caer los envoltorios de plástico. Lleva guantes, lo que no facilita nada, pero logra llenar una jeringa con un líquido claro y la inserta en lo que parece un dardo. Lo entrega ceremoniosamente a uno de los guardias, quien toma una pistola de su cinturón.

Lis gime al ver el arma. Claramente sabe lo que va a pasar.

«Así mantienen a Alan tranquilo», piensa Tim. Le disparan un dardo en el trasero cada quince minutos. Lo que van a administrar ahora claramente no es un tranquilizante, sino más bien adrenalina.

Se aparta para que el guardia inserte la pistola en una pequeña trampilla de la puerta, probablemente usada para pasar bandejas de comida. El guardia se agacha, apunta y dispara.

Alan gruñe al sentir el dardo en el hombro. Alcanza con su mano de seis dedos, que ya no parece totalmente humana, y lo aparta distraídamente. Tim cuenta al menos cinco ampollas más en el suelo.

El guardia se aparta, y Tim ocupa su lugar junto a la ventana.

—Alan? —intenta de nuevo.

Su amigo ya siente claramente los efectos del cóctel del dardo. Respira más rápido, su caja torácica se mueve como un acordeón, las fosas nasales se dilatan. Los hombros se sacuden y las piernas tiemblan. Se sienta un poco más erguido, y por primera vez mira a Tim a los ojos. Tim sabe de inmediato que lo reconoce. La piel oscura de su frente se contrae en surcos, sus ojos se entrecierran y su boca anormalmente ancha se abre en lo que podría ser una sonrisa.

Alan emite una serie de ruidos: suena como grava siendo agitada dentro de un bote de metal, mezclada con chillidos de delfín.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —pregunta Tim.

La mandíbula de Alan se mueve, pero al principio no sale sonido. Luego un chillido bajo y corto, y Tim ni siquiera está seguro de que sea una palabra.

—¿Puedes asentir o negar con la cabeza? —le pide.

Alan repite los ruidos, agitado, como si Tim lo hubiera insultado.

—Mira, lo siento mucho —le dice—. Si lo hubiera sabido, nunca te habría involucrado, Alan.

Alan no responde. Parece perder interés, mira hacia abajo y empieza a examinar su entorno. Encuentra la cadena y tira de ella con fuerza, probando la resistencia del poste de la cama.

Tim oye a Lundbeck decirle al guardia:

—Prepara otro dardo tranquilizante.

—Alan —dice Tim más fuerte, golpeando el vidrio con el dedo—. Necesito que hables conmigo. ¿Puedes hacerlo?

Alan lo mira, sonríe de nuevo de esa manera extraña y se pone de pie. Se balancea un poco, casi se cae, pero luego se estabiliza.

Aparentemente intentaron vestirlo, porque aún quedan pedazos de tela en sus piernas. La mayoría los arrancó y los arrojó a la esquina. Tim no quiere ver todo su cuerpo: le recuerda demasiado a lo que él casi se convierte, pero tampoco puede dejar de mirar.

Alan es un espectáculo extraño. Delgado, casi enclenque. Alienígena, pero humano. Lo más desgarrador es que Tim aún—incluso en esta etapa final de la transformación—lo reconoce. Pequeños detalles lo delatan: la postura, el movimiento de la cabeza, y su rodilla izquierda ligeramente hacia afuera. Tim recuerda que se operó esa rodilla tras un accidente de esquí hace diez años.

Debes conocer a Alan de antes para notar estas cosas. Tim solo puede imaginar lo mal que debe sentirse Lis al mirarlo; sin duda ve aún más de su esposo en la grotesca figura de la celda.

Alan emite otra serie de sonidos, un poco diferente.

—Eso es, ¿verdad? —pregunta Lundbeck. Para sorpresa de Tim, mira a Lis—. Esa es la misma frase que ha estado diciendo una y otra vez, ¿no?

Lis asiente casi imperceptiblemente.

Tim observa a Alan mientras repite los ruidos dos veces, mirándolo directamente. Tim escucha y se esfuerza por entender, buscando alguna palabra con significado.

—No tenemos idea de lo que dice, pero estamos trabajando en ello —dice Lundbeck—. Un equipo técnico está en la habitación de al lado, escuchando, intentando encontrar patrones, traducir…

—Cállate —dice Tim, sin quitar los ojos de Alan—. Repítelo, amigo. Más despacio si puedes.

Alan sonríe otra vez, dándole escalofríos a Tim. No puede saber si Alan se divierte con el juego de adivinanzas o si la sonrisa tiene matices siniestros. Luego empieza a hablar otra vez, repitiendo la misma frase en un canto.

Tim cierra los ojos y bloquea todo lo demás.

Al principio, es solo ruido. Luego, gradualmente, mientras los sonidos fluyen por su mente, empiezan a reverberar. Se siente como despertar con alguien hablando en la radio. Al principio, el cerebro no reconoce las palabras, pero al despertar un poco más, los sonidos comienzan a tener sentido.

El lenguaje que Alan ahora habla es tan diferente a cualquier cosa que Tim haya oído. Normalmente, una palabra corresponde a un objeto, idea o persona. Esto no es así. Más bien, los sonidos son estallidos emocionales. No basta con oírlos; Tim debe interpretar el significado por cómo Alan los emite. Es más una percepción intuitiva que una tarea lingüística, por eso Tim se da cuenta de que los descifradores de códigos de la habitación de al lado nunca obtendrán nada.

Sigue escuchando, filtrando las variaciones que no encajan, hasta que finalmente hace clic.

Tim abre los ojos, y Alan debe notar que su rostro refleja comprensión, porque deja de hablar.

Un escalofrío recorre a Tim, y tiembla ligeramente. Se da cuenta de que los guardias, Lundbeck, Lis e incluso el médico bajo están todos mirándolo fijamente.

—¿Lo entendiste? —susurra Lundbeck.

Tim asiente.

—Sí, lo entendí. Dice: "No podéis detenerlo; todos pereceréis."

FELIX

—ENTONCES, ¿QUÉ QUERÍA TU madre?

La pregunta saca a Felix de sus pensamientos sombríos. Pensaba que Pia estaba durmiendo. Ella está sentada, con los ojos cerrados y la cabeza recostada. En la mesa frente a ella hay un sándwich vegano a medio comer que trajo de casa.

Felix estaba leyendo en su teléfono sobre tratamientos obligatorios.

—Nada —murmura, girando la pantalla discretamente para que Pia no pueda verla—. Solo… quería saludar.

—No es muy típico de ella charlar así, casualmente.

Por supuesto, Pia no se lo cree. Debe haber notado lo nervioso que se puso Felix al hablar con su madre, y ahora quiere husmear.

Felix ignora el comentario y mira por la ventana. Están sobre el mar y parecen haber alcanzado la altitud de crucero, lo que significa que pronto comenzarán a descender; es un vuelo de solo 45 minutos.

Desde que subieron al avión, su mente no ha dejado de preocuparse por su madre. Odia pensar que esté retenida. Incluso podrían drogarla. Según la ley, si "es esencial para la recuperación de un paciente muy perturbado, el médico puede decidir que se le administre un sedante por la fuerza". Básicamente, depende de cuánto se haya resistido su madre cuando vinieron a llevársela. Felix realmente espera que haya logrado mantenerse tranquila.

—Sabes, no es justo que ella te cargue con esto.

Felix mira a Pia. Finalmente le devuelve la mirada, y por primera vez ve un rastro de verdadera empatía en su rostro.

—Ella no me está cargando con nada —dice—. Está enferma.

—Sí, y tú eres su hijo. No debería agobiarte con sus problemas.

Felix se ríe con desdén.

—¿Y qué? ¿Supuestamente debería quedarse sola en su habitación todo el día, sin nadie con quien hablar? Soy todo lo que le queda, ¿sabes? Después de ti… —se corta— después de que papá dejó de hablarle.

Pia suspira y, para desagrado de Felix, pone su mano sobre la suya.

—Tu padre y yo estamos tratando de seguir adelante. Crear una vida mejor para los tres. Entiendo por qué estás dividido, pero creo que deberías confiar en nosotros. No hay futuro con ella, Felix. Mi tía, que trabajó como enfermera psiquiátrica, me dijo que estas personas nunca mejoran. Lo mejor que pueden esperar es pasar el tiempo sin demasiado dolor, pero al final del día no son capaces de tener relaciones significativas. Están rotos por dentro. Y si sus seres

queridos no tienen cuidado, los arrastrarán con ellos. Lo siento, pero es la verdad.

Pia deja de hablar, evaluando la reacción de Felix.

Él la mira, apenas creyendo lo que acaba de escuchar. La forma en que lo dijo sonaba casi amable. Felix siente que una rabia hirviendo comienza a burbujear en su estómago.

—¿Tu tía dijo eso de verdad? —pregunta, con voz calmada.

—Uh-huh. Fue enfermera toda su vida.

—No es de extrañar que el sistema esté tan jodido. Con psicópatas como ella trabajando allí.

Pia retira la mano con expresión de sorpresa e insulto. Antes de que pueda decir algo, Felix continúa:

—Quiero decir, ¿qué clase de mierda pesimista es esa? ¿Sin esperanza? ¿Sin futuro? Como si fueran agujeros negros y no personas —Se inclina y muestra los dientes delanteros—. Que se joda tu tía y todas las enfermeras de ese sistema. Mi madre estará bien. Ah, y por cierto, no estoy dividido. En absoluto. Nunca confiaré en ti, Pia. Aunque estuvieras en llamas, no te mearías encima.

El rostro de Pia se transforma en una máscara de ira; parece a punto de gritarle. Por un segundo, parece que incluso podría abofetearlo. Felix espera que lo haga. Y si sus uñas pudieran cortarle un poco la mejilla, sería aún mejor. No podía esperar a contárselo a su padre. Si hay algo que pueda superar su irracional enamoramiento por Pia, sería que ella lo lastimara. Por más embobado que esté con ella, Felix aún confía en que su padre no tolerará ningún tipo de violencia.

Pero para su completa sorpresa, la expresión de Pia se desinfla y en cambio se le llenan los ojos de lágrimas.

—Eres una persona tan mala —solloza—. No sé por qué siquiera lo intento.

Se pone los tapones en los oídos, cruza los brazos sobre el pecho y se da la vuelta.

Felix se siente mal. Probablemente fue demasiado duro, maldiciéndola así. Está estresado. Se siente emocionalmente vulnerable después de hablar con su madre, y Pia solo tuvo que meterse en sus asuntos.

«Al diablo con ella. Se merece lo que recibió.»

Aun así, no puede convencerse del todo. Pia es una imbécil, seguro, pero su madre una vez le dijo: "Sé amable con quienes encuentres, porque todos luchan una batalla". Era una cita de un filósofo griego, y Felix supone que probablemente se aplica incluso a Pia.

Suspira.

—Mira, Pia…

No lo escucha. Y Felix nunca termina su frase.

Porque en ese momento, la mujer con la máscara se levanta de su asiento. Está cuatro o cinco filas adelante de Felix, del otro lado, así que tiene una vista clara de ella. Ajusta su ropa y pasa directamente junto a Felix.

Camina nuevamente con ese paso rápido, pero intentando no parecer apresurada. Al pasar, él huele ese aroma cítrico otra vez. Pero ahora ha desaparecido. Solo huele a sudor de la mujer.

Se inclina hacia el pasillo y mira hacia atrás. La mujer se mete en el lavabo.

Felix se queda sentado, sintiendo que su corazón late demasiado rápido sin saber por qué. Cuenta los minutos, mirando hacia atrás de vez en cuando.

Finalmente, la mujer sale de nuevo. Se ha arreglado el cabello, que ahora a Felix le parece menos y desordenado. Rápidamente aparta la cabeza mientras ella pasa por el pasillo. Esta vez huele algo metálico.

La mujer vuelve a sentarse. Coloca brevemente su mano en el apoyabrazos, y Felix ve un rastro que solo puede ser sangre en el dorso de su mano. Luego retira la mano y desaparece de su vista.

«También está sangrando. Vaya, debe estar realmente enferma.»

Felix siente un golpe de simpatía por ella. También siente curiosidad. Se levanta y va al baño. Apenas entra y cierra la puerta, huele sangre y sudor. No hay rastros visibles de sangre, ni en el lavabo ni en el inodoro. Felix se agacha y revisa el suelo, sin saber bien qué busca. Tal vez una gota de sangre. Lo que ve bajo el lavabo es otra cosa: dos molares blancos.

«Jesús», piensa Felix, sintiendo que se le cae el estómago. ¿La quimio hace esto a una persona? ¿No sería más parecido a una exposición intensa a radiación?

Tira de la cadena y sale del baño. Al volver a su asiento, las piernas le tiemblan un poco. Algo en la mujer lo inquieta. Se encienden las señales de cinturón justo cuando Felix se sienta de nuevo.

Como por arte de magia, la mujer se levanta y alcanza el compartimiento superior. Tartamudea con el cierre, logra abrirlo y comienza a revolver el equipaje, cuando una azafata se le acerca sonriendo.

—Disculpe, vamos a comenzar el descenso, así que por favor siéntese y abroche el cinturón.

La mujer murmura algo, cierra la tapa y se sienta de nuevo.

La azafata la mira más de cerca, y su sonrisa se desvanece.

—¿Se encuentra bien? Se le ve un poco pálida.

Felix no puede ver a la mujer ni escuchar su respuesta, pero aparentemente basta para tranquilizar a la azafata, que sigue su ronda y sonríe mientras revisa los cinturones de los pasajeros.

Felix hace un gesto discreto a la azafata, que se detiene.

—¿Sí?

—¿Sabe qué le pasa a ella? —susurra Felix.

—¿Perdón? —la azafata se inclina para escucharlo.

—La mujer con la máscara —susurra—. ¿Cree que lo que tiene podría ser contagioso?

La comprensión se dibuja en el rostro de la azafata, y esa sonrisa molesta regresa.

—Ha tenido la precaución de usar mascarilla, así que no hay riesgo.

—Pero yo vi…

—Por favor, abróchese el cinturón.

—Está bien, pero déjeme solo decir…

Claramente sin ganas de discutir más sobre la salud de otro pasajero, la azafata finge que la conversación ha terminado y sigue

su camino.

Al desaparecer de su vista, Felix ve que la mujer con máscara se asoma, gira la cabeza y lanza una mirada a la azafata. La forma en que lo hace hace que el estómago de Felix se contraiga. Parece que su cuello se mueve más de lo que debería ser posible para un humano. Lo que es peor, inclina la cabeza ligeramente hacia adelante para mirar sobre el borde de las gafas, y por primera vez Felix ve claramente sus ojos. Es solo un instante, pero eso es suficiente.

Sus pupilas e iris están completamente ausentes. No es que estén nublados como los de una persona ciega; están totalmente vacíos.

«Mierda. Esto no es una enfermedad. Algo anda seriamente mal con ella.»

La mujer vuelve a levantarse y va otra vez al compartimiento superior. Sus movimientos son más apresurados, casi frenéticos, como si estuviera desesperada por encontrar lo que busca.

«¿Tiene una bomba?»

El pensamiento envía un escalofrío de miedo por todo el torso de Felix, y se pone de pie justo cuando la mujer saca su maleta rosa. Está a punto de acercarse, sin saber realmente qué pretende hacer, cuando otra azafata llega desde el frente del avión.

—Lo siento, pero debe volver a su asiento. Por favor, deje el equipaje en el compartimiento. Usted también —dice, viendo a Felix —. Tomen asiento, estamos a punto de…

—¡Aléjese de mí! —grita la mujer con máscara mientras la azafata intenta quitarle la maleta. La sostiene frente a la azafata—. ¡Esto es una bomba! ¡Si alguien se acerca, la detonaré!

La azafata retrocede, cubriéndose la boca, con los ojos enormes. Muchos pasajeros gritan, algunos incluso se ponen de pie.

—¡Quédense donde están! —grita la mujer, su voz aguda y rasgada mientras gira para asegurarse de que nadie se acerque—. ¡Retrocedan, o todos moriremos!

Al girar por completo, se quita la máscara y las gafas de un solo movimiento, y Felix confirma lo que ya sospechaba: eran solo disfraces. La vista de su rostro revela por qué los cubría. Su mandíbula es demasiado grande, su boca demasiado ancha, su nariz achatada y de aspecto animal. Mientras habla, Felix ve dientes puntiagudos y afilados. Sus ojos vacíos miran a los pasajeros, provocando gritos de horror.

—Oh, mierda… es un monstruo —resopla Felix, sin darse cuenta de que está hablando en voz alta.

La mujer no lo oye debido al caos, los gritos y el movimiento de los demás. Algunos se levantan y corren hacia atrás. Las azafatas tratan de guiarlos a sus asientos.

Entre el tumulto, Felix ve a un hombre grande, claramente alguien que entrena, acercándose por detrás de la mujer. Está sentado cerca y corre hacia ella. Es mucho más alto que la mujer, y ella ha bajado la maleta lo suficiente para que él pueda envolver sus brazos musculosos y sujetarla.

—¡Quítenla! —ruge—. ¡Alguien saque eso de sus manos!

Otro hombre, mayor y no tan fuerte, pero aún más grande que la mujer, se levanta y se lanza a la maleta.

Parece desigual; entre los dos deben pesar casi 140 kg más que la mujer. Los pasajeros gritan palabras de ánimo, y durante unos

segundos Felix cree que los hombres lograrán neutralizar a la mujer y la situación terminará bien.

Entonces ella empieza a luchar.

Abre su enorme boca y muerde el bíceps del tipo. Arranca un gran pedazo de músculo, él grita y no tiene más opción que soltarla. El otro hombre aún intenta tomar la maleta, pero ella la arrebata, y, sosteniéndola bajo un brazo como un balón, agarra la mandíbula del hombre y arquea su cabeza, produciendo un crujido nauseabundo. Él se queda flácido y cae al pasillo. Los pasajeros gritan mientras la mujer se lanza al primer hombre que aún sostiene su brazo ensangrentado. Él intenta huir, pero ella se abalanza sobre él como un depredador.

Felix ve todo en destellos mientras los pasajeros que huyen bloquean su vista. Solo escucha los gritos del hombre de manera fragmentada a través del caos, y se siente agradecido por eso. Por lo que puede ver, básicamente lo destroza hasta que parece un muñeco aplastado por un cortacésped.

Aun así, logra captar una imagen clara del combate desigual: la mujer le arranca una mano al hombre y se la traga entera, con huesos y todo.

Luego salta, todavía con la maleta ensangrentada bajo el brazo. Ella misma está cubierta de sangre, especialmente la cara, el cuello y lo que queda de su cabello.

—¡Todos a sus asientos! —grita, su voz estridente y quebrada—. ¡Quien no obedezca, acabará como estos dos!

Felix siente una mano agarrarle el brazo y tirarlo. Pia lo mira con ojos enormes y aterrorizados. Le mueve los labios diciendo:

“Siéntate”.

Felix lo hace. Se mueve como en un sueño. Ve que la mayoría de los demás pasajeros también se sientan. Un hombre se esconde bajo los asientos y otro tiene que sacarlo y obligarlo a sentarse. Una mujer se desmaya en el pasillo y dos hombres la levantan.

La mujer monstruo se queda en medio observando todo.

Tras unos minutos, todos están sentados, excepto los dos hombres muertos. La mayoría guarda silencio, con algunos todavía llorando o suplicando.

—Volveré en treinta segundos —dice fuerte la mujer—. Nadie se mueva.

Se da la vuelta y avanza hacia la parte delantera del avión.

Felix estira el cuello para ver qué hace. Las azafatas se han sentado junto a la puerta de la cabina, y puede oír a una hablarle mientras pasa junto a ellas. Suena a: “Por favor, tengo un hijo.”

La mujer la ignora y patea la puerta de la cabina con tanta fuerza que su pie atraviesa la madera. Se oyen gritos de sorpresa. Le toma un par de golpes más derribar la puerta y entrar. Felix no puede verla por un momento. Al desaparecer de su vista, alguien dice: “¡No, por favor, siéntense!”

Felix vuelve la vista y ve a un joven que se ha levantado. Se asoma al pasillo, como si pensara en correr. Luego su expresión cambia cuando la mujer vuelve de la cabina y mira sobre las filas de asientos.

—¡Escuchen! —grita, dándoles unos segundos para calmarse. Sus ojos vacíos barren los rostros; su labio superior tiembla. Está claramente al límite y no dudará en matar a cualquiera ante la

mínima resistencia—. Todos quédense sentados y vivirán. Cualquiera que se levante o luche, detonaré la bomba y los mataré a todos.

Deja que el mensaje cale antes de continuar:

—No hace falta que nadie más muera. He dado instrucciones al piloto de aterrizar como estaba previsto. No me resistan y volverán al suelo sanos y salvos.

Un murmullo recorre la multitud. La gente intercambia miradas. Felix ve preocupación, pero también indicios de esperanza.

—No estrellará el avión —susurra Pia, con la voz quebrada—. Si solo… si hacemos lo que dice, estaremos bien.

Felix duda. Desea que sea cierto, pero no puede creer una palabra de la mujer. Por un lado, no cree que tenga una bomba. Solo es una mentira conveniente para mantener a todos obedientes.

—¿Qué quiere? —susurra, sin apartar la vista de la mujer—. No tiene sentido secuestrar un avión y luego simplemente aterrizar.

—No importa —resopla Pia—. Está loca. Solo debemos seguirle el juego hasta estar a salvo en tierra.

Felix se inclina hacia un lado mientras la mujer comienza a moverse. Va hacia las azafatas y extiende la mano libre. Las mujeres retroceden, pero ella no parece querer lastimarlas. Simplemente las agarra de la mano, como saludándolas. Luego se dirige a los pasajeros de la primera fila. Felix no puede ver lo que hace, pero por la manera en que se mueve de uno a otro, deteniéndose solo brevemente frente a cada persona, parece que les da la mano también. Ve a una azafata mirar su mano con sorpresa y confusión. Por lo que Felix alcanza a ver, su mano está bien; no parece haber

rasguños ni huesos rotos. Simplemente —extrañamente— estrechó su mano.

«¿Qué demonios está pasando?», piensa Felix.

Felix observa cómo la mujer se mueve a la siguiente fila, estrechando la mano de todos los pasajeros. Su pulso ya estaba elevado, pero ahora se dispara. No puede identificarlo, pero algo en lo que hace es absolutamente aterrador.

Recuerda a la mujer en el aeropuerto, rascándose la cabeza y perdiendo un mechón de cabello. Ahora, mientras avanza por el avión, casi está calva.

Está mutando. Probablemente era una persona normal antes de que algo la hiciera empezar a cambiar…

Como atraído por algo, sus ojos miran al suelo. Los dos hombres muertos siguen allí. El tipo al que le rompieron el cuello está de cara a Felix, con los ojos cerrados y la boca abierta. En su barbilla y a lo largo de la mandíbula, exactamente donde la mujer lo agarró, hay una marca oscura y clara de su mano anormalmente larga.

Y finalmente, Felix entiende lo que la mujer está haciendo. Por qué nunca tuvo intención de detonar el avión. Por qué ni siquiera tiene una bomba.

Está haciendo con todos ellos lo que le pasó a ella.

Está propagando la horrible enfermedad que la está transformando en un monstruo devorador de carne.

Y ahora está a solo tres filas de Felix.

TIM

EL ÁNIMO EN EL pasillo no mejora exactamente después de que Tim logra descifrar el ominoso mensaje de Alan.

Lis rompe a llorar de nuevo.

Lundbeck es la primera en hablar. Aclarando su garganta, le dice a Tim:

—Pregúntale por la mujer. Todavía necesitamos un nombre.

—La mujer, Alan —dice Tim, sin esperar mucha respuesta—. La que todavía está allá afuera. ¿Sabes quién es?

Alan parece haber perdido interés en hablar con ellos. En cambio, vuelve a probar la fuerza de la cadena.

Cuanto más tira, más parece que los pernos que sujetan el poste de la cama al suelo podrían ceder.

—Alan —dice Tim más alto, golpeando la ventana—. Por favor, amigo. Necesitamos tu ayuda.

Alan solo le lanza una mirada por encima del hombro; la forma en que gira el cuello recuerda a Tim a un búho, y emite ese único

chillido bajo de nuevo, luego vuelve a tirar de la cadena. Gruñe al poner todo su esfuerzo, y la cadena también gime; el suelo comienza a agrietarse alrededor del poste.

—Eso es —dice Lundbeck—. Va a volver a su sitio. Apártate, Iversen. Golpéalo, Torben.

—Espera —dice Lis de repente, colocándose frente a Tim—. Déjame hablar con él mientras todavía está coherente. Se quita la máscara y acomoda su cabello.

Lundbeck está a punto de protestar, pero aparentemente lo piensa mejor.

—¿Alan? Cariño, soy yo.

La voz de su esposa hace que Alan deje de hacer lo que estaba haciendo. Suelta la cadena y se acerca lo más posible a la puerta. Al mirar a Lis a través de la ventana, Tim ve por primera vez a Alan en esos grandes ojos vacíos, aunque solo es por un instante.

—Por favor, cariño. Ayúdanos. Ayúdame. Dinos quién es la mujer. Solo dilo.

Alan gira la cabeza, no como gesto de negación, sino más bien como frustración. Escupe una rápida sarta de sonidos casi enfadados.

Lis murmura:

—¿Qué dijo, Tim?

Tim niega con la cabeza lentamente.

—Creo que está luchando consigo mismo.

Lis baja la voz:

—Quiero que sepas que te amo, Alan. Con todo mi corazón. No me importa lo que te haya pasado. Te amaré hasta que muera.

Alan gira el rostro y emite una serie de lo que solo puede describirse como emociones crudas transmitidas por sonido.

Tim juraría que escucha tristeza en ello.

—Alan, por favor —continúa Lis, con la voz quebrada—. Danos cualquier cosa que pueda ayudar a encontrar a esta persona a tiempo. No podemos dejar que gente inocente sufra. Piensa en todos nuestros amigos, Alan. Piensa en tu sobrino.

Alan arroja los brazos y ruge tan fuerte que Lis jadea por aire, y Lundbeck instintivamente la sujeta por los hombros para retrocederla. Lis recupera la compostura y se libera.

Alan ahora empieza a gritar el mensaje de antes, repitiéndolo una y otra vez. En su alocada expresión mezcla ese chillido bajo característico cada vez que sus ojos caen sobre Tim, y Tim empieza a tener la sensación de que Alan lo está llamando de alguna forma. No puede traducirlo, pero por su tono, no es un cumplido.

Lis se acerca aún más a la puerta y suplica a Alan a través del vidrio:

—Sé que sabes, cariño. Sé que puedes ayudarnos. ¡Por favor! Necesitamos encontrarla. ¿Dónde está? ¿Cuál es su nombre?

Alan sigue gritando unos segundos más. Luego cae en silencio. Respira con dificultad y solo mira de Lis a Tim y viceversa. Y entonces Tim ve un fragmento de humanidad que aún queda en él, surgir por un instante.

Pronuncia una sola palabra. Tim no la entiende de inmediato, porque a diferencia de todo lo que Alan ha dicho hasta ahora, esta palabra es muy simple y solo tiene un significado: es un nombre.

Luego Alan se descontrola por completo. Gira, agarra la cadena e intenta morderla, rompiéndose los dientes. Cuando eso no funciona, vuelve a tirar frenéticamente, como un perro rabioso atado. Brama, chilla y escupe.

—Lo siento —dice Lis a Lundbeck, girando con expresión dolorida.

—Está bien —le responde—. Lo intentaste. Golpéalo, Torben. Antes de que se libere.

Tim es empujado a un lado mientras la doctora irrumpe con la pistola de dardos. Esta vez Alan lo ve venir y ruge de rabia, saltando a un lado como un saltamontes gigante. La cadena resiste, pero el tirón es tan violento que todo el poste de la cama se rompe.

Alan no tiene tiempo de disfrutar su libertad, porque la doctora lo golpea en la espalda con un dardo.

Aunque Alan todavía está de pie, Lundbeck empieza a dar órdenes:

—Arreglen la cadena. Pongan dos. Y asegúrense de que no se despierte de nuevo.

Se vuelve hacia Tim, con ojos severos detrás del visor.

—Gracias por intentarlo, Tim. Puedes irte.

—¿Ulla? —dice Tim.

Ella estaba a punto de darse la vuelta, pero ahora duda.

—¿Sí?

—Lo tengo —dice él, sintiendo su corazón latir rápido.

Lundbeck lo mira atentamente.

—¿Lo tienes?

—Dijo "Felicia".

Lundbeck frunce el ceño.

—¿Felicia?

Lis jadea.

—Ese es el nombre de nuestra empleada. Felicia Acosta.

Lundbeck parece perpleja.

—Pero la revisamos. La verificamos justo después de nuestra primera conversación, y se le permitió…

—Es ella —la interrumpe Tim—. Noté un acento en su voz cuando la escuché en mi cabeza.

Los ojos de Lundbeck saltan de Tim a Lis y de nuevo a Tim.

—Eso me basta —dice. Saca su teléfono y hace una llamada—. El nombre del sospechoso es Felicia Acosta. Ya no está en la ciudad, repito, la sospechosa ha salido de Hornsted. Necesitamos…

Lundbeck sigue hablando, pero Tim no escucha. Se vuelve hacia Alan, que aún lucha, aunque el sedante claramente está haciendo efecto. Ha caído de rodillas y no logra levantarse. Aun así, gira y se lanza contra la puerta con un fuerte estruendo, haciendo que las bisagras tambaleen. Por un breve segundo, los ojos de Alan se fijan en Tim, y pronuncia otro sonido breve. Otro nombre. Luego se desliza por la puerta con un gemido y se desmaya.

Tim queda de repente paralizado. Todo a su alrededor se ralentiza. Puede escuchar su propio corazón.

—¿Qué? —gruñe Lundbeck al teléfono—. ¿Estás seguro? … ¡Dios, excelente trabajo, Mick! … ¿Hacia dónde va? No me digas que es un vuelo internacional…

Lundbeck escucha, y Tim también. La persona al otro lado dice:

—Copenhague. Se espera que aterrice de nuevo en media hora.

—¿Podemos detenerlo? —pregunta Lundbeck—. ¿Podemos contactar al piloto y hacer que mantenga el avión en el aire?

La voz del otro hombre dice algo sobre intentarlo, y Lundbeck termina la llamada. Volviéndose hacia Tim, dice:

—Mi gente ya revisó la lista de pasajeros. Ella se dirige a…

—Lo escuché. Necesito llegar a Copenhague.

Lundbeck sacude la cabeza.

—Nosotros nos ocupamos, Iversen. Nuestro personal en Copenhague estará listo si y cuando el avión aterrice. Gracias por…

Tim agarra su cuello y la levanta del suelo, acercándola lo suficiente para que su aliento empañe el vidrio de su máscara.

—No estoy pidiendo.

Los guardias intentan detenerlo, pero Lundbeck les indica nuevamente que se mantengan al margen.

—Suéltame, Tim —dice, con la voz lo más calmada posible.

Él suelta su agarre a regañadientes. Lundbeck se deja caer al suelo, ajusta su traje y lo mira.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué ocurre?

—Necesito estar allí cuando el avión aterrice. Por si no pueden evitar que aterrice.

—Eso son ciento noventa kilómetros, Iversen. No hay manera de que lleguemos en treinta minutos.

—Ese helicóptero afuera. Si salimos ahora, debería ser posible.

—Tendremos docenas de personas listas. Ya se están movilizando. Confía en mí, finalmente estamos tomando esto en serio, Tim. Incluso si ha infectado a todo el maldito avión, lo manejaremos.

Tim respira fuerte por la nariz.

—No lo entiendes. Necesito estar allí.

—¿Pero por qué?

Tim mira hacia la celda.

—Alan me dio un segundo nombre.

Lundbeck frunce el ceño.

—¿Qué nombre era ese?

Apenas logra pronunciarlo:

—Helena.

FELIX

LA MENTE DE FELIX está en un torbellino. Observa cómo la mujer se acerca, un apretón de manos a la vez. Se mueve con una determinación sombría. Claramente no lo hace para saludar a nadie, sino simplemente para cumplir su objetivo.

Algunos pasajeros dudan en tomar su mano, lo cual es comprensible, pero la mujer solo necesita mostrar los dientes en un gruñido para recordarles la alternativa, y así todos finalmente cumplen, y ella se asegura de no saltarse a nadie. Los que ya han sido tocados miran sus propias manos y luego a los demás con expresiones de desconcierto, algunos murmurando entre ellos, con alivio en la voz, como pensando: "¿Eso era todo? ¿Eso era lo que quería?"

Felix sabe mejor. Sabe que no es un apretón de manos normal el que está a punto de recibir.

Mira el asiento frente a él. Aparte de algunos folletos y una bolsa para vómito, no hay nada que pueda usar. Sobre la mesa frente a

Pia hay un jugo y el sándwich. Una idea salta a su cabeza, y Felix agarra el sándwich.

—¿Qué estás haciendo? —susurra Pia—. ¿Cómo puedes comer ahora?

Felix no tiene hambre. Rasga el celofán y deja el sándwich de nuevo sobre la mesa. La mujer está ahora en la fila frente a ellos, y Felix puede oír al hombre sentado allí preguntarle:

—¿Qué… qué quieres?

—Dame la mano —le dice ella—. Déjame estrecharla.

Felix se inclina y manipula el celofán. Está un poco grasoso por la desagradable mayonesa de garbanzos que usa Pia, y se sigue rompiendo, así que tiene que intentar enderezarlo.

«No lo lograré. No hay suficiente tiempo.»

Y realmente solo faltan unos segundos antes de que la mujer llegue al asiento de Felix.

Afortunadamente, el tipo de adelante pregunta:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Solo hazlo —su tono no da lugar a resistencia, pero para sorpresa de Felix, el hombre aún no cumple.

—Solo… solo quiero saber por qué querrías... ¡hey!

Felix está tan ocupado con el celofán que no ve lo que hace la mujer, pero siente que el asiento de adelante se mueve un poco, escucha algún forcejeo, y parece que la mujer simplemente alcanza y toma la mano del hombre. Esto le da a Felix cinco segundos más. Justo lo suficiente para colocar el celofán y alisarlo, de modo que casi no se vea.

Justo cuando se recuesta y coloca su mano en el regazo, cubriéndola casualmente con la otra, la mujer entra en su campo de visión.

Mira hacia ella, y su corazón se hunde. Es una visión aterradora de cerca. No solo por la sangre que tiene esparcida por todo el cuerpo: Felix también está bastante seguro de que se ha transformado aún más en los pocos minutos que han pasado desde que tomó control del avión. Su rostro es más largo, su boca más ancha, sus ojos más cercanos entre sí. También parece más alta y sus brazos un par de pulgadas más largos. Ahora parece menos humana, más monstruosa.

Se inclina sobre Felix para ofrecerle la mano a Pia. Felix mira la mano. Los dedos son largos y huesudos. Las uñas gruesas, como garras.

—Dame la mano —susurra a Pia.

Pia tiene que forzarse visiblemente a levantar el brazo. Tan pronto lo hace, la mujer lo agarra, lo aprieta brevemente, luego lo suelta y mueve su mano frente a Felix.

—Ahora tú.

Felix la mira. Esos ojos blancos y vacíos lo atraviesan. Levanta ambas manos, asegurándose de mostrar solo su mano derecha en el último momento posible. Sin mirarla, la mujer la toma, le da un rápido apretón y luego gira su atención al otro lado del pasillo.

Felix coloca su mano de nuevo en el regazo y apoya la otra encima. Mira el asiento frente a él, sintiendo su pulso retumbar en sus oídos.

«¿Funcionó?»

Su mano vibra, pero eso podría ser simplemente por el apretón de la mujer.

—¿Qué hiciste? —susurra Pia en su oído mientras la mujer sigue avanzando por el avión—. ¿Qué pusiste en tu mano? Déjame ver.

Felix quiere mostrársela. Quiere comprobarlo él mismo. Pero de repente no puede moverse. Así que Pia, impaciente, lo toma del brazo y levanta su mano para mirarla. Frunce el ceño al ver el celofán.

—Creo… creo que funcionó —se oye a sí mismo murmurar. El plástico transparente sigue en su lugar, intacto, cubriendo toda su palma, el dorso de la mano y los cinco dedos.

Sintiendo una pequeña esperanza, recupera el control sobre su sistema motor y logra despegar el guante improvisado y dejarlo caer al suelo. Examina su mano. Aparte de algunas marcas grasosas de mayonesa vegana, no ve nada más.

—¿Por qué…? —Pia sacude la cabeza—. No querías que ella tocara tu piel. ¿Por qué? ¿Crees que ella…? La última pregunta muere en sus labios mientras levanta su propia mano y la observa.

En su palma, la piel ya se está oscureciendo. No es mucho, no tanto como la mandíbula del hombre muerto. Pero claramente está ahí.

Felix mira hacia adelante y ve a algunos otros pasajeros con asiento en el pasillo examinando sus manos. Aparecen moratones oscuros por todas partes.

Felix vuelve a mirar su propia mano. Aún nada, solo piel clara.

Pia busca en su bolso. Saca el gel desinfectante para manos, vacía todo el frasco sobre su palma, luego se lo unta bien por todas las

manos y las frota a fondo.

Eso no funcionará, piensa Felix, inhalando el fuerte olor del gel. Lo que sea esto… el alcohol no lo matará.

—Todos, por favor, abróchense los cinturones. Estamos a punto de aterrizar.

El mensaje llega por los altavoces, y solo ahora Felix se da cuenta de que han estado descendiendo durante los últimos diez minutos. Al mirar por la ventana, ve Copenhague acercándose rápidamente.

—Aterrizaremos según lo planeado en Kastrup —continúa el piloto. Su voz está tensa, aunque intenta sonar calmado—. Debemos mantenernos tranquilos, y todo saldrá bien.

Felix cierra su cinturón justo cuando la mujer pasa junto a él.

—¡El piloto tiene razón! —dice la mujer en voz alta—. Mientras permanezcan sentados, no ocurrirá nada malo.

Se detiene para girarse y mostrar la maleta a todos.

—Pero si alguno de ustedes se levanta o le cuenta a alguien lo que pasó aquí, esta bomba explotará. No se equivoquen, matará a todos a bordo incluso después de aterrizar. Y yo estaré vigilando desde atrás.

Lanza una mirada amenazante a los pasajeros, y un murmullo ansioso recorre el avión.

Luego la mujer se apresura nuevamente por el pasillo. Felix gira la cabeza para ver hacia dónde va. Al pasar por el lavabo, desaparece por una puerta marcada SOLO PERSONAL.

—No se quita —dice Pia, aún frotándose la mano—. ¿Qué es esto?

Felix no dice nada. Por un lado, Pia aún no ha atado los cabos, y por otro, no puede estar seguro de que su teoría sea correcta, así

que no hay razón para preocuparla.

Por la ventana, la pista aparece a la vista. Al tocar tierra, Felix vuelve a revisar su mano.

Aún limpia. La marca oscura debería ser visible ya.

Lo logré. Me salvé. Siente una breve oleada de alivio mientras mira a los demás pasajeros. Ahora solo necesito salir de aquí antes de que el resto de estas personas se vuelva contagioso…

VERONICA

SON LAS TRES Y media cuando finalmente llega a la casa del vecino.

El sol se está poniendo y la gruesa capa de nubes hace que ya esté oscuro.

La casa es un verdadero hogar, para todo el año, no solo una cabaña como la de sus suegros. Las luces solo están encendidas en una habitación.

El camino de entrada no ha sido limpiado de nieve, y el coche, que está estacionado bajo el techo inclinado, claramente no ha salido en todo el día.

Veronica aparca el scooter frente a la casa, apaga las luces y corta el motor. El tanque está medio vacío, lo que significa que debería poder regresar a casa sin problemas; probablemente no necesitaba traer gasolina extra, pero más vale prevenir que lamentar.

Se quita el casco y escucha.

El viento finalmente se ha calmado, y la primera parte de la tarde está completamente en silencio. La temperatura ha bajado de nuevo

bajo cero, y su aliento se ve como nubes blancas de humo.

Se baja del scooter y siente que su teléfono vibra. Es un mensaje de Molly.

«¿Llegaste a la casa del vecino? ¿Encontraste a Leo?»

Obviamente, la chica está preocupada, tanto por Veronica como por su tío, y ella le responde rápido para tranquilizarla:

«Acabo de llegar. Te llamaré pronto. No te preocupes, cariño.»

Guarda el teléfono en el bolsillo y saca la linterna. Iluminando el camino, sube por el camino de entrada. Al hacerlo, ve lo que deben ser huellas. Es un poco difícil de distinguir, porque ha caído más nieve después de que alguien pasó por allí, pero está bastante segura de que al menos una persona ha dejado o llegado a la casa a pie.

«¿Leo?»

El corazón de Veronica comienza a latir más rápido. Por alguna extraña razón, de repente desea tener un arma. Una pistola. Un cuchillo. Un spray de defensa. Cualquier cosa para alejar a alguien que pudiera intentar hacerle daño.

«¿Quién haría eso? ¿De qué tienes miedo?»

La respuesta es obvia, aunque realmente no le importa mucho.

Se acerca a la puerta principal y, para su sorpresa, la encuentra abierta. Su primer pensamiento es que los residentes la vieron llegar y abrieron la puerta para recibirla. Pero no hay nadie, y la puerta claramente ha estado abierta por un buen rato. La nieve ha entrado al vestíbulo, formando una duna hasta la altura de la rodilla que apenas se ha derretido a medias.

Veronica asoma la cabeza. Las luces están apagadas, pero está bastante segura de que el vestíbulo está vacío. Un cartel en la puerta dice: "Jytte & Asbjørn Thomsen." Parece una pareja de ancianos. Y los abrigos, zapatos y decoraciones antiguas en la pared parecen confirmarlo. Puede distinguir la puerta de la sala de estar. También está entreabierta.

—¿Hola? —carraspea Veronica—. ¿Hay alguien en casa?

No hay respuesta.

Debate consigo misma sobre qué hacer a continuación. Su suposición es que no hay nadie. Si hubieran estado en casa, no habrían dejado la puerta abierta así.

Pero, por la forma en que dejaron la casa, algo malo podría haber pasado allí. Una emergencia.

Si ese es el caso, entonces la siguiente pregunta es: ¿por qué la pareja de ancianos dejaría su hogar a pie? Y aparentemente sin molestarse en ponerse zapatos o abrigos.

La respuesta que se le viene a la mente no es agradable, pero tiene sentido. Si Leo llegó aquí y contagió a la pareja, y si terminaron en un estado similar al de él, entonces es muy plausible que ellos también estén deambulando en el frío.

«Así que, si la casa probablemente está vacía», se pregunta Veronica, «¿por qué tengo miedo de entrar?»

Reúne su valor, se recuerda a sí misma que Leo está enfermo, que es su culpa y que está aquí para ayudarlo. Entonces, justo cuando está a punto de entrar en la casa, escucha un ruido en el patio trasero.

Se da la vuelta rápidamente y apunta la linterna hacia allí. No puede ver nada más que un césped cubierto de nieve, algunos arbustos y un par de manzanos sin hojas.

«¿Qué fue eso?»

Sonó casi como una tabla de piso crujiendo. Excepto que más húmedo. Como alguien caminando en la nieve. ¿Alguien estaba merodeando justo a la vuelta de la esquina?

—¿Hola? —llama Veronica, un poco más fuerte esta vez—. ¿Quién está ahí? —Luego, al no recibir respuesta, pregunta—: ¿Eres tú, Leo?

Todavía no hay respuesta.

Debió de ser la nieve, piensa, obligando a su corazón a volver al pecho. Se está volviendo a congelar. Por eso hizo ese ruido.

Aún no completamente convencida, Veronica de repente se siente menos inclinada a quedarse afuera, y entonces pisa la nieve para entrar al vestíbulo.

50

TIM

TIM LLAMA A HELENA por tercera vez. Otra vez cae en el buzón de voz. No se molesta en dejarle otro mensaje y simplemente termina la llamada.

—Maldita sea —murmura.

Lundbeck probablemente no puede escucharlo por el ruido de los rotores, pero lo está observando.

—¿Aún sin suerte? —pregunta; Tim sí puede oírla perfectamente; sus oídos filtran todo lo demás automáticamente.

Tim niega con la cabeza.

—No entiendo por qué apagaría su teléfono. No tiene sentido.

Lundbeck le entrega unos auriculares. Él se los pone y enciende la radio.

—Estoy segura de que está bien —dice Lundbeck, su voz llega por los diminutos altavoces dentro del casco.

—Eso espero —murmura Tim—. ¿Alguna noticia de tu gente?

Lundbeck revisa su teléfono y luego niega con la cabeza.

Tim mira hacia el horizonte. Se dirigen hacia el este, y el sol cuelga sobre el agua, atravesando las nubes con rayos finos y grises. Se puede ver Zealand delante. Ya han recorrido más de la mitad del camino. Menos de diez minutos. Por suerte, el viento sopla en la dirección correcta. Podrían lograrlo.

—Tengo una hija también, ¿sabes?

Tim mira a Lundbeck.

—¿Tú también?

—Sí. Pero no hemos hablado en años —responde con una sonrisa cansada—. Madres e hijas, ya sabes.

—Eso puede pasar también entre padres e hijas —gruñe Tim.

Lundbeck lo observa por un momento.

—La llamé antes. Justo antes de que llegaras. Le dije que se alejara de aquí. Que se subiera a un avión hacia Australia. Que esperara a que esto pasara —dice, con un desprecio palpable—. La primera vez que escucha mi voz después de tanto tiempo, y yo le digo que se largue. Claro que no me creyó.

—Estabas tratando de protegerla —dice Tim, sorprendiéndose a sí mismo.

Lundbeck gira la cabeza y mira por la ventana. No es una mujer especialmente atractiva, al menos no para Tim. Pero sus cualidades internas brillan, y no puede evitar sentir cierta atracción, otra sorpresa; Tim no había sentido algo así por una mujer desde que Anya murió.

«En otra vida, tal vez», piensa para sí mismo. Luego, tiene un pensamiento más racional: «No, no funcionaría. Somos demasiado similares.»

Tim es una persona fría, y claramente Lundbeck también lo es. Anya era cálida. No abrazable, ni siquiera particularmente suave, pero cálida. Su corazón estaba abierto, y por eso logró abrir el de Tim lo suficiente para dejarla entrar.

Como confirmando sus pensamientos, Lundbeck lo mira de nuevo y dice:

—Tú también estuviste en el ejército, ¿verdad?

Él asiente.

—Yo también. Estuve destinado una vez, nunca vi acción. Luego decidí que prefería resolver los problemas en casa. Nunca pensé que terminaría en un caso como este… y ahora… suponiendo que el mundo no se acabe, al menos estoy fuera de trabajo.

—¿Por decirle a tu hija lo que está pasando?

Ella levanta una ceja.

—Y por transportarte por el país sin permiso.

—Ah, claro. Bueno, si sirve de consuelo, estás haciendo lo correcto.

—¿Para ti o para el resto del mundo?

Tim no responde.

El helicóptero ya está sobre tierra, cruzando el campo, y la capital es visible.

—¿Por qué Andersen mencionaría el nombre de tu hija? —pregunta Lundbeck.

Tim niega con la cabeza.

—Sigo diciéndome que pudo haber sido al azar, pero… no lo sé.

La verdad es que sí lo sabe. Fue una advertencia. Alan mencionó a Helena para que Tim supiera que algo malo iba a pasar. Por qué involucra a su hija, Tim no tiene idea.

Pero no cree que sea coincidencia que el avión se dirija a Copenhague.

Si acaso algo ya le ha pasado…

Saca el teléfono y la llama de nuevo. Todavía sin respuesta. Mientras guarda el teléfono, Lundbeck saca el suyo y lee un mensaje.

—Es mi gente —le dice a Tim—. Tu hija no estaba en casa. No hay señales de allanamiento ni de lucha.

—Está bien —dice Tim, algo aliviado—. Entonces se fue voluntariamente. Quizá solo fue de compras.

—Llamaste a su trabajo, ¿verdad?

—Sí. Es su día libre.

—¿Universidad?

—Tampoco la han visto hoy.

—Quizá intenta… —El teléfono de Lundbeck empieza a sonar. Ella contesta, mueve los auriculares y pone el teléfono junto al oído.

—¿Sí? … De acuerdo… Está bien, gracias… No, ahora voy… Eso no es asunto tuyo… —termina la llamada y mira a Tim—. No han podido contactar al piloto. Envió una señal de emergencia secreta hace cinco minutos, indicando que el avión ha sido secuestrado. Está a punto de aterrizar en Kastrup.

La respiración de Tim se acelera. Mira por la ventana delantera.

—¿Eso es todo?

Todavía están a un par de kilómetros del aeropuerto. Puede distinguir un avión blanco volando muy bajo, y bajando más.

—Creo que sí —dice el piloto, revisando sus pantallas—. Sí, debe ser. Están aterrizando ahora.

Tim ve cómo el avión toca tierra y desacelera de inmediato. En el suelo, puede distinguir varios vehículos. No es difícil; están con las luces intermitentes encendidas como malditos árboles de Navidad.

Se acabó la sorpresa. Ella ciertamente sabe que la estamos esperando.

—Bájame —le dice Tim al piloto—. Lo más cerca que puedas.

—Solo puedo llevarte a la pista de al lado.

—Está bien. Date prisa.

Tim ya se está levantando. Se quita los auriculares y se dirige a la puerta. La abre y el viento helado le golpea la cara.

—¡Jesús, Iversen! ¿Qué haces? —grita Lundbeck.

—¡Demasiado pronto! —grita el piloto—. ¡Ciérrala otra vez!

—¡Solo bájenme! —grita Tim—. ¡Ahora!

Y lo hace. El helicóptero desciende abruptamente, y Tim tiene que agarrarse de los asideros del techo para no caer. Siente cómo la presión disminuye al acercarse rápidamente al suelo. El piloto frena hábilmente la bajada, y cuando están a unos tres pisos de altura, Tim salta.

Volando por el aire, más rápido y rápido, se prepara para el dolor.

Apenas siente el impacto. Aterriza de pie, rueda una vez y se levanta de inmediato, corriendo hacia el avión, que ahora está completamente detenido a unos doscientos metros. Tim corre con todas sus fuerzas.

Soldados han rodeado el avión, colocando sus jeeps delante para que no pueda despegar de nuevo, y alguien con un megáfono grita al piloto que nadie salga del avión.

Tim llega por la parte trasera. Al llegar al perímetro, toma una decisión. No va a perder tiempo pidiendo permiso al comandante para entrar y encontrar a la mujer; sabe que no lo obtendría.

Así que, en lugar de frenar, sigue corriendo, zigzagueando entre los vehículos, esquivando a los soldados armados.

Algunos gritan para que se detenga. Tim entra en el círculo y se dirige al avión. El hombre con el megáfono deja de gritar al piloto y se dirige a sus hombres:

—¡No disparen! ¡Repito, no disparen!

Tim se dirige hacia la puerta de emergencia, justo sobre el ala. Con un gran salto, sube al ala y agarra el asidero.

Rasga la puerta e irrumpe en el avión.

VERONICA

DENTRO HACE UN POCO más de calor, pero no mucho. Se dirige a la puerta de la sala y asoma la cabeza. Lo que ve hace que los músculos de sus piernas y brazos se tensen. Algo dramático claramente ocurrió en la sala. Las sillas están derribadas, el suelo está lleno de cosas, y una de las ventanas está rota. Incluso puede ver…

Escucha un ruido detrás de ella.

Veronica grita y se da la vuelta de golpe, levantando la linterna para usarla como garrote.

No hay nadie, al menos no a distancia de ataque, así que gira la linterna y ve un par de ojos amarillos brillando desde el pecho junto a la pared. Un gato negro está allí, su cola moviéndose de un lado a otro.

—Jesucristo —respira Veronica—. Estuviste aquí todo el tiempo, ¿verdad? Pequeño desgraciado.

El gato maúlla una vez, luego levanta una de sus patas y comienza a lamerla.

Veronica vuelve a mirar la sala. Si alguien realmente está en la casa, sin duda la escuchó, así que no hay razón para quedarse callada. Aun así, pisa cuidadosamente el parquet. Alcanza el interruptor y enciende la lámpara del techo.

La luz es reconfortante, pero también revela con más detalle el caos que se desató allí.

Al mirar hacia abajo, Veronica ve lo que solo puede ser sangre en el suelo. No mucha, pero definitivamente más que un simple sangrado nasal.

«Debería irme. Llamar a la policía y dejar que ellos manejen esto.»

Pero el pensamiento de Leo la hace seguir adelante. Esto se siente como su responsabilidad. Si existe la más mínima posibilidad de que todavía se pueda ayudar a Leo, seguramente será demasiado tarde cuando la policía llegue a la isla.

Entra en la cocina, enciende la luz, y entonces se arrepiente profundamente de haber entrado en la casa.

La cocina está aún más desordenada. Todo ha sido arrancado del mostrador. La sangre ha salpicado los armarios. En el suelo, extendido de espaldas, hay un hombre mayor. Al menos, Veronica asume que lo es. Quedan muy pocas señales que lo delaten: un mechón de pelo blanco rizado en el pecho, una pantufla y un juego de dentaduras. Este último está tirado en el suelo junto a la cabeza del hombre. Parece que un automóvil pasó por encima de su cráneo: aplastado como una sandía, con la masa cerebral visible, y los rasgos faciales completamente borrados. El pecho del hombre ha

sido abierto como un libro, y la mayoría de sus entrañas han sido removidas. Grandes trozos de carne también faltan en sus brazos y piernas. Hay muchas marcas de mordeduras visibles. Lo que empeora todo es el dulce y metálico olor a sangre y tripas.

Veronica se da vuelta, se inclina y vomita en el suelo. Su estómago sigue retorciéndose hasta vaciarse por completo. Escupe sobre el montón y, sin querer mirar de nuevo al hombre, se tambalea de regreso a la sala.

El gato cruza el suelo, sin preocuparse por nada. Veronica apenas lo nota. Saca su teléfono, mientras un solo pensamiento se repite en su mente:

«Se lo comió. Se lo comió.»

Las marcas de mordida delatan que el hombre no solo fue asesinado y mutilado, sino que alguien lo devoró. Y no hay depredadores aquí lo suficientemente grandes como para comerse a una persona entera; además, había huellas descalzas en la sangre alrededor del hombre.

«No puede ser Leo. No puede haber sido él.»

Pero debe ser. ¿Quién más?

Finalmente, saca el teléfono y marca el 1-1-2.

Justo cuando empieza a sonar, escucha un ruido en la habitación contigua.

Veronica se queda paralizada. Cuelga la llamada y fija la mirada en la puerta cerrada al final de la sala.

Alguien está allí. Y no es el gato, que ahora está sentado sobre la mesa del comedor lamiéndose la pata.

Veronica está a punto de darse la vuelta y salir, cuando su bota golpea algo duro. Al mirar hacia abajo, ve una escopeta deportiva Browning. Su padre, cuando estaba vivo, había sido un ávido cazador y, como nunca tuvo un hijo, obligó a Veronica a acompañarlo en un par de cacerías, esperando que el hobby le contagiara. No lo hizo. Pero Veronica aprendió a cargar y disparar una escopeta.

La recoge y revisa los cartuchos. Ambos están cargados. Parece perdigones. Nota un poco de sangre en la culata. Aparentemente, el hombre mayor intentó defenderse cuando su asesino entró en la casa. Por lo que Veronica puede decir, aunque logró cargar el arma, no tuvo oportunidad de disparar.

Hay otro ruido en la puerta.

Veronica deja la linterna sobre la mesa y se coloca la escopeta sobre el hombro. Apunta el cañón hacia la puerta y se acerca lentamente. Estar armada con un arma cargada la hace sentir no solo más segura, sino también un poco más confiada.

Puede saborear el vómito, y su estómago sigue revuelto, pero se obliga a respirar por la nariz y seguir caminando.

«Quienquiera que esté ahí, necesito saberlo.»

TIM

TIM NO ESTÁ SEGURO de qué esperaba. Probablemente que la mujer lo atacara en cuanto entrara al avión.

Nadie viene hacia él.

En cambio, mira a su alrededor a los pasajeros, que están mayormente sentados, salvo por dos hombres que yacen en el pasillo, claramente muertos: uno con el cuello roto, el otro reducido a un montón sangriento de extremidades. Todos los demás giran la cabeza para mirar a Tim, y el miedo se refleja en sus rostros.

—¡Oh, Dios! ¡Es otro! —grita una mujer.

—Está bien —grita Tim, levantando las manos—. ¡Estoy aquí para ayudar! ¿Dónde está la mujer?

Un largo momento de silencio, excepto por un pitido que viene desde atrás. Los ojos y oídos de Tim escanean todo el avión. No puede ver a la mujer por ningún lado. Tampoco parece estar escondida, porque bastó una mirada nerviosa de uno de los

pasajeros hacia su posible escondite para delatarla. Pero todos solo miran a Tim, como si él fuera el peligro.

—¿Dónde está? —pregunta un poco más alto.

—Por favor, no nos hagas daño —interrumpe una mujer mayor.

—No lo haré —responde Tim—. Solo necesito saber dónde está.

—Nosotros… no se supone que debemos decirlo —dice un adolescente—. Ella nos dijo que nos quedáramos sentados y que explotaría el avión si…

Su madre le tapa la boca con la mano y lo silencia con fuerza. Mientras lo hace, Tim nota un moratón oscuro en su piel. Al mirar alrededor, observa marcas similares en muchas manos.

Ella infectó a todos y cada uno de ellos.

Sacude la cabeza y dice en un tono más calmado, mirando a los pasajeros:

—No os preocupéis. No hay ninguna bomba. Os aseguro que no haría estallar el avión. Solo estaba faroleando. Ahora, decidme dónde está. Decídmelo, por favor, antes de que se escape.

Otro momento de silencio, esta vez más breve.

Entonces el adolescente se levanta y señala:

—¡Se fue hacia atrás!

—¡Felix, no! ¡Siéntate!

Tim corre inmediatamente por el pasillo. Abre de golpe la puerta del pequeño baño. Vacío. Hay una puerta que conduce a la parte trasera donde solo el personal tiene acceso. Tim mira a un hombre de mediana edad, con aspecto de empresario, sentado en el último asiento y le apunta a la puerta. Sus ojos se agrandan y su bigote tiembla mientras asiente.

Tim toma aire y atraviesa la puerta.

Una vez más, espera que la mujer se le tire con dientes y garras.

Una vez más, se equivoca.

Es una especie de área combinada de descanso y cocina. El pitido constante se vuelve más fuerte. El lugar claramente no está hecho para personas de su tamaño; tiene que agacharse y caminar de lado para poder pasar. Llega a una puerta estrecha con varios letreros:

ÁREA DE CARGA — ¡Prohibido el ingreso! Advertencia: Presurización. ¡Peligro! ¡No abrir!

Alguien claramente ignoró las advertencias, porque la puerta ha sido pateada y ya no se puede cerrar correctamente. Sobre ella, una luz roja parpadea, y de ahí proviene el molesto pitido.

Tim asoma la cabeza y entrecierra los ojos hacia la oscuridad. Sus ojos se adaptan y le permiten ver un montón de bolsas y maletas. Hay una franja de luz al final, y puede distinguir lo que parece ser una escotilla, probablemente por donde cargan el equipaje.

«¿Ella…? No, los soldados la habrían detenido.»

Escucha los jeeps encendidos afuera, pero nadie ha gritado ni disparado desde que entró al avión. Si la mujer hubiera saltado, habrían reaccionado.

Aun así, Tim está seguro de que vino por aquí, así que trepa sobre las maletas y llega a la escotilla. Delante de ella hay una red de nailon para que las bolsas no se caigan. Está rota. Tim forcejea con la escotilla y la abre.

Mira hacia afuera a los soldados que aún rodean el avión. Ahora está al otro lado.

Casi de inmediato, alguien lo ve, levanta su arma, y en segundos todos los soldados gritan a Tim:

—¿Dónde está ella? ¿Dónde diablos está?

—¡Escuchadme! —grita, haciendo que los soldados guarden silencio—. ¡Todos los que estáis en este avión estáis infectados! ¡Que nadie se mueva! ¿Me oís? ¡Nadie se mueve!

El soldado con el megáfono responde:

—Copiado, Iversen. ¿Y la mujer?

Entonces Tim se da cuenta de que, por supuesto, el comandante ha sido informado por Lundbeck sobre quién es él. Puede que incluso le haya dicho que no interfiriera, lo que explicaría por qué no le dispararon cuando corrió hacia el avión. En su mente le envía un silencioso agradecimiento.

—La mujer sigue suelta —grita Tim—. ¡No creo que esté más en el avión!

—¡Imposible! —replican los soldados—. ¡Nadie salió del avión desde que aterrizó!

—No, lo sé —murmura Tim. Se da la vuelta y sube sobre el avión. Se pone de pie y mira la pista donde el avión acaba de aterrizar.

Gracias a que el terreno es plano y a su nueva visión, la ve.

A casi dos kilómetros de distancia, en las afueras del aeropuerto, corriendo hacia la cerca, con rumbo a la ciudad.

—Oh, Jesucristo —respira Tim, cuando finalmente cae en cuenta de que la mujer usó la misma técnica que él cuando saltó del helicóptero—. ¡Saltó antes de que aterrizaran…!

FELIX

—TIENES QUE ESCUCHARME… ¡NO estoy infectado!

El soldado lo había ignorado hasta ahora, pero finalmente se detiene y le lanza una mirada a través del visor de su casco hazmat antes de continuar escoltándolo por la pista.

—Guarda eso para los médicos, chico.

—¡Mira! ¡Mira mi mano! ¡No hay ninguna marca!

—Mira, lo siento —le dice el soldado, con la voz distorsionada por la máscara—. Solo sigo órdenes. Tendrás que venir con nosotros.

—No, no lo entiendes —dice Felix, tirando en dirección contraria—. Si me ponen con los demás, me infectarán.

El soldado no escucha. Delante de ellos hay seis grandes ambulancias, que parecen más autobuses. También en la pista hay decenas de vehículos militares y policiales, junto con cientos de soldados. No todos llevan trajes completos hazmat como los que escoltan a los pasajeros del avión; los que no, permanecen en la

periferia, observando con expresión grave cómo los infectados son cargados en las ambulancias.

«Somos como ganado siendo llevado al matadero.»

Felix mira hacia atrás y ve a Pia a unos pasos detrás de él, y detrás de ella a más pasajeros, cada uno firmemente sujeto por un soldado. La mayoría ni siquiera lleva chaquetas, a pesar del frío helado de la mañana. En el caos de la evacuación, Felix parece ser de los pocos que pensó en traer su abrigo.

Desde que Felix vio entrar al enorme tipo semi-transformado al avión, supo que su teoría era correcta: esto es contagioso y todos en el avión se convertirían en monstruos como la mujer.

Y aun así, inmediatamente percibió que el hombre alto era diferente. No sabía por qué, pero incluso antes de hablar, Felix supo que no había venido a atacar a nadie. Así que cuando preguntó por la mujer, Felix se lo dijo.

Tras la salida del tipo grande, los soldados tardaron solo unos minutos en abordar el avión. Instruyeron a la gente a seguir de manera ordenada y les dijeron que serían llevados al hospital para tratamiento inmediato.

Y ahora, Felix está a punto de ser subido a un autobús ya lleno de gente.

No puedo subir a eso. Necesito encontrar una forma de escapar.

Pero parece una tarea imposible. Incluso si se liberara y corriera, hay soldados a su alrededor, y lo derribarían, o peor, le dispararían… en segundos.

El soldado se detiene junto a la puerta del autobús. Otra soldado, también con equipo hazmat completo, sostiene una tablet y señala a

Felix con un lápiz táctil.

—Nombre completo —dice.

—Mira, como le dije, no estoy infectado —Felix muestra ambas manos congeladas, dándolas vuelta—. ¿Ves? Sin marcas. Me aseguré de que ella no…

—Solo necesito tu nombre —le dice la mujer—. Podrás dar más detalles al llegar al hospital.

—No, por favor, escúchenme —dice Felix, juntando las manos en señal de súplica—. No estoy infectado. Pero lo estaré si me meten con los demás. Estoy dispuesto a que los doctores me revisen, pero por favor, no me pongan con ellos.

La mujer lo mira de reojo. Por un segundo, Felix cree que está considerando su petición. Luego pregunta:

—¿Más trajes? No necesitamos más. Solo colócalos allí.

Hay un montón de equipaje de mano en el suelo; aparentemente, los pasajeros no pueden llevarlo al hospital. Otro soldado llega con bolsas plásticas transparentes que contienen trajes hazmat azules, como los que llevan los soldados.

El soldado los coloca sobre el equipaje y se va.

—Me gustaría ayudarte —dice la mujer, dirigiéndose a Felix—. Pero no tenemos tiempo, y no podemos ofrecer transporte separado. Por favor, dame tu nombre para seguir avanzando.

—No —dice, sintiendo que el corazón le late en la garganta—. No voy a dar mi nombre hasta que me prometan que no me pondrán con los demás.

—Escucha —gruñe el soldado masculino, apretando el brazo de Felix—. No creo que entiendas la gravedad de esta situación. No

estás en posición de…

—¡Solo diles lo que necesitan saber, Felix!

Mira hacia atrás y ve a Pia esperándolo con su propia escolta, lanzándole una mirada suplicante. Está pálida y temblando.

—¿Felix Haiberg? —pregunta la soldado—. Solo hay un Felix en la lista de pasajeros. Puedes subir ahora.

El soldado masculino lo empuja hacia adelante. Justo cuando está a punto de subir al autobús, Felix se libera y salta de lado. El soldado grita que se detenga. Felix no lo hace; corre hacia el montón de equipaje y toma uno de los trajes hazmat. Girándose, lo sostiene como un escudo.

—¡Déjenme ponerme esto! Solo eso pido…

El soldado avanza con ira, pero la mujer lo detiene con la mano.

—Déjalo. Ya lo tocó —dice mirando a Felix y levantando las cejas —. Tienes diez segundos.

Felix rompe el plástico con los dientes y se pone el traje lo más rápido posible. Tiene capucha, pero sin casco. En su lugar, lleva una máscara de tela como la que usó la mujer para disfrazarse. Será suficiente.

Esperemos que esto solo se transmita por contacto con la piel. Cree que sí. ¿Por qué si no habría pasado la mujer por todo el avión tocando a todos? Al menos con el traje puesto, nadie lo tocará accidentalmente.

Agradece a la soldado y sube al autobús.

Justo en ese momento, alguien grita desde atrás. Felix y los soldados giran la cabeza. Una mujer que estaba en la fila se agarra

la mano, mirando fijamente cómo su piel se oscurece y los dedos se alargan.

«Vaya… esto es rápido.»

La mujer comienza a moverse fuera de la fila, y los soldados se acercan rápidamente para detenerla. Al agarrarla, ella se resiste.

Felix se da cuenta de que todos están observando la pelea. Ve su oportunidad. Se agacha sobre el asfalto helado y se desliza debajo del autobús. Se coloca en el centro y mira a su alrededor. Ve muchas botas, pero nadie se agacha para mirar debajo. Nadie lo ha notado.

Después de unos segundos, la mujer es sometida y los soldados continúan guiando a los pasajeros al autobús, como si nada hubiera pasado. Claramente, asumen que Felix subió también.

«Lo logré. Escapé.»

Pero aún no está a salvo. Todavía existe el riesgo de que lo atrapen de nuevo. Tan pronto como el autobús se aleje, estará expuesto. Debe estar listo para lo que pase.

Así que Felix yace allí sobre el asfalto helado. Respirando con calma. Observando. Esperando.

54

VERONICA

LLEGA A LA PUERTA y escucha.

Otro ruido. Suena como algo golpeando el suelo.

Veronica no llama ni toca. Simplemente abre la puerta de golpe y da un paso atrás.

La habitación es la única con las luces encendidas. Si Veronica hubiera pensado en mirar por la ventana antes de entrar en la casa, nunca habría entrado.

Es un baño. En la bañera está la esposa del anciano. Está desnuda, boca abajo, y no está tan herida como su marido, aunque también ha sido claramente devorada. El agresor, probablemente saciado con su primera comida, se ha limitado a unos cuantos trozos de la espalda, hombros y muslos de la mujer. Obviamente suficiente para que se desangre.

Pero hay una gran diferencia.

La sustancia negra. No estaba presente en el hombre, pero en la mujer crece en parches saludables por todas partes, especialmente

en sus heridas. El olor en el baño no es tan nauseabundo como en la cocina. Veronica aún huele la sangre, pero el aroma cítrico es mucho más fuerte.

La pierna de la mujer se sacude y produce el sonido de golpe al chocar la rodilla contra la bañera.

«Dios… ¿está viva o muerta?»

Manteniendo el fusil apuntando al torso de la mujer, Veronica entra en el baño. Percibe periféricamente más huellas ensangrentadas en el suelo de baldosas. Acercándose a la cabeza de la mujer, asoma la vista por el borde de la bañera.

Su rostro está de lado, la boca abierta, los ojos cerrados. Ciertamente parece muerta. El color ha desaparecido por completo, con diminutas venas azules visibles en la frente. No hay agua en la bañera, pero probablemente la había cuando atacaron a la mujer, ya que el tapón fue sacado durante la pelea. Veronica deduce que la mujer estaba en el baño cuando atacaron a su esposo.

—¿Hola? —pregunta—. ¿Me escuchas?

Otro sacudón de la pierna.

Entonces los músculos de la cara de la mujer comienzan a contraerse.

«Jesucristo… no… no sé qué hacer… ¿Le hago RCP? ¿Ya está muerta?»

En el siguiente instante, Veronica comprende claramente lo que debe hacerse.

Porque la mujer de repente gira el cuello y abre los ojos para mirarla. Sus ojos están completamente en blanco, y al abrir la boca,

Veronica nota que es demasiado grande y sus dientes demasiado afilados.

La mujer sisea y trata de saltar de la bañera. Probablemente solo los daños en su espalda la detienen. En lugar de eso, cae torpemente por el borde de la bañera. Extendiendo los brazos delgados, araña el aire con dedos demasiado largos, igual que Leo.

Veronica da un paso atrás y dispara con el fusil.

El sonido le borra el oído de inmediato. La parte superior de la cabeza de la mujer se abre como la tapa de una lata. Sangre y cerebro se esparcen por la pared. La mujer cae de nuevo en la bañera y queda inmóvil.

Veronica, con la cabeza vibrando por el disparo, retrocede tambaleándose hacia la sala.

Nota un movimiento en el alféizar de la ventana. El gato está allí, mirándola, claramente molesto por el ruido. Luego mira por la ventana, y Veronica percibe que fija la vista en algo.

Por alguna razón, siente curiosidad por descubrir qué es. Se acerca. Pero no puede ver nada en la oscuridad, sus ojos claramente no son tan buenos como los del gato. Va a apagar la luz, luego regresa a la ventana, casi tropezando con una silla.

Esta vez, al mirar, ve lo que el gato ve.

La persona, si aún se puede llamar así, de pie en la nieve bajo el manzano. De espaldas. Sin moverse.

Reconoce a su novio, y al mismo tiempo, puede notar que ya no es él.

Solo lleva puestos sus calzoncillos. Su cuerpo pálido está cubierto de sangre seca. Sus brazos y piernas son demasiado largos. Su

postura es como la de un mantis religiosa. Y aunque su rostro está oculto en la oscuridad, puede notar que su mandíbula es demasiado grande.

—Leo —susurra, sin escucharse a sí misma.

Parece que Leo la oye, porque inclina la cabeza y levanta la mano en un gesto de saludo.

Luego, de repente, sale corriendo. Y si a Veronica le quedaba alguna duda de que Leo ya no es humano, la forma en que corre elimina los últimos vestigios de esperanza.

En dos segundos desaparece de la vista.

Veronica siente que su garganta se cierra. De repente está aterrorizada. No por sí misma, Leo no corrió hacia la casa.

Se dirigía hacia el este. Hacia la cabaña de sus padres.

Hacia Molly.

55

TIM

—¡LA VEO! —GRITA TIM al comandante—. Noroeste. A tres kilómetros. Está a punto de salir del aeródromo.

El policía le pregunta algo, pero Tim no pierde tiempo en escuchar. Corre hacia la parte trasera del avión, salta al pavimento y empieza a correr. Al acercarse a los soldados, estos se apartan como el Mar Rojo, y Tim atraviesa el hueco corriendo.

Ya en el suelo, ya no puede ver a la mujer. Pero conoce la dirección.

Corre lo más rápido que puede y tarda menos de un minuto en llegar al lugar donde la vio. Al acercarse, ve a otras dos personas. Hombres, ambos con chalecos fluorescentes de trabajo, junto a un pequeño edificio, aparentemente haciendo mantenimiento técnico. Uno se frota la mejilla con expresión angustiada, mientras el otro mira hacia la cerca.

—Joder, tío —dice el segundo, levantando el gorro para rascarse la cabeza—. Saltó limpio sobre la cerca. ¿Lo puedes creer?

—¿Qué le pasaba? —pregunta el otro, aún tocándose la cara—. ¿Viste sus ojos? ¿Crees que tiene esa enfermedad de la que hablan…?

Se detiene al ver a Tim correr hacia ellos.

—¡Está bien! —grita Tim, levantando las manos mientras se detiene—. ¡Estoy intentando atrapar a la mujer que acabáis de ver! ¿Os ha tocado a alguno de vosotros?

—Sí, seguro —dice el que lleva el gorro—. Le dio una bofetada a John aquí, como si lo hubiera insultado o algo. Todo lo que hizo fue preguntarle qué creía que estaba haciendo corriendo por la pista. ¿Te lo puedes creer?

Tim se acerca para revisar la mejilla del hombre. Al dar un paso, el tipo grita:

—¡Joder! ¡Tus ojos! ¡Eres como ella!

—No, está bien —le dice Tim—. Estoy aquí para ayudar.

El hombre parece no creerle, pero tampoco tiene tiempo de escapar. Tim agarra su muñeca y examina su rostro. Una clara y oscura marca de cinco finos dedos atraviesa su mejilla.

—Maldita sea. Eso no fue solo una bofetada… —piensa Tim.

—Mira, estás infectado —le dice—. No toques a tu amigo ni a nadie más. Alguien vendrá a ayudarte.

Mientras habla, lo arrastra hacia el edificio. La puerta ya está abierta, así que Tim lo empuja dentro. Él solo se queda mirando, con los ojos muy abiertos:

—¿Moriré…?

—No —responde Tim—. Pero desearás haberlo hecho.

Luego cierra la puerta de un portazo, lanza el llavero al otro hombre, que lo mira atónito.

—No lo dejes salir, pase lo que pase. A menos que quieras contagiarte también.

El hombre traga saliva y asiente.

Tim mira hacia atrás y ve que se acercan jeeps.

—Se encargarán de él. Ahora dime: ¿hacia dónde se fue?

El hombre parpadea y señala.

—Eh… por allá.

Tim sale corriendo en esa dirección y salta la cerca. Afuera hay una autopista con tráfico de la tarde, lo único que separa el aeródromo de la ciudad. Al otro lado hay un pequeño barrio residencial. Tim no ve a la mujer, pero asume que cruzó la carretera porque un coche se detuvo en el arcén y el conductor está afuera haciendo una llamada.

Tim corre hacia él.

—Sí, en la E20… no, se fue… quiero decir, ¡simplemente corrió! … Sí, estoy seguro, joder… estoy viendo una gran abolladura en mi parachoques, y yo…

Tim lo alcanza por detrás y lo agarra del hombro.

—Oye, ¿qué…? —dice el hombre, girándose y quedándose paralizado al ver la cara de Tim.

—Dime qué pasó —exige Tim—. ¿La atropellaste?

—¡Joder, tío! —exclama el hombre, retrocediendo—. ¡Qué diablos le pasó a…!

Tim lo sujeta por la chaqueta. —No tengo tiempo. Dime qué pasó.

—Está bien, mira… lo siento mucho, pero… apareció de la nada.

—¿Hacia dónde se fue?

El hombre mira al otro lado de la calle y señala.

—Por allí, creo. Cerca de esos árboles.

—¿Te tocó?

—¿Qué? ¡No! —responde—. Te lo juro, ni siquiera tuve tiempo de detenerla antes de que se fuera…

El hombre no tiene marcas visibles, así que Tim decide creerle. Lo deja ir y cruza la carretera, zigzagueando entre los coches que pitan. Llega al grupo de árboles en una ligera pendiente. Subiendo, pronto tiene una vista completa del área adyacente. Parece vivienda para ancianos —típico del gobierno, colocando a los mayores cerca del aeropuerto—, y en el balcón del segundo piso de la casa más cercana, ve a una pareja tomando café al aire libre, con abrigos gruesos y mitones.

Corre por el césped y les hace señas.

—¿Viste a una mujer pasar por aquí hace unos minutos?

La mujer se levanta y se inclina sobre la barandilla.

—¿Perdone?

—¿Viste a una mujer? —grita Tim—. ¡Pasó hace un momento!

—Ah, sí. Cojeaba mucho. Pensé que se habría lastimado. Iba muy apresurada. Le dije a Bent que tal vez debíamos llamar a alguien, pero luego desapareció de nuevo, y él dijo…

—¿Hacia dónde fue? —la interrumpe Tim—. ¿Entró en alguna casa?

La mujer frunce el ceño, claramente molesta.

—No. Simplemente corrió por la calle. No pude ver hacia dónde iba, pero si quieres saber… ¿Qué dices, Bent?

Tim no pierde tiempo en escuchar a Bent, solo sigue corriendo por la calle. Bloque tras bloque revisa puertas y ventanas, esperando encontrar alguna rota. Pero no encuentra nada. Tampoco escucha gritos ni voces.

«¿Por qué corre? ¿Sabe que la estoy persiguiendo?»

Hay otra explicación, aunque a Tim le importa muy poco.

La mujer podría tener un objetivo particular en mente.

Y ese objetivo podría ser la hija de Tim.

El apartamento de Helena está en otra dirección, afortunadamente, pero el colega de Lundbeck ya confirmó que no está en casa.

«¿Entonces dónde está? ¿Y por qué no ha…?»

Tim gira una esquina y se detiene de golpe.

Al otro lado de la calle se alza un imponente edificio de vidrio. El nombre sobre la entrada, en enormes letras, dice BESTSELLER.

Por el alboroto frente a la entrada: un joven sentado en el suelo con expresión perpleja, frotándose el cuello, mientras otros lo rodean, Tim está casi cien por ciento seguro: la mujer acaba de entrar al edificio.

Bestseller es el lugar de trabajo de casi cuatrocientos empleados.

Pero no es por eso que Tim siente un nudo en el estómago.

La razón de su terror es que entre esos cuatrocientos empleados está la única persona en el mundo que Tim realmente aprecia.

Bestseller es donde trabaja Helena.

Hoy no tiene turno, se tranquiliza mientras cruza la calle. No está aquí…

HELENA

—¿HELENA? CARIÑO, ¿SEGURA QUE estás bien?

Helena parpadea y vuelve en sí. Se encuentra con una blusa en las manos, como si estuviera vistiéndose, y por un momento se pregunta qué hace Asta en su habitación. Luego se da cuenta de que no está en su apartamento, sino en el trabajo.

Su colega mayor la mira con una sonrisa preocupada.

—Parecía que estabas a punto de ponértela —dice, señalando la blusa.

—Oh —murmura Helena, doblando la blusa y colocándola sobre la mesa—. No, solo… estaba perdida en mis pensamientos…

Toma la siguiente camisa de la caja de cartón y arranca el delgado envoltorio de plástico.

—Claro que lo estabas —dice Asta con voz de hermana mayor—. Todavía no entiendo por qué viniste hoy. Ni siquiera deberías estar aquí. Y con lo que está pasando… tu padre… no es de extrañar que estés distraída.

—Está bien —asegura Helena, esbozando una sonrisa mientras una compradora, una mujer grande con auriculares, usa su carrito como bastón y avanza mientras come un bagel grasoso—. Solo que no podía quedarme sola en casa —le dice a Asta—. Prefiero estar aquí, rodeada de gente que conozco.

Asta sonríe otra vez.

—Lo entiendo. Si quieres hablar, estoy aquí.

—Gracias —responde Helena, aunque no quiere hablar. Lo que le está pasando a su padre le parece algo muy privado, aunque casi todo el mundo ya lo sabe. Según lo que ha visto en Facebook, los rumores sobre una "extraña infección" que "transforma a las personas en monstruos" se están propagando por todo el mundo. Esto fue lo que comentaban en las noticias de la mañana, incluso aconsejaban a la gente de Hornsted y alrededores quedarse en casa y aislarse.

Por supuesto, Helena sabe la verdad. La policía le contó otra historia: estaban tratando de alcanzar algo que apenas entendían o podían controlar. No lo dijo explícitamente, pero Helena comprendió que estaban improvisando. Por eso también estaban desesperados por contactarla a ella para llegar a su padre.

Afortunadamente, no dijeron nada sobre Tim Iversen en las noticias, y ella no ha visto su nombre en redes sociales. Le preocupa qué pasaría si el mundo entero supiera que él es medio alienígena. Seguramente no creerían que sigue del lado de la humanidad.

Helena sabe que su padre es capaz de matar, y que ya lo ha hecho, probablemente más de una vez. Nunca habló de su tiempo en el ejército, ni de sus viajes al Medio Oriente, al menos no con

ella. Pero confió en su madre, y en una de las últimas conversaciones con ella, insinuó que su padre cargaba con lo que había hecho allí.

Helena no preguntó nada, porque se horrorizaba con la idea de que su padre fuera un asesino, y prefería no saber más de su pasado. Ya le resultaba difícil quererlo; no necesitaba otra razón para alejarse.

Por supuesto, su relación siempre fue complicada, incluso antes de enterarse de su antiguo trabajo. Nunca coincidieron en nada. Lo único que compartían era el amor por la madre de Helena, y cuando ella murió, su frágil vínculo perdió el último pegamento.

Así lo ve Helena. Su padre, en cambio, tiene más dificultad en aceptar que no hay nada sobre lo que construir, y sigue intentando fingir interés en su vida, algo que nunca hizo mientras su madre vivía.

Pero es tarde. Helena ya tiene dieciocho años. Es básicamente una mujer adulta. Ya no necesita un padre. Lo necesitaba de pequeña. Todos esos años que tuvo oportunidad de asumir el rol que ahora intenta, nunca lo hizo, dejando toda la responsabilidad a su madre mientras él se hundía en sus propios demonios.

Y sin embargo…

Cuando supo lo que le había pasado a su padre, todo el resentimiento se esfumó. Como gotas de agua sobre un sartén caliente. Como si siempre fuera solo una capa delgada sobre algo mucho más grande. Al enterarse de que probablemente iba a morir —o, peor, a convertirse en algo monstruoso—, Helena se dio cuenta

de que no solo todavía necesita un padre… sino que también ama al que tiene.

De repente vio más allá de sus defectos. Su imagen cambió de un torpe egocéntrico e inmaduro a alguien que, a pesar de sus limitaciones, lo intenta. La verdad es que nunca dejó de esforzarse. Nunca le dijo directamente que la ama, pero tampoco le dio motivos para creer lo contrario.

Al mismo tiempo, se inunda de culpa, porque se da cuenta de que también tiene parte de responsabilidad. Ella fue quien negó a su relación una segunda oportunidad. Podría haberlo dejado entrar después de la muerte de su madre, pero tuvo miedo de decepcionarse otra vez. Era más fácil fingir que no había nada que perder que arriesgarse a perder lo poco que había.

Así que mantuvo su corazón cerrado cada vez que él intentaba acercarse. Y ahora lo lamenta profundamente. Porque probablemente ya sea demasiado tarde para arreglarlo. Seguramente nunca tendrá la oportunidad.

—¿Qué fue eso?

Helena se da cuenta de que una vez más estaba perdida en sus pensamientos. —¿Qué qué?

El ruido se repite. Un coche tocando el claxon afuera. Alguien grita.

Helena y Asta se miran por un momento. Podría ser nada: un ciclista que no señaló al girar y un conductor frustrado.

Pero Helena nota que Asta piensa lo mismo que ella.

—¿Podría ser…? —empieza Asta.

Helena corre hacia las ventanas que dan a la calle. Al mirar hacia abajo, ve el tráfico normal de la tarde. Con una excepción: un coche

se detuvo en medio de la calle, girado en ángulo como si hubiera bloqueado los frenos. Los peatones se detienen para mirar. Acercándose más a la ventana, Helena ve a una persona: una mujer corriendo hacia el edificio.

Cinco segundos pasan. Luego alguien grita abajo.

El estómago de Helena se vuelve piedra. Oh, no. Está pasando.

No puede saberlo con certeza, y aun así lo sabe.

—¿Helena?

Se gira y ve a Asta con los ojos abiertos.

—¿Qué pasa?

—Han llegado —se escucha a Helena decir—. Tenemos que salir.

Se dirigen hacia la escalera mecánica, Helena al frente y Asta siguiéndola.

Justo cuando está a punto de bajar los escalones, Helena se detiene de golpe, haciendo que Asta la choque.

—¿Qué pasa? —pregunta Asta—. ¿Por qué te de...

—¡Shhh! —la corta Helena.

Desde allí arriba, tienen buena vista del primer piso, y Helena ve inmediatamente a la mujer que entra en la sala. Lleva gafas de sol y mascarilla, pero no puede ocultar que algo anda terriblemente mal. Sus brazos y piernas parecen demasiado largos, y la forma en que se mueve se asemeja más a un gran insecto. Corre entre mesas y estantes, girando la cabeza de un lado a otro, buscando algo.

Hay otros compradores allí, y la mujer los ve, pero no les presta atención. Algunos de los más cercanos retroceden o huyen.

La mujer sigue moviéndose, escaneando la sala. Obviamente busca algo o alguien en particular.

—Oh, Dios —susurra Asta al notar a la mujer también.

Como si la escuchara, la mujer gira la cabeza y fija la vista en ellas. Helena puede distinguir sus ojos a pesar de las gafas de sol, y sus rodillas tiemblan.

—Dios —exclama Asta, retrocediendo—. ¿Qué le pasa?

—Corre —dice Helena, girando justo cuando la mujer sube por las escaleras. Helena empuja a Asta, casi haciéndola tropezar—. ¡Viene por nosotras! ¡Corre, Asta!

—¡Oh, Dios, oh, Dios! —canta Asta, acelerando—. ¡La salida de emergencia!

—No, está demasiado lejos —dice Helena—. ¡Ven conmigo, Asta!

Pero Asta no la escucha y sigue corriendo hacia la salida de emergencia al otro extremo del piso. «No llegará», piensa Helena, que se dirige a la puerta más cercana de la sala de descanso. La alcanza, la abre, entra y cierra la puerta casi del todo. Dejando una rendija, ve a la mujer subiendo por las escaleras justo en ese momento.

Se detiene a mirar. Desde allí, Helena puede escuchar la respiración de la mujer. Tal como predijo, esta nota a Asta, que todavía corre. Pero para sorpresa de Helena, la mujer no la persigue, aunque podría alcanzarla fácilmente. Mira hacia el otro lado y ve a la mujer corpulenta que parece no haberse percatado de nada, pero no se dirige hacia ella tampoco.

En cambio, hace algo que hace que la piel de Helena se erice: levanta la nariz y huele como un sabueso. Luego, para horror de Helena, gira lentamente hacia la sala de descanso. Justo cuando sus

ojos se fijan en Helena, ella cierra la puerta lo más silenciosamente posible y se da la vuelta.

La sala de descanso está vacía. No hay otra salida, salvo las ventanas, que serían suicidio, ya que están a quince metros del suelo.

«Ya viene. Piensa rápido. Tienes como diez segundos.»

Para sorpresa de Helena, su cerebro logra idear un plan al instante. Corre hacia las ventanas, abre una y se lanza, arrastrándose hacia el armario bajo el fregadero.

Justo al cerrarlo, escucha la puerta abrirse.

TIM

—¡NO LO TOQUEN! ¡ALÉJENSE de él!

La multitud se dispersa mientras Tim corre hacia el hombre en el suelo. Las personas más cercanas casi de inmediato notan su rostro y comienzan a entrar en pánico.

A Tim no le importa. Solo se dirige al tipo con el moratón en el cuello. Lo agarra por la chaqueta y lo arrastra hasta un soporte para bicicletas junto a la entrada. Sujetando al hombre —que ya grita como loco, exigiendo que Tim lo suelte— arranca la cadena que sostiene la bicicleta más cercana y, en su lugar, la enrolla alrededor de la pierna del tipo.

Abriendo uno de los eslabones de la cadena como si fuera de goma, lo cierra de nuevo, enlazándolo con el otro extremo, efectivamente encadenando al hombre al soporte.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —grita, golpeando a Tim torpemente, como si estuviera indignado pero también temeroso de empezar una pelea de verdad—. ¿Qué te pasa, hombre?

Tim lo ignora y se vuelve hacia los pocos espectadores que no huyeron. —¡Nadie lo toque! Este hombre está infectado con el Nigro… con el Nicrum… con el virus del que hablan. ¡Manténganse alejados! Las autoridades vienen en camino.

Ellos jadean y se estremecen, retrocediendo aún más, y Tim atraviesa las puertas de vidrio y entra al edificio.

Las personas dentro de la tienda claramente notaron el alboroto afuera, y la mayoría está de pie junto a las ventanas. Retroceden al verlo entrar. Tim mira alrededor. El lugar es grande y moderno: pisos de concreto, paredes de vidrio y focos en el techo. Estantes y mesas interminables con ropa, probadores, espejos y sillas para que los maridos cansados se sienten. No hay demasiada gente aún, ni compradores ni empleados, así que puede deducir rápidamente que la mujer no está entre ellos.

—¿Dónde está ella? —pregunta en voz alta—. ¿Dónde está la mujer que acaba de pasar por aquí?

La mayoría de las personas son mujeres, lo que podría explicar por qué nadie responde. Tim entiende que tiene sentido: acaban de ver a una joven huyendo por la tienda, y un minuto después entra un tipo enorme preguntando dónde está.

—Es muy peligrosa. Ha venido a hacer daño a muchas personas. Estoy trabajando con las autoridades. Intento detenerla antes de que mate a alguien —añade.

Aun así, ninguna parece dispuesta a ayudar. La mayoría se aparta o incluso abandona la sala, algunas se dirigen a los ascensores, otras se escabullen a habitaciones adyacentes.

—¡Maldita sea, díganme a dónde fue! —ruge Tim, y su frustración solo provoca que los pocos que quedan griten de miedo y salgan corriendo.

Jadeando, inspecciona todas las salidas de la sala. Ve cinco, sin contar la puerta por la que entró. No tiene idea hacia dónde fue la mujer. Parece haber sido cuidadosa para no dejar pistas.

Está a punto de escoger una dirección al azar cuando recibe una llamada. Saca el teléfono y ve el nombre de Lundbeck.

—¿Sí?

—Tim, ¿dónde estás?

—En el edificio BESTSELLER. A menos de una milla del aeropuerto.

—¿La atrapaste?

—Todavía no. Pero está por aquí en algún lugar.

—Vamos. Evacuaremos el edificio y cerraremos todo.

—Será demasiado tarde —gruñe Tim, avanzando rápidamente hacia la siguiente sala. Esta es aún más grande. Mayormente vacía de personas. Zapatos, botas, cinturones y sombreros.

—Los pasajeros están siendo aislados —le dice Lundbeck—. Y encontramos al tipo que encerraste en el edificio técnico. Buen movimiento.

—Hay otro frente al edificio BESTSELLER —dice Tim, agachándose para mirar bajo las mesas—. Y estoy seguro de que pronto habrá muchos más.

—Aguanta un poco. Llegaremos pronto. Si puedes…

Tim cuelga y guarda el teléfono. Ha escuchado un grito ahogado provenir de algún lugar. Parece que viene de arriba. Ve una escalera mecánica y sube cuatro escalones de golpe.

Al llegar al segundo piso, observa la ropa de niños colorida. Aún menos compradores arriba. Tim se siente agradecido.

Se detiene brevemente a escuchar. No hay más gritos.

Luego recibe otra llamada. Saca el teléfono y ve el nombre de Helena, y su corazón da un salto. Con la garganta tensa, contesta.

—¿Cariño? ¿Dónde estás?

—¿Papá? —su voz es susurrada, casi un suspiro—. Estoy en el trabajo…

El pulso de Tim se acelera. —¿Dónde? —tartamudea—. ¿Dónde en el edificio? Estoy aquí también. Dime dónde estás y voy a buscarte.

Helena hace una breve pausa y Tim escucha un golpe. Algo se ha volcado, un taburete o una pequeña mesa. Lo oye tanto por el teléfono como desde más lejos en el piso. Comienza a caminar en esa dirección.

—Estoy… en una sala de descanso… arriba… acaba de entrar alguien…

Se escucha más alboroto de fondo. Tim ve a una mujer corpulenta apoyada en su carrito mientras sostiene medio bagel glaseado en una mano y un café en la otra. Parece haber notado algo, porque mira en cierta dirección con preocupación.

Tim corre hacia ella, zigzagueando entre las mesas. Justo cuando está a punto de preguntarle si vio a la mujer, ve la puerta que ella está observando. Está marcada: “Solo personal”.

—Dios, papá… por favor ayúdame —susurra Helena, al borde de las lágrimas, y ahora Tim la escucha en estéreo: por el teléfono y detrás de la puerta—. Estoy dentro de un armario y…

Helena se corta con un grito.

Tim deja caer el teléfono y corre hacia la puerta. Escucha a su hija gritar: —¡Mantente lejos de mí!

Entonces se lanza contra la puerta, rompiéndola como si fuera de cartón.

HELENA

CONTIENE LA RESPIRACIÓN AUNQUE sus pulmones claman por aire y el corazón le late con fuerza en el pecho.

El armario es lo suficientemente grande como para que quepa dentro. Huele a agua estancada, polvo y productos de limpieza. Está casi completamente oscuro, salvo por una delgada franja de luz que entra por la parte inferior.

Escuchando con atención, puede oír cómo la mujer cierra la puerta de nuevo; por un instante Helena espera que se haya ido.

Pero entonces oye pasos atravesando la habitación.

Tal como Helena esperaba, la mujer parece dirigirse directamente hacia la ventana abierta. Helena la imagina asomándose, mirando hacia la calle, intentando averiguar si ella saltó o no.

De repente, una voz ronca dice: —Sé que sigues aquí. Puedo olerte.

Helena da un respingo y se tapa la boca para no soltar un jadeo. Su corazón acelera aún más.

La mujer comienza a registrar la habitación. Helena oye cómo vuelca una silla y empuja el sofá a un lado.

La va a encontrar.

Sin saber qué más hacer, saca su teléfono y ve cinco llamadas perdidas; estaba en modo silencio. Marca a su padre.

Solo suena una vez. —¿Cariño? ¿Dónde estás?

La voz de su padre está tensa. Parece ligeramente sin aliento, como si hubiera estado corriendo.

—¿Papá? —resopla ella—. Estoy en el trabajo…

Justo entonces, oye a la mujer abrir los armarios, empezando por el del extremo. El armario en el que Helena se encuentra está justo en el medio. Su mano busca algo, cualquier cosa. Encuentra un spray de algún tipo.

—¿Dónde? —pregunta su papá—. ¿Dónde en el edificio? Estoy aquí también. Dime dónde estás y voy a buscarte.

Helena siente un pequeño destello de esperanza.

—Estoy… en una sala de descanso… arriba… uno acaba de entrar… —observa el rayo de luz, esperando que los pies de la mujer aparezcan en cualquier momento—. Dios, papá… por favor ayúdame. Estoy dentro de un armario, y...

El armario es abierto de golpe, y Helena grita.

La mujer se agacha hasta quedar frente a ella. La visión de cerca es casi suficiente para hacer que Helena pierda la cabeza: apenas quedan rasgos humanos. Cuando la mujer se quita la máscara, revela una boca ancha contorsionada en una sonrisa maliciosa.

Extiende una mano demasiado grande, a punto de agarrarla, cuando Helena grita:

—¡Aléjate de mí! —y rocía el producto de limpieza en la cara de la mujer.

TIM

AL IRRUMPIR EN LA sala de descanso, Tim teme lo que encontrará.

«Por favor, Dios. Que no esté infectada. Cualquier cosa menos eso.»

No hay otras puertas, solo un par de ventanas que dan a la calle, una de ellas está abierta. En el centro hay una mesa llena de tazas de café, con una docena de sillas a su alrededor, todas vacías. En la pared hay un televisor en silencio mostrando las noticias.

No puede ver a Helena de inmediato, pero la mujer alienígena está justo al otro lado de la mesa. Está agazapada, gruñendo y limpiándose la cara con ambas manos, como si algo la molestara. Está mucho más transformada de lo que Tim esperaba, pareciendo más Alan que un ser humano. Lo que hace que la visión sea aún más horrible es que sin duda fue hermosa antes. No mucho mayor que Helena, tenía su vida por delante. Ahora, parece salida de una película de terror. Su cabello reducido a mechones desgarrados, su cuerpo demasiado grande, sus extremidades demasiado largas y sus

dedos terminando en garras afiladas. Y su rostro, el de un depredador.

Al verla, algo hace clic en la mente de Tim.

La mujer viajó en avión hasta el otro extremo del país. Y no solo terminó en el lugar donde trabaja su hija: la encontró dentro del edificio, entre cientos de personas.

La advertencia de Alan no fue una coincidencia.

La mujer venía por Helena. Y sabía exactamente dónde encontrarla.

¿Cómo?

Está claro que los alienígenas están de algún modo en contacto entre sí. Tal vez por telepatía, o quizás simplemente acceden a una base de datos mental compartida, una especie de nube. Y en esa base de datos está su conocimiento alienígena recién adquirido, pero también algunos de sus recuerdos humanos. Incluyendo lo que Alan sabe sobre Tim. Como que tiene una hija. Que ella vive en la capital. Que trabaja en BESTSELLER. Incluso cómo se ve.

Probablemente así fue como la mujer la encontró.

La siguiente pregunta es: ¿por qué irían tras ella?

La respuesta es obvia. A estas alturas, deben darse cuenta de que Tim es una amenaza para ellos. Probablemente el único obstáculo real en su camino. Podría ser la última defensa de la humanidad. La única capaz de detener la invasión.

Así que, ¿qué mejor manera de destruir su determinación que convertir a la única persona que ama en una de ellos?

Y tienen razón. Si Tim pierde a su hija, no le importará un carajo el resto de la humanidad.

Volviendo en sí, Tim nota un movimiento junto a los pies de la mujer y ve a su hija salir arrastrándose del armario. Aún no lo ha visto, así que se lanza hacia la mesa.

La mujer lo detecta, y abriendo uno de sus ojos en blanco, ve a Helena y va tras ella.

Tim salta sobre la mesa con un rugido y derriba a la mujer como un linebacker en tacleada. Ella lo ve venir, su expresión cambia a sorpresa, pero no puede esquivarlo y Tim la estrella contra la encimera, doblando su espalda en un ángulo que debe dolerle. La mujer es mucho más flexible de lo que un humano podría ser, y solo queda momentáneamente aturdida. Entonces comienza a arañarlo y a morderlo. Él está preparado y retrocede para dar una serie de golpes contundentes. Dos conectan: uno en la mandíbula y otro en la sien, golpeándola de un lado a otro.

La mujer tambalea y cae de rodillas como un boxeador recibiendo el conteo de ocho.

—¡Papá!

Tim gira instintivamente al oír la voz de su hija y ve que Helena le muestra un cuchillo de carnicero que aparentemente sacó de un cajón. Se agacha y se lo desliza por el suelo.

Tim está a punto de recogerlo cuando la mujer, que recupera la compostura mucho más rápido de lo que Tim pensaba, lo agarra por la cintura y lo levanta del suelo. Lo derriba y cae encima de él. Tim logra girarse mientras ella intenta morderlo. Agarra su cabello con ambas manos y fuerza su cabeza hacia atrás, su amplia boca chisporroteando a centímetros de su camisa.

Son igual de fuertes, y por un momento hay un empate.

Luego la mujer clava sus garras en sus costados y Tim grita de dolor mientras siente sus uñas raspar sus costillas. Con un estallido de fuerza, empuja su cabeza hacia atrás y dobla las piernas lo suficiente para rodearle el cuello, atrapándola en una llave de piernas perfecta. Cruza los tobillos y aprieta todo lo que puede, sus músculos del muslo comprimiendo las vías respiratorias de la mujer, provocando un jadeo ahogado.

Ella empieza a arañar sus piernas, rasgando sus pantalones y cortando superficialmente su piel, pero Tim ya siente que su fuerza flaquea, así que ignora el dolor y mantiene la llave firme.

—Muere, maldita monstruo —susurra, sintiendo un éxtasis salvaje al darse cuenta de que la lucha está ganada.

Entonces, por un lado, aparece Helena. Actúa tan rápido que Tim no tiene tiempo de reaccionar. Recoge el cuchillo y apuñala a la mujer en la espalda. La hoja solo penetra un par de centímetros, pero es suficiente para que la mujer dé un grito ahogado y se agite más.

—¡No, Helena! ¡Retrocede!

Helena ya ha soltado el cuchillo y retrocede con expresión horrorizada, como si no pudiera creer lo que acaba de hacer.

El alienígena agarra el cuchillo, lo arranca y Tim está seguro de que irá a su cara o cuello, así que bloquea con ambos brazos. Sorprendentemente, la mujer usa su última fuerza para lanzar el cuchillo lejos. Tim lo oye chocar contra algo y caer al suelo.

La mujer vuelve los ojos hacia Tim y por un momento parece sonreír triunfante.

—¡Te dije que… murieras! —grita Tim, agarrando su cabeza—, lo cual puede hacer ahora porque ella está demasiado transformada para morderlo, y la gira violentamente, oyendo y sintiendo cómo su columna cruje. Ella queda inmediatamente flácida.

Tim la patea y se pone de pie. Mirándose, ve su camisa y pantalones destrozados. La sangre corre por decenas de cortes, ninguno grave. Estará bien.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta, volviéndose hacia Helena, y su estómago se hunde al darse cuenta de que ella no está bien.

Al principio no entiende por qué simplemente está allí, apoyada en la encimera, mirándolo con ojos abiertos y una mano en el costado del cuello.

Luego ve la sangre filtrarse entre sus dedos y caer al suelo donde yace el cuchillo.

Y comprende por qué la mujer lanzó el cuchillo y por qué sonrió como si hubiera ganado.

«Oh, no… oh, no… lo consiguió…»

Corre hacia su hija y la sostiene mientras sus piernas ceden.

Al bajarla suavemente sobre su regazo, le dice:

—Está bien, cariño, déjame ver —y le libera la mano.

Lo que ve hace que todo dentro de él se derrita.

El corte mide aproximadamente dos centímetros. Está justo en la yugular. Y la sangre brota rápidamente.

En un instante recuerda lo que enseñaban en el ejército. Por qué las heridas en el cuello son tan peligrosas. Dejarlo así y la persona sangra hasta morir en minutos. Comprimirlo y el cerebro no recibe

oxígeno. Básicamente, con un corte profundo, es sentencia de muerte.

Y este corte es bastante profundo.

—Está bien, está bien —se oye a sí mismo decir, aunque sabe que es mentira. Solo piensa en cubrir la herida con la palma y aplicar una presión suave. Suficiente para frenar la hemorragia, no para salvarla, pero quizá para prolongar su vida unos segundos.

—Papá —carraspea ella, llevándose la mano a su rostro—. Te ves… no tan mal como… pensaba…

Tim rompe en llanto. Acerca a su hija, inhalando el aroma de su cabello y su perfume, los recuerdos de su infancia cruzan su mente como chispas.

«Esto no puede ser real. Está pasando demasiado rápido. No puede ser real.»

Pero lo es. Todos sus sentidos se lo dicen.

—Todo estará bien, cariño —susurra, secándose las lágrimas—. Estarás bien, lo prometo.

Otra mentira. Sus últimas palabras para Helena serán mentiras.

Ella parece no escucharlo, cierra los ojos y respira profundo. Ya está pálida.

Tim cierra los ojos con fuerza y hace algo que nunca había hecho antes. Ni cuando la IED casi lo mata en Irak. Ni cuando Anya estaba al borde de la muerte.

Comienza a rezar.

—Por favor, Dios, protégela. No ha hecho nada malo. Te lo ruego. Todo es mi culpa. Debería ser yo quien pague. Déjala vivir. Llévate a mí en su lugar. Por favor, llévate a mí…

Tim nunca creyó realmente en Dios. Y ciertamente nunca creyó en milagros.

Y aun así sigue suplicando por uno, mientras siente que la sangre de Helena deja de correr por sus dedos.

«Se acabó», piensa, sintiéndose completamente vacío. «Se ha ido.»

Solo se queda allí, acunándola, meciéndola como cuando era bebé. No hay más pensamientos. Solo vacío.

Después de lo que parece una eternidad, abre los ojos.

Y lo que ve no tiene sentido alguno…

***

¿Quieres seguir leyendo? Consigue el Libro 2 ahora en

nick-clausen.com/invasores2

-

O bien, consulta la precuela gratuita, *Blackout*, para descubrir cómo comenzó todo.

Disponible únicamente en

nick-clausen.com/gratis